

ABUELO,
PÍNTAME
UN SUEÑO

Juan Manuel del Río

ABUELO,
PÍNTAME
UN SUEÑO

© Juan Manuel del Río
E-mail: delriolerga@yahoo.es
Ediciones F. A.
Depósito legal M-XXX
ISBN xxxxxxxxxxxx
Impreso en España. Printed in Spain.
Imprime Ania Diseño y Produccion Gráfica, S. L.
E-mail: comercialania@infonegocio.com



Ediciones F. A.

AL BATIR DE LAS OLAS:

Acantilado y Abuelo
son ingredientes de un Todo.
La metáfora es el Sueño.

OLAS QUE VIENEN:

Entre Niño y Abuelo
la diferencia es mínima.
¿Lo demás?
Un Poema varado en la Mar.

OLAS QUE VAN:

Hubo un Hombre.
Un día de Niebla
desapareció en la Mar.
Quedamos tú y yo.
Y la Mar,
icono de Eternidad

MEMORIAL DEL ACANTILADO

Era yo muy niño aún, en la edad y en los avatares de la vida. Por eso, esta Memoria histórica se deshilacha y enhebra como la Niebla que a veces envuelve el Acantilado.

El Acantilado, evocador recuerdo de mis Sueños; escenario real de la imaginación donde transcurre y se escribe esta Historia. Historia, por lo demás, que para la puesta en escena tiene el ropaje de la ficción. Y la Ficción, para liberarse de la metáfora imperfecta de la Historia, se adentra en el sueño. Porque los Sueños, quede desde ya constancia en acta, no tienen fecha de caducidad. Esta es la gran verdad.

Pues bien, siendo tan niño, para casi todo dependía de *él*. Era, eso sí, una dependencia voluntaria, agradable, fascinante. Para mí, no había ser más atrayente, apasionante y querido que *él*. Así, *Él*, sin Nombre. Sólo que *él*, equivale a decir *Abuelo*. Simplemente. El Abuelo, pues, es *él*. Y *él*, es el *Abuelo*. Todo lo demás, un *Poema* varado en la Mar. ¿Y la Mar...?

Insisto, era el hombre que causaba en mí una gran admiración. Sabio y bondadoso, de fina sensibilidad, sabía amar con delicadeza y ternura. Eso sí, leía mucho. Su debilidad, igual que ocurre en la pasión que se vuelve fuerza dominadora, eran los libros. Un día le dije:

—Abuelo, píntame un Sueño.

Y el Abuelo comenzó a pintar un Sueño. Dijo:

—Hijo, no importa lo que fuimos, sino lo que somos.

Recalcó el ¡Somos! Añadió:

—En presente. Porque el futuro no existe. Estamos atrapados en el presente y por el presente. ¡Siempre!

Enfatizó el ¡Siempre!. A mí me resultaba imposible, por entonces, entender el significado encerrado en aquella frase. Aunque, a decir verdad, las palabras “pasado”, “presente”, “futuro” me eran familiares, por haber dado en la escuela los verbos. No obstante, insistí:

—¿Abuelo, qué es el futuro?

—Hijo, te acabo de decir que no existe: un imposible. Por consiguiente, si no existe, no se puede definir. Tiene entidad sólo en nuestra imaginación. Pero la verdad es que todo está y sucede ¡siempre! en presente. ¿Has comprendido? ¡En presente! Imagínate el futuro como una fuente que ves brotar a borbotón en el bosque. Pensarás: el agua que veo manar ahora, cinco minutos antes no estaba, luego era

futuro. Ya ves que no. Si fuera futuro, no estaría; jamás podrías contemplarla. Nada existe en futuro. Todo es presente.

Dicho lo cual, el Abuelo siguió pintándome un Sueño desde el Acantilado, lugar ideal que él escogió para poder contemplar mejor el mundo.

Sentado junto a él, yo también alzaba la vista por encima del mar. Sentía la fascinación de la presencia de ambos. Del mar y de él. Sin embargo, era sobre todo la palabra del Abuelo lo que me cautivaba.

Hoy, al recordar aquellos días felices, siento que el Sueño va cobrando vida en mí. Hay un mundo anclado en la memoria, y al mismo tiempo huido para siempre, pero que uno quisiera retener. Al intentarlo, advierto enseguida que me queda entre las manos tan sólo el gesto, apenas esbozado, de querer atrapar una realidad que se esconde más allá del Sueño mismo. Porque el Abuelo, quede de esto constancia en acta, antes que nada fue un soñador. Tras su aspecto serenamente adusto, casi serio, se escondía una ternura colosal. Cómo, pues, no recordar y adorar a aquel hombre del que tanto cariño recibí.

Terminada la pausa que siguió a su apodíctica afirmación de anclaje en el presente, añadió:

—Hijo, la vida misma es un Sueño. El mejor de los sueños. Por eso resulta tan maravillosa.

—Abuelo, yo siempre sueño cosas bonitas.

—¿Por ejemplo?

—Pues..., esta noche soñé que..., que tú y yo íbamos volando; alto, muy alto. Por encima de las nubes, ¿sabes?

—¿En avión?

—¡Uff...! No sé. ¡Bueno, sí!

Los veía pasar altos, por el cielo. A veces se escondían entre las nubes, luego reaparecían. Aún no sabía yo cómo era de cerca un avión. Pero mi imaginación de niño iba todavía más alta y más lejos que los aviones y que las nubes.

Hoy, mirando a la distancia del tiempo mismo, desearía que ese trozo de historia no hubiera terminado, mejor dicho, que se hubiera anclado como un barco en la playa. El tiempo es un barco varado en la arena movediza de los recuerdos. Y los recuerdos están al vaivén de nuestra soledad y de nuestras conveniencias. El Abuelo repetía:

—La vida es un sueño.

Razón tenía. Es el sueño lo que nos perpetúa más allá y más acá del tiempo, y del espacio; hasta dejarnos ahondar en la eternidad. Soñar es vivir. Y recordar. Me veía a mí mismo jugando y correteando por toda la explanada del Acantilado. Y a él, leyendo. De vez en cuando levantaba la vista del libro que tuviera entre manos; miraba más allá de las olas y del mar. Cuando yo volvía a su lado, solía repetir.

—La vida es bonita. Es bonita..., hijo. La vida es el más hermoso de los sueños.

Cierto. Y así, en el sueño que le contaba, acabábamos de aterrizar.

—Hijo, antes de desembarcar, ten a mano los pasaportes. No los pierdas, que nos los van a pedir.

Aterrizamos en lo más alto del Acantilado. Fue un aterrizaje perfecto, suave. Algunos pasajeros comenzaron a aplaudir. Fue, sin duda, una manera de sacudirse los nervios más que el reconocimiento de lo que en la rutina diaria es normal para un piloto: hacer las cosas bien.

—¿Dónde estamos, Abuelo?

—¿Dónde? ¡Cerca del cielo, hijo!

—¿Del cielo?

—Sí, en lo más alto del Acantilado. Cerca del cielo.

Sin poderlo evitar, me ponía a dar saltos de contento. Nunca había estado cerca del cielo; así que, con la ligereza de mi infantil movilidad, yo mismo me encargaba de tener bien informado a mi Abuelo. Con mucho cariño, le repetía una y otra vez:

—¡Abuelo, que estamos cerca del cielo...!

—¿Estás seguro?

—¡Sí, Abuelo! ¿Ves?, las nubes están por debajo de nosotros.

En mi fantasía, la cima del Acantilado tenía forma de cielo; o tal vez era el cielo mismo. Las gaviotas revoloteaban por encima de las olas. ¿Sería el cielo como una montaña, una montaña muy grande? ¿Tendría la forma del Acantilado? Se lo pregunté.

—Abuelo, ¿cómo es el cielo?

—Como tu fantasía.

¿Cómo mi fantasía? ¿Qué habría querido decir? Insistí:

—Abuelo, ¿cómo es el cielo?

—Ya te lo he dicho, hijo, como tu fantasía.

—¿Cómo mi fantasía?

—Sí, un lugar muy grande, muy grande; y donde todo es limpio y muy bonito.

Han pasado muchos años. Una profunda emoción invade mi ser al recordar a aquel hombre que llenó toda mi niñez y parte de mi adolescencia. Mis recuerdos han quedado varados en su vida, y su vida en mi memoria. Hoy le brindo, agradecido, esta página en la bitácora del tiempo. Refleja mi cariño y mi admiración. Porque, reitero, las horas más felices de mi infancia fueron las que pude pasar con él en el Acantilado.

A veces, de pronto, todo lo que nos rodeaba queda como equidistante entre el cielo y la tierra.

—Abuelo, no estoy seguro de estar en el Acantilado, ni de que el Acantilado sea el cielo.

—El cielo es tu fantasía.

Hoy, me veo niño en el tiempo. Aunque no puedo impedir que me envuelvan la madurez y los años. Una amalgama de planos superpuestos y de situaciones cambiantes que, desde la distancia y de la profundidad de la edad, siguen sorprendiéndome, hasta hacerme la misma pregunta:

—Abuelo, ¿dónde está el cielo?

En el mundo onírico de mi mente resurge el niño de entonces. Aquel entonces, varado en el horizonte de lo irreversible, y que se eterniza, dulcemente, en los recuerdos.

Hoy, el Abuelo no está. Se fue, y con él, el niño cuyo mundo inmenso, fascinante y fabuloso, era él. Queda, igual que el faro nostálgico del Acantilado, ya casi nada más que su recuerdo. Le pregunto:

—Abuelo, ¿qué es el recuerdo?

—Aquello que se guarda y se acaricia tan dentro del alma como un amor secreto y no correspondido.

—¿Tú has tenido amores secretos no correspondidos?

El Abuelo calló. Una especie de muralla invisible se interpone entre aquel entonces y este ahora. Como si lo que está aconteciendo ahora no fuera el recuerdo, y lo acontecido entonces no fuera la realidad.

—Díme, Abuelo, ¿qué es la realidad?

—Algo tan sutil como un copo de nieve que se diluye en la palma de la mano.

El Acantilado sigue ahí, él también; y yo con él. Los dos, oteadores del Mar. Seguimos atisbando el horizonte por encima y más allá de las olas. El Mar es inmenso. La espuma nos alfombra los pies.

El Abuelo era inconmensurable. Razón por la cual, también yo me sentía importante junto a él. Daba seguridad. Veía yo saltar a los peces por encima de las olas, moviendo juguetones sus aletas. Estoy seguro que me saludaban.

Hoy, presente y pasado, pasado y presente, se entremezclan. Le pregunto como entonces:

—Abuelo, ¿verdad que a mí los peces me saludaban?

Tener un Abuelo como él me daba prestancia ante los demás niños y ante la gente en general.

—Claro, hijo, es que a ti te conocen; por eso te saludan. Tú también tienes que saludar a la gente cuando te la encuentres por la calle. Siempre hay que ser educado.

Lo mismo las gaviotas. Ellas se me acercaban para que les diera migajas de pan de mi bocadillo. A veces, hasta me quedaba sin merendar por darles el pan. Disfrutaba viéndolas acercarse y recoger al vuelo los trocitos de pan.

—Abuelo, hoy los peces están pasando de largo, no me saludan.

—No habrán aprendido aún a ser educados.

Cuando se cansaba de leer, alzaba la vista del libro y para hacerme ver que no se olvidaba de mí, me acariciaba suavemente los bucles con sus manos bondadosas y anchas; me sonreía, y seguía leyendo. Lo mismo hacía cuando alguna vez me veía triste.

—¿Qué te pasa, hijo?

—Que hoy me han castigado en la escuela.

—Eso tiene fácil remedio: mañana, te portas bien, estudias más, y punto.

Me iba entonces a corretear por el Acantilado. Había veces que me quedaba mirando las páginas abiertas sobre las cuales las letras parecían bailar, juguetonas, remedando a las olas del mar. Era una danza alegre, como las ideas que revoloteaban en mi mente infantil y que yo confiaba a las pequeñas malvas y margaritas que crecían en el Acantilado. Ellas, al igual que mi Abuelo, eran mis mejores amigas, mis confidentes. También los pececitos, como he dicho, y las gaviotas.

—Abuelo, ¿qué lees ahora?

A veces estaba absorto en la lectura y tardaba en responder. Cuando esto ocurría, le importunaba:

—Anda, Abuelo, si me lo dices, te mostraré las margaritas que tengo en la mano. ¿A que no sabes cuántas tengo?

Las preguntas en forma de acertijo tenían eficacia asegurada.

—¡Uyyy...! ¡El doble de la mitad!

De pronto, esta respuesta me desconcertaba. Luego, al caer en la cuenta de que era acertada, callado le miraba, le hacía una media mueca torciendo la boca, y los dos nos echábamos a reír sonoramente.

—Así no se vale, Abuelo. ¡A ver...! ¿Cuántas margaritas tengo en la mano?

—Pocas, porque tu mano es aún muy pequeña.

—Abuelo, la respuesta no es acertada. Pero por ser tú te daré un aprobado.

Le abría entonces la palma de la mano; colocaba mi mano en su mano.

—Trae acá, Abuelo, vamos a comparar. ¡Uyyy..., tienes manos de oso!

Junto a él las horas se me pasaban sin darme cuenta. Su mente transcendía el espacio, tan poblado de seres, de vida, y donde no había barreras divisorias para la imaginación. Y yo, junto a él.

—Mira, Abuelo, mira cuántas nubes en el cielo; mira cómo corren. ¿Ves aquella? Tiene forma de ovejita.

A continuación, sin dejar de importunarle, le hacía otra pregunta.

—Abuelo, ¿cómo es el cielo?

—Como el Acantilado.

El Acantilado dominaba el mar, y las olas; los pececitos y las margaritas. Pero mi Abuelo era más importante y más grande. Él sí que dominaba el Acantilado y el mar.

—Abuelo, ¿en el cielo, los niños también tienen Abuelo?

Noté un cierto rictus de tristeza en su rostro. Hombre que amaba la vida con pasión, sabía que la edad iba acortando sus días.

—Sí, hijo, sí; todos los niños tienen Abuelo en el cielo.

—¿Y en el cielo hay acantilados?

—Por supuesto. Acantilados, y libros...

Los libros. Eran parte de su ser. Conservo algunos. Tienen el color de lo antiguo y el silencio de un tiempo que no volverá. O, quién sabe, si nunca se fue.

El tiempo, según la habitual metáfora del lenguaje, ha pasado. Hoy he vuelto al Acantilado. Las cosas han cam-

biado poco; excepto por los turistas que van y vienen.

También la tierra donde crecían las margaritas es más escasa.

Sentado sobre una roca, en lo alto del Acantilado, intento recordar viejos recuerdos que la mente ha ido difuminando. Siento su presencia reconfortante a mi lado. Sé que el Abuelo está junto a mí, como lo estaba entonces. Pero mi lenguaje, ahora, es un monólogo intrapersonal. Él me hubiera respondido al instante:

—Todo monólogo lo es.

—Pero la palabra se me ahoga dentro al no tener un interlocutor, capaz de escucharme.

—Te escucho y te entiendo.

No sabría decir si estoy hablando en voz alta. El mundo intrapersonal está poblado de voces.

En definitiva, la palabra se me ahoga dentro al no tener un interlocutor, y poder hablar y entendernos como nos entendíamos él y yo. A cambio, esto me da una gran libertad para preguntarme a mí mismo, sobre esa especie de conciencia universal que somos cada uno y que a mí se me sigue haciendo patente y refleja en él.

Donde él veía el Acantilado, yo veía el cielo. Y donde él veía el cielo, yo el Acantilado. El alma es inescrutable. Intuye la profundidad de la luz hasta donde los ojos no alcanzan. Está más acá y más allá de toda metafísica, a la

que trasciende siempre. La conciencia está más allá de toda metafísica. Mientras siguiera soñando, seguiría viendo el Acantilado, y en el Acantilado el cielo, y al revés. Y siempre está el Mar. El Mar. La Mar.

En todo caso, el Abuelo lo era todo para mí. Acantilado, cielo y mar. Quizá, con el pasar del tiempo, cuando él faltara, el cielo se convertiría en un lugar. El mismo que quedó anclado en mi vida, cuando niño, y que mi mente infantil había poblado de fantasía; de seres entrañables y amistosos, entre los que se movían los pececitos del mar, las malvas y las margaritas del Acantilado, como ya he referido. Con todos ellos, uno podía hablar, y hablaba por horas sin término. Un cielo, en definitiva, donde ahora, y desde hace muchos años, descansa para siempre él.

Sobre el lugar que solíamos frecuentar en el Acantilado, he hecho colocar una cruz. Los turistas piensan que es por algún marinero anónimo fallecido en el mar. No les falta razón. Los marineros fallecen siempre en el Mar. El Mar. La Mar. Y casi siempre hay flores recientes. Yo sé que es por un soñador.

—Abuelo, mira, he venido a traerte unas flores.

—¿A que son margaritas?

—Has acertado. ¡Sobresaliente, Abuelo!

Hoy, he adosado a la cruz una placa de acero, en forma de libro, con esta inscripción:

“A la Memoria de mi Abuelo. Un hombre excepcional, que tuvo por libertad el pensamiento; por destino la luz de los luceros. De oficio soñador. Su misión fue vivir. Desapareció en el Acantilado. Velan su sueño las gaviotas, las margaritas, los peces y el mar. Y mi recuerdo. Descansa en paz, Abuelo. Para siempre, tu hijo”.

He permanecido un rato en silencio, con la cabeza baja, contemplando la placa. Creo que ha quedado bonita. He sonreído con sonrisa cómplice, y me he sentado en un peñasco del Acantilado.

Su misión fue vivir. Y vaya que vivió. De oficio soñador, y vaya que soñó. Cuántas veces me lo repetía una y otra vez:

—Los Sueños son Vida, hijo; los Sueños son Vida. Quien no sabe soñar no sabe vivir. No lo olvides.

—Abuelo, la metáfora de la Vida es el Sueño.

—Y la metáfora del Sueño el Amor. Queda la Mar.

El Mar, la Mar, como le gustaba decir, lo abarcaba todo. El Acantilado, donde tantas horas de su vida pasó, era para él un libro abierto, siempre en movimiento. Decía que era el mejor símbolo de libertad.

Por lo apacible del lugar, también a mí el Acantilado me resultaba el mejor símbolo de libertad. Me imaginé el cielo como un libro grande y hermoso cuyas páginas van pasando en continuo movimiento al vaivén de los sueños.

—Los libros se mueven, caminan, piensan, tienen vida propia.

—Sólo los hombres, cuya mente y corazón son libres, son capaces de enamorarse de los libros.

El Abuelo fue liberal, no en sentido de andar por casa que la política ha impreso a esta palabra sagrada, sino en el propio, que la filosofía ha sabido definir mejor. Es decir, un hombre libre en sí y para sí. Un hombre para la libertad. Solía repetir:

—Sólo los hombres libres sintonizan con el bien.

—Es que las cosas se ven mejor bajo el prisma del bien.

Le invadía la bondad. Compartía la ingenuidad de las flores, la alegría escurridiza de las olas del mar, y el placer de acariciar los bucles de su nieto más querido.

A veces, sobre todo cuando el tiempo era fresco, me sentaba en sus rodillas. Apoyaba una mejilla en su pecho, y me quedaba dormido. Las gaviotas se marchaban más lejos, para no perturbar mi sueño. Sólo el ruido apacible de las olas acompañaban mi dormir.

Adormecido en su regazo, era entonces cuando la Vida, entreverada de pensamientos, comenzaba a pasar delante de mí, lenta y tranquila, como una película entrañable. Y lo más curioso, todo tenía sentido. Lo lógico y lo irreal, en un mundo en movimiento, donde las cosas suceden a la velocidad del sueño, y al mismo tiempo sin prisas.

Apostado en lo más alto del Acantilado, me sentía a gusto. Esto era lo más cierto. Y desde ese mirador impresionante podía contemplar a mis anchas largos trozos de historia, como emanados de un pergamino que se desenrolla y estira.

—Sólo el niño tiene más imaginación que el adulto.
—Y la mente más madura que el adulto.

Era obvio. Ante mis ojos, llenos de la luz prístina de un cielo terso, la rueda de la historia giraba entonces y sigue girando hoy, con la velocidad que sólo la realidad puede imprimirle.

De pronto, mi sueño debió entrechocar con otros sueños colaterales, porque soñé que me despertaba.

—Los adultos suelen despertarse a destiempo.

No sabría decir cuánto tiempo llevaba tumbado sobre aquella majestuosa y agreste altura del Acantilado. Ni tan siquiera si era noche o era día. Aunque, bien pensado, noche sería. Que estaban altas las estrellas.

Me di media vuelta, tratando así de poder seguir acurrucado en el regazo acogedor y seguro del Abuelo. Me pareció entenderle:

—Hijo, estoy en el cielo.

No quería dejar de soñar, y soñé que soñaba. Mis esquemas mentales estaban siendo invadidos por el virus informático de una metafísica intuitiva, introspectiva. Era la lógica de la libertad. Alguien importunó.

—Abuelo, ¿eres tú?
—Sigue soñando.

Los libros del Abuelo se habían puesto en movimiento, con la alegría de quien va de acampada. Sin el menor esfuerzo, y ni tan siquiera intención de despertarme, alargué instintivamente la mano para coger un atlas de la estantería más próxima de la biblioteca de mi Abuelo.

—Abuelo, ¿dónde está el atlas?

Silencio. El Abuelo no respondió. Sorpresivamente, vi la carita de un niño que me miraba con gesto interrogativo, como asustado.

—¿Eres tú el atlas?
—Hace años que dejé de serlo.
—Entonces, ¿cómo voy a orientarme?
—La vida hay que recorrerla sin atlas.
—¿Y si la niebla me desorienta y no encuentro el Acantilado?
—La luz lo ilumina todo.

¡Qué distinta resulta ser la conciencia del niño y del adulto!

—Si tienes conciencia de adulto es porque has perdido la inocencia.

Era su paráfrasis al texto del Evangelio:

— “Tenéis que ser como niños, si queréis entrar en el Reino de los Cielos”

Insistió:

—El niño es un soñador porque su mente es diáfana. Nació para soñar. Al adulto le cuesta más soñar.

Debí notar que me estaba haciendo adulto. En consecuencia, necesitaba con urgencia no salirme del sueño. Pregunté.

—¿Dónde está el Acantilado?

El Acantilado, por debajo del cual el Mar estaba emparillado de caminos invisibles, trazados y recorridos por pececitos de mil colores, era mi mundo. Todos eran mis amigos. También las gaviotas que surcaban el aire por encima de las olas. Prácticamente, para mí no había más geografía visual.

Reitero. Hoy que el Abuelo no está, quisiera que mis sueños fueran sus sueños. Que mi mundo real siguiera anclado en su recuerdo. Difícil utopía. El infinito termina donde empieza el mundo personal, único e intransferible.

Y los mojones imaginarios del tiempo se cuentan por milenios.

Estábamos sentados en lo alto del Acantilado:

—Abuelo, dicen que se fue un milenio, y que comienza otro.

—¿Se fue?

—Sí, Abuelo. ¡Ah...! Y..., ¿sabes? El otro día dijo la tele que un sabio acaba de descubrir una estrella. Una estrella muy grande.

—O sea, inconmensurable.

—Gigantesca.

—Inédita.

—Original.

—Bellísima.

—Que sí, Abuelo.

—Sigue, sigue contando. Qué más dijo la tele.

—Pues que esta estrella se encuentra a sólo dos mil años luz, empezando a contar, naturalmente, desde el lugar preciso donde nos encontramos: el Acantilado.

—¿Habló del Acantilado?

—Del Acantilado no, ¿pero de dónde podía ser si no?

—¡Qué casualidad! Dos mil años son dos milenios, los mismos que estamos contemplando desde el Acantilado. Sí, hijo, yo también vi la tele. Pero esa estrella está todavía en gestación.

—O sea, que aún no ha nacido, vaya.

—Eso es. Pero su diámetro equivale al de nuestra galaxia. Y está envuelta en una burbuja de agua.

Mi mente se alzaba por encima de lo inconmensurable, hasta donde la imaginación casi no logra alcanzar. El cosmos era una inmensa placenta. ¿Tendría algo que ver la nueva estrella, nacida o por nacer, con el nuevo Milenio?

—Abuelo, ¿no te parece que la estrella estará temblando de frío en la noche eterna del cosmos?

—El frío es pura imaginación, hijo; la estrella no pasa frío. Además, ¿quién te ha dicho que en el cosmos es noche eterna? El cosmos está lleno de vida.

—Abuelo, ¿de dónde viene la vida?

—La vida viene del agua.

—¿Y el agua, de dónde viene?

—Buena pregunta, hijo; buena pregunta. Del Mar.

La respuesta iba más allá de lo científico y esperado. Quedé algo desconcertado. Lo entendí luego. El Mar. La Mar. ¡Envolvente, fascinante! A veces, nos sobrecoge. Al caer en la cuenta de que su respuesta jugaba con las palabras exclamé:

—¡Qué maravilloso y misterioso!

—Sí, hijo. El Mar. La Mar. No lo podemos abarcar. Nos acoge y sostiene como a un barquito de vela, con ternura. Yo lo llamo Dios.

Estaba claro. El Abuelo llamaba al Mar, Dios. El Mar. La Mar. ¡Dios! Y nosotros éramos un barquito de vela columpiándose en el Mar. El Mar. La Mar. Nos pusimos a jugar:

—Barquito de vela
—barquito de seda
—yo eché a la Mar
—las olas lo llevan
—las olas lo traen.
—Varado en la arena se queda
—barquito de seda
—barquito de vela.

Y al unísono:

—¡Que yo eché a la Mar!

Los dos nos echamos a reír. A continuación le pregunté:

—¿Y la eternidad?

—Es como el cero y el infinito. Las dos cosas es. Se define por sí misma. Es tiempo y eternidad.

—O sea, Abuelo, que la eternidad es eterna.

El Abuelo rió con ganas. A veces, mi pensamiento hacía surfing sobre las olas del cosmos. Pero él me escuchaba y respondía con infinita paciencia.

Luego, los dos nos quedamos callados. Estábamos a caballo entre el mítico año 2.000 que ya se había ido, y el nuevo milenio ya comenzado.

Puedo certificar, bajo palabra cautiva de intemporalidad, que el Abuelo y yo nos quedamos oteando, con liberal imaginación, la Historia.

—La misma que es presencia y ausencia, porque nunca nos pertenece del todo.

—Entonces, Abuelo, estamos avocados, siempre, a contemplar la historia desde fuera.

—La historia es un barco que se aleja por alta mar, hasta desaparecer, poco a poco, en el horizonte. Queda siempre la Mar.

—Mientras en el puerto ondean pañuelos de despedida.

—Recuerda, hijo. La Historia es intuición y misterio, realidad y anhelo. Hechos consumados. Deseos incumplidos. En suma, la mejor novela de aventuras.

Sentí un cierto sentimiento de indefensión y vacío; ese vacío que a veces queda suspenso en el alma, como un rumor de lamentos al socaire del sol y la sal, de la arena y la nácar, mientras el viento impulsa un aleteo grácil de gaviotas blancas.

El Abuelo era fascinante. Su mente tenía la luz de un poema. Invitaba a elevar la imaginación, en alas de una interpretación en libertad. Con él no había espacio para el aburrimiento. Solía repetir:

—Lo que importa es la Vida, hijo; la Vida.

—Pura arqueología, Abuelo.

—¿Pura arqueología la Vida?

—No, la Historia.

—Te estoy hablando de la Vida. De todos modos, tu afirmación está acorde con la realidad.

Cuando estoy a solas, mi monólogo introspectivo es:

—El Mar lava y purifica los sentimientos.

—Cada despedida es un ayer.

—El tiempo reconcilia los corazones.

—Y el Sueño establece libertades.

Enseguida se deja oír su voz:

—Importa el presente, hijo. La Vida es radiante actualidad.

La actualidad, un suspiro eternizado en el flash del milagro de la vida. Añade:

—Tan bella, tan hermosa.

Le digo:

—Tan breve.

—No, hijo. La Vida no tiene fin.

Doy fe. Escrito ha quedado sobre las olas, que no saben de milenios. En el Acantilado ondea la bandera de su presencia, mientras el agua traza autógrafos sobre la arena. Y en el cuaderno de bitácora del tiempo queda constancia de nuestros atávicos deseos.

También la espuma de las olas es arqueología sobre los lomos del agua transida de sol, mientras la luz se baña en

la playa. La arena es un pergamino para trazar sin desdoro amores de eternidad.

—Abuelo, ¿y dónde se baña el agua?

—Pregúntaselo a las gaviotas.

Las gaviotas eran testigos de autos en nuestros soliloquios; ellas podían certificar nuestros pasos sobre la playa del deseo y del tiempo, donde acampaban por turno, nuestros Sueños peregrinos.

Peregrinos, pues, del deseo, del tiempo y la libertad que los sueños otorgan, el Abuelo y yo un día dejamos el Acantilado al cuidado de las gaviotas. Su tranquilo planear sobre las olas parecían pañuelos blancos de despedida. En la playa, la espuma se quebraba como el rumor de un beso que apenas logra rozar la mejilla. Y emprendimos el viaje de los Sueños.

Junto al pretil del Acantilado izamos la bandera de nuestros sentimientos al vaivén de los Sueños.

LA HISTORIA ES UN BARCO

Aventuras y desventuras, amores y sinsabores, los vivía el Abuelo con el sentido hondo y bueno que imprimió a su vida. A su cualidad común con el resto de los humanos, de hombre trascendente, añadía el de soñador. Por vocación y por oficio. Conozco muchos de sus pasos, buenos y malos. A veces solía decir:

—¿Quién puede decir que siempre ha andado en buenos pasos? Hijo, lo bueno a secas, aséptico, no existe.

Razón tenía. Porque las olas nos arrastran como arrastran la arena que queda tendida, purificada y limpia, sobre la playa después de haber sido batida a golpes contra las rocas de la costa.

Conozco también sus sueños. De ello puedo dar fe, y hasta empeñar mi palabra; que si tercia empeñar empeño.

Estábamos asomados al pretil del Acantilado, -intemporal Acantilado de sus sueños- y los míos. Miró a lo lejos.

Dijo:

—La Historia no es propiedad de nadie. Querámoslo o no, la Historia nunca nos pertenece del todo. Gran verdad, hijo.

—O sea, que estamos condenados a ser telespectadores de la Historia.

—A veces somos también protagonistas. De la Historia y sus historias. Porque has de saber, hijo, que la Historia es un barco que se aleja por alta mar, hasta desaparecer poco a poco, en el horizonte. Queda la Mar.

La Historia es un barco que se aleja... Me imaginaba cómo desaparecía en el límite del horizonte. Recalcaba:

—Queda siempre la Mar.

Mientras tanto, yo veía en el puerto ondear pañuelos. Y alguna lágrima fluir que el viento secaba.

Desde el Acantilado, como un capitán en su barco, dirigía la intuición y el misterio, la realidad y el anhelo. Había al mismo tiempo en él un cierto sentimiento de indefensión y vacío; el mismo que queda a veces como suspenso flotando en el alma. Como un actor en lo alto del escenario, el Abuelo recitó:

—Queda un rumor de lamentos al socaire del sol y la sal, de la arena y la nácar, mientras el viento impulsa un aleteo grácil de gaviotas blancas.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, en el batir de las alas las gaviotas, sentí que la ovación fue cerrada. Y es que, mi imaginación iba a la par de su evocación, y hasta mi nostalgia de la suya. Por lo demás, nuestra Historia constaba de una sola página, que ni siquiera alcanzaba a completarse. Pero él tenía las ideas claras:

—La Vida consta de una sola página que cada quién debe saber cómo llenarla. Nuestra Historia se llama la Vida.

—Pura arqueología, Abuelo.

—¿Pura arqueología la Vida?

—No, Abuelo, la Historia.

Hecha la aclaración, enfatizó:

—Mi poema es la vida amasada con tierra de color universal, geografía labrada por el tiempo y los días donde nadie jamás podrá suplantarme.

El aire soplaba suave y agradablemente sobre el Acantilado. Su blusa de colores playeros y alegres, desabrochada, se convertía en bandera que ondeaba al conjuro de sus sentimientos.

—Me siento yo, escuetamente yo, con mi indigencia a cuestas, viajero hacia la Luz, donde reside la infinita claridad del Ser. Por eso admiro el árbol y su cósmica canción, de verde pentagrama, que embruja el paisaje de mi ser.

Yo sí que me sentía embrujado con la cadencia de su mágica palabra que era una caricia, igual que el agua que al brotar de la fuente, recóndita y cautiva, se convierte en estrofa de frescura para el sediento. Afirmó:

—Me siento solidario de todas las estrellas que navegan por el mar sin fondo de las infinitas galaxias, como ecuménicas viajeras de una existencia sin final. Es pues natural que sienta la armonía sublime de las flores, el cotorrear alborozado y solidario de los pájaros a la puesta del sol, o su alegre algarabía al nacer de cada día.

Las olas batían al ritmo de andante allegretto contra las rocas del Acantilado en magnífica orquestación. El Abuelo era dueño de la escena. Pausadamente continuó su recital.

—Llevo calzadas las sandalias de la fe, mientras empuño el cayado peregrino del hombre que busca la felicidad en la tarea ineludible de seguir oteando el horizonte.

Sus palabras caían lentamente, como haces de luz, sobre la gran platea que formaba el mar. Este resultaba ser su mejor auditorio, su público incondicional. Calló un momento, paseó la vista por el gran público. Luego siguió:

—Y a la par de mi poema, del cosmos o del fuego, las raíces de mi ser vibran en la inteligencia de la luz. De tierra me sé, amasado en hondas raíces por el soplo divino. Por eso llevo del árbol la savia. Solfa soy...

Hubo de fondo un acorde de violín:

—Do re mi fa sol.

El Abuelo se volvió y agradeció con una leve inclinación de cabeza. Continuó:

—Solfa soy escrita en el pentagrama del agua. Tengo la libertad de las gaviotas, sin más límites que el Mar.

Sonó una atronadora ovación. El mar estaba engalanado de azul universo, y sonrisa de sal. Cuando su voz se hizo audible prosiguió:

—He plantado mi tienda en este valle de lágrimas. Tiene techo de estrellas para adentrarse en el cosmos, sin complejo de sueños, y seguir siendo el Soñador, más allá de los trigales, que al despertar juega naipes de luz embrujada por la magia de los días y el sol.

Bajó con humildad los ojos. Luego, mirando implorante al público, declaró abiertamente:

—Póker de ases son mis cartas, aunque a veces me guarde un as entre la manga.

El público rió la salida. Yo disfrutaba, escuchando al Abuelo, dejando que mi fantasía se columpiara en los cuernos de la luna. Impertérrito continuó:

—Por lo demás, siempre apuesto a ganador, en la multicolor cancha de la vida; y orientada tengo mi brújula a las estrellas, donde ondea mi esperanza en el mástil de la existencia. Eso sí, juego siempre con luz de sol,

para que el poema de mi vida pueda deslizarse tranquilo mientras lentamente va cayendo la tarde.

La brisa marina arreciaba. El envite del oleaje se convirtió en una salva de aplausos. El Abuelo sonreía feliz. Elevó la voz:

—Y cuando llegue la noche, que llegará, un carrusel de luz las estrellas todas formarán, para alumbrar de azul celeste mi muerte. Porque caída que sea la tarde, yo, bajo protesta de hombre, verticalmente morir me moriré.

Arreciaron los aplausos. Hizo una pausa. Luego, en gesto que parecía un brindis, siguió:

—Y en túnica de luz me envolveré para seguir enhebrando, sin fin, mi poema como un canto a la vida.

Para mí, el tiempo era como un carcaj tangencialmente llevado al hombro donde se guarda la flecha que hay que lanzar siempre más allá del relente de la vida. El Abuelo me había enseñado a amar el trigal, el río, el árbol, la estrella, y el viento. La música tenía el sabor del agua fresca en la fuente donde abrevan su sed la oveja y la alondra, y cuantos, como él, hilvanan, por oficio, sueños de luz. Se volvió hacia mí.

—Y por vocación, un barco para navegar la Mar.

—¿Abuelo, y qué hacemos con la arqueología?

—Prenderla con alfileres en la solapa de la interpretación.

Mentiría si dijera que no llevamos andados, él y yo, los caminos todos, bueno, casi, del pensamiento, de la imaginación, de la Historia.

—La nuestra va quedando escrita sobre las olas.

—En autógrafo de agua sobre la arena.

—Y en la bitácora del tiempo.

—Y del deseo atávico, cuyo exponente somos nosotros.

También la espuma de las olas es arqueología sobre los lomos del agua transida de sol, mientras la luz se baña en la playa. Y la arena es un pergamino para trazar sin desdoro Amores de eternidad. Por más que en la playa del deseo acampan, por turno, los enemigos del sueño. Las gaviotas certificaban los pasos de nuestros pensamientos.

Peregrinos del deseo, del tiempo y la eternidad, el Abuelo y yo, seguíamos asomados al mar desde el pretil del Acantilado, en ese onírico estado heraclitano que no distingue diferencias entre la vida y la muerte, el planeta tierra o las galaxias, o la estrella del referido documental televisivo.

Desde mi mente infantil dije:

—Nuestro planeta es una canica perdida en el espacio.

—Hijo, uno se siente pequeño en la inmensidad del cosmos.

Pregunté:

—Abuelo, ¿qué es el hombre?

—Hijo, metafísica pregunta la tuya, de múltiples respuestas. Lo entenderás mejor si te acercas, con unción y temblor, a la bíblica página de la Creación. ¿La recuerdas?

Así es. En el Libro Sagrado estaba contenida la respuesta a mi pregunta.

—El hombre, bíblica tierra es, amasada por el aliento divino. Arcilla frágil, rota como un cascarón, en el primer intento por recorrer en libertad los caminos de la vida.

—No entiendo, Abuelo.

—Sí, hijo. El Hombre, varón y mujer, equivocó el camino. No se puede hacer en solitario el camino de la libertad. El Hombre cometió el pecado de la Libertad.

En parte, pensé, porque nunca supo, y me temo que nunca sabrá, qué es con exactitud la Libertad. Esto, en cierto modo, le exime de una culpa mayor. No obstante, le queda aún, prácticamente intacto, el camino de los Sueños.

—El mismo que tú y yo estamos recorriendo.

Los Sueños son parte de la Libertad. Pero ésta funciona en el Paraíso, no fuera. La Libertad está en lo primordial, en el Hombre mismo. Perdida la libertad, al Hombre no le queda más remedio que peregrinar. Salir de sí mismo. El peregrinar del Hombre se perdía en la memoria del tiempo.

—Toda salida es un intento por peregrinar a lo sorprendente, a la búsqueda. Peregrinar es buscar.

—¿Qué buscamos nosotros, Abuelo?

Golpe a golpe, andamos y desandamos los caminos del tiempo, y del deseo. Escocidos de remordimiento y de culpa, intentamos volver a nuestros atávicos orígenes porque necesitamos sembrar sobre el rastrojo arrasado de la Creación, si posible fuera, la Paz que se nos quebró al romper la Libertad.

—Un Paraíso donde habite la Paz que es hija de la Libertad.

Pero la Paz quedó cautiva y está siendo golpeada por los thanáticos hechos de la Historia. Y por las malas intenciones que los hombres hemos acumulado a lo largo y ancho de la Historia.

La Historia..., cabía preguntarse: ¿y qué es la Historia? El Abuelo intuyó mi pensamiento y se apresuró a responder.

—¿La Historia? Te lo he dicho muchas veces. La novela más fantástica; por donde desfilan guardias y ladrones, intrigas y enredos; y las más sofisticadas mentiras. La Historia es una gran superficie mercantil, donde se exhibe y vende la colosal artesanía del odio, la guerra y la destrucción, envuelta en el oropel engañoso de la ilusión.

El Abuelo me había remitido al Libro Sagrado. Encontré que decía, literal y hasta casi brutalmente:

— “Dios se arrepintió de haber creado al hombre”.

La Historia. La misma que no se escribe en pergaminos de piel o de piedra, ni en letra gótica, redondilla, o cuneiforme, sino en la memoria, que hoy llaman histórica, de la humanidad, garabateada con los retorcidos trazos que marca la unidireccional vanidad de los hombres todos. La misma, añadido, que no tiene copyright ni percibe derechos de autor, porque es patrimonio universal de la humanidad,

—¿Yo, tú, él?

—Sí, hijo. Todos.

—Abuelo, creo que Caín es el hijo torcido, símbolo del parto inacabado de la raza humana.

—Eso también es Historia. No tenemos otra.

Sin embargo, la Vida aflora siempre por encima de la muerte. Sin importar que en el fondo subyaga en incontenible manantial, triste es constatarlo, la violencia y la sangre. No hay vida sin muerte.

—La guerra es un deporte.

—Dirás, mejor, que el más rentable negocio.

Casi sin darnos cuenta estábamos volviendo sobre los pasos que nos devolvían a nuestros orígenes.

—Hijo, el futuro del Hombre es su origen.

—Entiendo, Abuelo. ¡La Libertad!

Era añorar el día en que se dijo:

—“Hágase la luz”.

Y la luz se hizo. Se hizo el día. Se revolucionó el caos. Y la Vida brotó, de pronto, incontenible.

—Abuelo, pero también la soledad.

—Tienes razón, hijo.

El hombre es hijo también de la soledad. Ésta es la escueta verdad; pero no nació para estar solo.

—Nació para llevar responsablemente las riendas de la Creación a la aventura fascinante del diario vivir.

—Lo sé.

Pero al hombre le dio miedo el compromiso, la responsabilidad. Le asustó la tarea. Se aterró al verse salido de sí mismo. Y armó una bronca monumental en la misma y primera página de la Historia.

—Se encaró con Dios.

—Más bien, huyó de Dios.

—¿Porque puso en tela de juicio la soberanía de Dios?
Entonces, cuestión de autoridad.

—No. Cuestión de Libertad, la misma que nunca supo entender. La Libertad jamás va contra Dios. El Hombre pecó contra la Libertad. Por eso vino el rompimiento, con Dios y consigo mismo.

A mi entender, explicaba bien el Abuelo lo que fue la primera y original rebelión, principio sin final de todas las demás. Qué lejos estaba esta sencilla pero fascinante explicación de aquella otra de la manzana y compañía. Felicité al Abuelo. Me dijo:

—No se contraponen. El lenguaje de los símbolos tiene muchas sendas que llevan al mismo punto de intención explicativa. El asunto es que el Hombre salió malparado y, naturalmente, lo echaron de casa.

—Y se quedó sin cariño.

Supo entonces lo que es la soledad. Y echó a andar, atolondrado, sin saber a dónde, ni por qué, sin más equipaje que la lencería de su piel de tierra, mientras rumiaba, nostálgico, el recuerdo de su madriguera segura, caliente, protectora, en la espesura del bosque creacional.

—Abuelo, ¿Has dicho bosque creacional?

—Estamos en el lenguaje de los símbolos, ¿no? Los

símbolos son metáforas para explicar lo incomprensible. Y la Biblia es una metáfora viva, de principio a fin. Por eso sitúa al hombre en un jardín paradisíaco.

—El jardín de la Libertad.

—Eso es.

La Libertad. Cuánta evocación suscitaba. Irresistiblemente nos llevaba al Hombre. Supo éste que estaba hecho de Tierra, que se llamaba, y era, Hombre; es decir, Adán, Tierra, Barro, Arcilla. Nombre y apellidos. Y que de pronto se vio subido al carro de la soledad; Mal comido y mal vestido con aquel raído traje vegetal, confeccionado con el saldo sobrante de los retazos ínfimos de su hipotecada autoridad, puesta ahora en venta; y con el hatillo al hombro de su amargura y frustración. El Hombre echó a andar, andar, y andar. Sin rumbo.

—Y sin rumbo sigue, Abuelo.

Nómada de los siglos, tiempo y eternidad, pero intuuyendo, sin duda, que cada paso que daba era un mojón indicador de Historia, comenzó a registrar una serie de hechos y datos, que a la larga formarían parte de esa misma Historia, guardada en el disco duro del ordenador del tiempo.

Un día, cansado de andar, se detuvo. Fue en un humilde rincón del cosmos llamado, como él, Tierra, donde se paró y comenzó a pensar rebobinando la película de su vida. Todo quedó registrado en la memoria ram del cosmos.

Desde entonces hubo pasado, presente y futuro.

—O sea, la Historia.

La Historia era como el barco que desde el Acantilado veíamos alejarse. En el puerto siempre hay espacio para que se agiten pañuelos blancos humedecidos de despedida y nostalgia. Y en la playa, la espuma seguirá quebrándose como el rumor de un beso que apenas logra rozar la mejilla.

Contemplábamos también los astros pasar, silenciosos, en la espesura del firmamento. Estrellas y astros, planetas y cometas, noches y días... Qué formidable hormiguero de vida palpitando, en amalgama, pero sin chocar ni descalabrarse.

El Acantilado era el mejor observatorio para ver pasar el rompecabezas de la Historia, formado de las infinitas y diminutas piezas que forman la Humanidad, con su historial de hechos, pesadamente arrastrados unos, livianamente llevados otros.

—Abuelo, el primer Hombre se llamó Adán.

—Adán somos todos.

—¿Y Eva?

—También.

Adán = Tierra. La metáfora universal. Tierra somos todos. Adán somos todos. Yo, tú, él. Qué razón tenía el

Abuelo. Pues bien, un día, uno de estos hombres-tierra llegó hasta el Acantilado. Había recorrido los caminos abundantes de la Historia; y muchos más que aún le quedaban por recorrer. Se aposentó en él. Y aquí sigue.

—Díme, Abuelo, ¿por qué te quedaste a vivir en el Acantilado?

—Hijo, el Acantilado es como la cima real de mi conciencia.

Observé que miró en rededor, contempló el horizonte en toda su extensión: pasado, presente y futuro. Verdaderamente, estaba en el cenit mismo del universo de su conciencia. Noté de pronto que algo, como un escalofrío, le estremeció. ¿Un rayo de luz?

—¿Qué te pasa, Abuelo?

—Nada, hijo.

Es que, cada ser humano está contenido virtualmente en el primer Hombre, en el primer Adán, insignificante mota de tierra existencial de la cósmica Madre Tierra. Por eso, la conciencia y su memoria histórica, nos engloba universalmente a todos. Su estremecimiento fue un rayo de luz que iluminó su memoria histórica y personal. Fue así cómo el Abuelo se sintió, no solamente Adán, también Abraham, o cualquiera de los profetas. Sintió correr por sus venas la sangre de Homero, dando vida a todos los personajes de la *Ilíada*. Se vio conquistador y triunfador a las puertas de Troya. Cada personaje histórico, bíblico o extrabíblico,

eran parte de su ser. No creía en la pureza ni de sangre ni de raza. Decía que Adán no tenía patria; que era universal. Que las patrias pertenecen a la burguesía decadente, que ha hipotecado los Sueños. No obstante, por razones de sangre, según decía, se escoraba hacia los habitantes de la controvertida tierra bíblica. Yo sabía que se debía, también, a que era la gente que más sentido universal de la ocupación de la tierra había demostrado; sin perder por eso el sentido inamovible de sus raíces de origen. La nostalgia de Sión era tan congénita en ellos, como en anclaje en el Acantilado para él.

—Hijo, ¿recuerdas la historia de Abraham?

La recordaba. Abraham llegó al monte donde estaba enclavada la aldea. Era una aldea en crecimiento; crecía día a día. La llamó Salem “la ciudad de la paz”. Resultó ser luego una ciudad pequeña y bonita. Cada vez más bonita, como una niña en desarrollo.

—¿Como una niña en desarrollo, has dicho?

—Sí, como una niña, símbolo de tu inocencia perdida.

Sentí aflorar el rubor en mi rostro joven. El Abuelo prosiguió su relato.

—La codicia de los hombres se cebó sobre la incipiente ciudad. Todos querían cuidarla, todos decían amarla, aunque hay Amores que matan; tanto, que la convirtieron en la ciudad más religiosa del mundo. Ciudad querida y añorada.

Entendí que hablaba de Jerusalén.

—Por supuesto; mira, ya estamos llegando a ella.

Según escuchaba al Abuelo mi imaginación corría a la par de su relato. Era creyente, por supuesto. Y el corazón del creyente tiene sus propias y universales verdades. Recordó el salmo:

—“¡Ay, si de ti yo me olvidare, Yerusalaim..., Jerusalén!”

Era obvio que le invadía una cierta nostalgia. Dijo:

—Hoy vuelvo a ti, Jerusalén. He andado los siglos y milenios todos de la Historia, real o imaginaria. He subido una a una tus colinas, Jerusalén, ciudad de mis mayores, lugar de mis antepasados, raíz de mi sangre, atalaya y centro del mundo. Vengo como peregrino y buscador de verdades, para cobijarme a la sombra de tus murallas que tienen cadencia y ritmo de danza. He venido para besar tus muros milenarios con pasión ardiente, que “más sabrosos que el vino son tus Amores”. He venido para buscar entre tus piedras blancas un poco de paz, la misma que se rompe tras la fragilidad de cada concordato de buena voluntad, teléfonos digitales en danza.

La brisa suave del mediodía me invitaba a interiorizar. El Abuelo hablaba de paz. Estamos en Jerusalén, la ciudad blanca de la paz.

—¿La paz? Abuelo, ¿qué paz?

Recordé. Abrahán había sido un buscador de paz, pero el cuchillo ondeó en el aire rasgando el miedo en gesto cruel y sacrificial.

Adormilado a la vera de mi fiel camello, que sestea junto a mi tienda negra de beduino, ha pasado por mi mente un pensamiento raudo, tráfuga, indicador de mis deseos y me he puesto a gritar sobresaltado:

—¡La paz! ¡Abuelo, necesitamos la paz!

—¿Qué paz?

—¡La imposible paz!

Una ensoñación. Monte Sión. El templo no existe ya. A la greña contra los invasores andan Roboam, Yoram, Amasías y Ezequías. Pobre Ezequías, “encerrado como un pájaro en su jaula”. Atrapado en la maraña de la guerra.

—Hijo, estás echando mano de la Historia.

—Y de la memoria. Tanto una como otra sólo registran guerras. Esto es horrible.

El Abuelo se limitó a decir:

—Son tus murallas blancas jaulas de paz, Jerusalén. Y yo un soldado universal.

Vi en la lejanía, cómo Nabucodonosor, por dos veces consecutivas humillaba, saqueaba y deportaba a la gente.

El hagiógrafo bíblico gritaba:

— “Reseca está mi boca de gritar improperios”.

Por supuesto, eran improperios contra el rey de Babilonia. Destruído el templo, no había ya culto ni sacrificios. El hombre de la Biblia prosiguió:

—“Hoy estamos humillados sobre la faz de la tierra”.

Se veían por doquier grupos de gentes que habían regresado del exilio. ¿Y total? Un hombre con aspecto de profeta clamaba desolado:

—¿No veis el altar de los holocaustos, recién restaurado, de nuevo profanado? ¿No veis al selúcida Antíoco IV saquear el templo, mientras construye, a la par del mismo, una ignominiosa fortaleza y entroniza en lo más sagrado del templo a Júpiter Olímpico? ¿Será derramada en vano la sangre de los Macabeos mientras Judas, el valeroso capitán, recupera Jerusalén?

También el Abuelo se unió a los lamentos:

—¡Yerusalaim, Jerusalén! Ciudad codiciada. Todos te quieren. Y todos te destruyen. Pero todos te aman.

Me atreví a gritar:

—La paz es una mentira.

Estaba de acuerdo, totalmente con el Abuelo:

— “Todos dicen amarte, pero en ti se fraguan los más sangrientos odios”.

Cierto. Babilonios, seléucidas griegos, romanos, todos, todos acudían a Jerusalén para saquearla, para desnudarla y profanarla. En suma, para humillarla. Las treguas duraban menos la consumición de un cigarrillo.

Vi cómo Herodes el Grande arrebatava la ciudad al último rey de la dinastía asmonea. Y la moderniza y embellecía con la fortaleza Antonia, el palacio real, junto a la puerta de Jafa, y el anfiteatro. Y vi cómo ampliaba la explanada del templo hasta el Tiropeón, rodeándola de pórticos columnados.

—¡Ay, Jerusalén, amada más que la mujer de juventud!

Contemplando estábamos la belleza sin par, arrebatadora y serena, de la más hermosa de las ciudades antiguas, cuando de pronto sentimos estallar, como un ramalazo en espantoso torbellino, un fogonazo que lo arrasaba todo. Las llamas subían, rabiosas, hacia el cielo. Las legiones romanas acaban de incendiar el templo.

—“No quedará piedra sobre piedra”.

—Corramos, Abuelo.

—No, quédate donde estás. Observa. Josefo, historiador y cronista, está tomando notas en su agenda:

—Año 70 de Cristo, las legiones romanas ponen cerco a la ciudad.

—Año 132, los judíos se sublevan contra los romanos.

—Año 135, expulsados los judíos, el emperador Adriano levanta una nueva ciudad sobre las ruinas de la ciudad devastada.

—Año 326...

—Un momento, Abuelo; perdón, pero tu cronista e Historiador Josefo murió el año 100 de Cristo.

—Ya lo sé, hijo; pero qué más da, si la Historia no es lineal, no es una sucesión de fechas. La Historia gira en espiral, y es libre, como la imaginación. Está siempre al alcance de la mano; por eso es plagiada, violada, cambiada. Te dije que no hay una Historia limpia; ni en hechos ni en intenciones.

—¿Entonces?

—Permanece la libertad.

—Año 326: Santa Elena, la madre del emperador Constantino visita Jerusalén; se construye la gran basílica de los mártires junto al Gólgota. Y Juan, patriarca de Jerusalén, levanta la basílica de Santa Sión, en el lugar del Cenáculo. Y en el siglo V, la emperatriz Eudoxia, esposa del emperador Teodosio II.

—Y peregrina como nosotros.

—Efectivamente.

—La emperatriz Eudoxia, decía, levanta varias iglesias, y ordena la reconstrucción de la muralla.

Es la Jerusalén bizantina, floreciente y hermosa.

—Abuelo, ¿y qué me dices del emperador Justiniano?

—Efectivamente, el siglo VI, al que corresponde Justiniano, es sin duda el más floreciente para la ciudad. A él se debe la Nea (Nueva Iglesia de Santa María), cuyas ruinas descubrió el arqueólogo Avigad al este de la prolongación del Cardo Máximo.

—¿Por casualidad?

—No; recuerda que aparecía representada en el mosaico de Mádaba.

Caía suavemente la tarde sobre la Ciudad Santa. En el Acantilado aún brillaba el sol.

AL TROTE DE LOS CRUZADOS

Los pasos del Hombre no tienen rumbo preestablecido. Van y vienen como quien va haciendo footing y de pronto desacelera, se detiene, por cansancio o para tomar un respiro. Nosotros nos detuvimos. El día era radiante en la ciudad santa de Jerusalén. El Abuelo insinuó:

—Mira, mira, cómo trotan los caballos y golpean con sus cascos sobre el suelo los guijarros...

—Sí, Abuelo, son tropas de castellanos, navarros y aragoneses, cántabros y leoneses; hay europeos y hay vascos, catalanes y andaluces...

Los llaman Caballeros Cruzados.

—Gente es ésta de conquista que al grito de ¡ancha es Castilla! hacen hoy la reconquista de la Tierra Santa y sus mezquitas.

—Ay, Abuelo, ¿no los ves? Qué andar tan cansino, parece gente sin destino.

—¿Sin destino has dicho? ¿Sin destino los Cruzados? No hijo; tienen objetivo y meta: la conquista del santo Sepulcro. Ahí los tienes. Allá van.

—Pues mira cómo vienen. Unos pocos, a caballo. El resto, a pie. La mitad, desarrapados, descalzos, muertos de hambre. Agotamiento a granel.

—La otra mitad son quijotes, soñadores de imposibles.

—En eso, se parecen a ti, Abuelo.

—Buscan un porvenir mejor que el previsible en sus tierras de origen. Hay gente clarividente; también hay cristianos cabales.

Sabía mezclar la seriedad y la ironía en sus palabras. Con la contundencia que era parte de su personalidad, añadió:

—Hijo, la vida está hecha a golpes de seriedad e ironía. ¿Has visto gente más seria y al mismo tiempo más irónica que los profetas? Todos han terminado siendo mártires.

—Han sido constructores de nueva humanidad. Por cierto, Abuelo, has calificado a los Cruzados de quijotes.

Se detuvo un momento, pensativo.

—¡Don Quijote...! Cierto. Un soñador de arriba abajo; y un consumado maestro de la ironía.

—Pues que yo sepa, no murió como profeta ni como mártir.

—No estés tan seguro. Soñó grandezas imposibles y vivió amores intransferibles. Y fue vapuleado. ¿Te parece poco testimonio? Sus sueños saltarán los siglos.

Nombrado que se sintió por la imaginación del Abuelo,

Don Quijote hizo acto de presencia, impecablemente vestido de caballero andante. Venía de pasear por la Mancha adoctrinando a ovejas, gañanes y dulcineas. Todo, en pos de un ideal, de un “sueño imposible”.

Aunque no se atrevió a expresarlo en voz alta, en cuanto lo vio delante el Abuelo pensó:

—Sin duda, éste es el mejor teólogo de cabecera para la gente de a pie.

Le advertí a media voz:

—Abuelo, ten cuidado, que no está el horno para herejías, y la santa Inquisición está en todas partes. De todos modos, como ni Cervantes ni su madre han nacido aún, el genial e ingenioso Hidalgo no viene entre los Caballeros Cruzados. Así que volvamos la atención a los recién llegados.

Hacía calor. Las calles de Jerusalén estaban abarrotadas por un gentío multicolor, aunque sobresalía el negro impecable de los judíos ortodoxos. Muy temprano habíamos ido a rezar al Muro de los Lamentos, moviéndonos en sincronizado y acompasado ritmo. Después nos fuimos a dar una vuelta turística. Salimos por la Puerta de Damasco, de otomana arquitectura; bordeamos por fuera las murallas de la “ciudad bien unida y compacta”. Mientras admirábamos la belleza sin par de las murallas, y algunas de sus siete espléndidas puertas que dan acceso a la ciudad, perpetuan-

do desde el siglo XVI la memoria de Suleimán el Magnífico, el Abuelo, explicaba:

- Esa es la Puerta de los Leones.
- Ahí los tienes; los mismos que le dan nombre.
- También la denominan de san Esteban.

Seguimos caminando. Más adelante, el Abuelo que no perdía detalle, señaló:

- Esa es la Puerta de Herodes.

Los datos que aportaba el Abuelo eran correctos.

- Fue destruida por los Cruzados, en 1099.

Como el sol pegaba fuerte, decidimos reingresar al interior de la ciudad, donde el ambiente resultaba más fresco y agradable, al amparo de las estrechas calles. Lo hicimos por la Puerta de la Basura, de extraña personalidad, tras la ampliación realizada por los ingleses en torno al 1920. Una abigarrada multitud de peregrinos, de toda raza, lengua y religión, nos impedía perder el hilo y la sintonía con la época de los Cruzados.

—Abuelo, sin ellos, la historia de esta Tierra sería hoy muy diferente.

—No lo dudes. Pero la suya es también una historia de guerras. El mundo es un reino confederado y universal de parias, sin corona, rey ni reina, dispuesto siempre a lanzarse a la conquista.

Ingenuamente, pregunté:

- ¿A la conquista de qué, Abuelo?
- De lo que sea; de todo y de nada. Para algunos, sobre todo políticos, la guerra es un deporte.

Guardamos silencio. En un abrir y cerrar de ojos los Cruzados estaban delante de nosotros golpeando fuertemente los adoquines del suelo.

- Abuelo, vámonos; es peligroso estar aquí.
- No tengas miedo. Ven. Siéntate. Observa.

Nos sentamos sobre una piedra.

—Observa, observa. Míralos. Son parte de la Historia, y la Historia no hay que tenerle miedo.

—¿Qué hacen?

—Han emprendido la gran aventura de su vida, que los hará figurar en alguna de las páginas de la Historia: conquistar la Tierra Santa ocupada por el Islam.

Su lema era: para los unos, “Cruzada versus Guerra santa”. Para los otros, “Guerra santa versus Cruzada”.

—Pero no te preocupes, que, caiga quien caiga, todos se irán al cielo.

—¿Todos, Abuelo?

—Pues claro. Todos son hijos de Dios. Lo gracioso es que todos tienen la cabeza llena de palomas, pero cada bando piensa que la suya es el Espíritu Santo. ¡Qué caray,

la razón no es exclusiva de nadie!

—Luego, todos tienen razón.

—Eso sí, puedes estar seguro de que no se contentarán con pelear unos contra otros. También se pelearán entre ellos.

Decía bien el Abuelo, ya que las peleas consisten en romperse la crisma unos a otros, y luego hacer las paces. Generalmente, boda de por medio.

—Y un jugoso banquete de hermandad universal.

—Es lo más correcto políticamente. Lo llaman democracia.

Siempre irónico, por lo mismo muy perspicaz, añadió:

—Esta campechana democracia, sin distinción de clases, dará paso a un concertado “visto bueno” para seguir haciendo la guerra.

Estaba visto que el Acantilado era el único paréntesis a esta cotidiana realidad.

—El ser humano no puede estarse quieto. Nació para estar en constante movimiento.

—Querrás decir, en constante guerra.

—Es verdad. Pero ocurre que la guerra la diseñan y programan los mandamases de turno; pero quien la ejecuta es el pueblo. Los batacazos se los lleva siempre el pueblo. Ellos ven los toros desde la barrera.

Acababa de decirlo cuando, en ese momento aviones, llamados de caza, sobrevolaban Jerusalén.

—¿Qué hacen esos aviones?

—Nada. Guardar la paz.

Jerusalén era un polvorín. Israelíes y palestinos andaban a la gresca. Arafat celebraba reunión de urgencia por enésima vez. En vano. Los aviones israelíes bombardeaban inmisericordes los territorios libres de Gaza.

—Abuelo, la paz es una bandera zarandeada por el viento.

Escondidos en el anonimato de los días, el Abuelo y yo no perdíamos el hilo que nos conducía por el laberinto oscuro de la Historia. Le recordé:

—Tenías razón, Abuelo, cuando dijiste que la Historia es una novela.

—La más fascinante y hermosa novela.

—Pero muy cruda.

—Para adultos. Y tú eres un niño. Pero ya aprenderás.

Mientras tanto, al otro extremo del mar, en el llamado Mare Nostrum, de mil batallas, —(“señores guardias civiles / aquí pasó lo de siempre / han muerto cuatro romanos / y cinco cartagineses”)—, el Mar Mediterráneo de griegos, fenicios y cartagineses; y de pateras cautivas del fatídico Estrecho de Gibraltar, que distancia y rompe corazo-

nes y evidencia insolidaridades, Sancho III de Navarra extiende sus dominios hasta situar la frontera de su reino en el eje Duero—Sierra de Cameros.

Castilla y León, por su parte, se pasean entre el Duero y el Sistema Central. Y Alfonso VI ocupa Toledo. Castilla comienza a bajar, poco a poco, al sur, para castellanizar Andalucía, comenzando por Granada, gitana y mora, la del Albaicín y la Alambra, y Córdoba, sultana, con su mezquita y su gente, y Sevilla, torre del oro y la Maestranza, de grana y oro en tardes de toros.

Alfonso I de Aragón aprovecha un descuido almorávide para anexionarse Zaragoza, Virgen del Pilar incluida. Ahora Castilla es Aragón, y Aragón es Castilla, con permiso de Tudela y Madrid, Huesca y Teruel, donde conviven judíos y árabes, y el arte tiene la gracia mudéjar, mientras a mí “tres moritas me enamoran en Jaén: Axa, Fátima y Marién”.

El Abuelo conocía muchas páginas de la Historia. O al menos, así me iba transmitiendo sus conocimientos. Cuando metió a las moras de por medio le detuve:

—Para, para, Abuelo; dejemos en paz las moras, que estamos metiendo mucha gente en tan poco espacio.

No era cuestión ni momento de juntar tanta gente, so pena de ir a engrosar, nosotros también, el número de los indocumentados, y hasta puede que nos apresara la

Guardia Civil, o nos deportaran.

—No te preocupes; nosotros somos universales, ciudadanos del mundo.

Me eché a reír.

—La Historia es ambivalente. Tienes muchas puertas de entrada y salida. La principal suele estar siempre cerrada.

—Dices bien. Es como una criada que, por humilde y buena, sirve para todo.

Tercié:

—Abuelo, ¿significa que hay que creer en la historia tanto como en las rebajas de enero de las grandes superficies?

—Lo mismo. Para bajar, primero hay que subir.

El Abuelo era directo. No obstante, añadí:

—Pues sin la Historia no estaríamos nosotros aquí, Abuelo.

—Hijo, en la Historia caben también todos los soñadores que en el mundo han sido, son, y serán.

—¿Nosotros somos Historia?

—Nosotros somos soñadores.

No acababa yo de tener muy claro qué hay de realidad o de ficción, -él empleaba el término novela,- en la Historia.

—La Historia es parte del Sueño. Ni la Historia es un cuento, ni el Sueño es un cuento.

—¿Entonces?

—Ambos reflejan, en parte, la medida de la Libertad porque juegan con la ficción.

—Pero dicen que “los sueños, sueños son”.

Eso, al menos, decía Segismundo. Suspiré:

—¡Ay, los Sueños, la más universal metáfora, el consuelo que nos queda a los pobres!

El Abuelo no pudo por menos que echarse a reír ante mi cruel y espontánea salida. Continuó su relato.

—La grandeza del reino de Aragón sobrevino tras su unión a Cataluña. Eso es. Acuerdos y desacuerdos, tratados y bodas, bodas y tratados, que vienen y van.

Y fue enumerando:

—Año de gracia del Señor de 1151: tratado de Tudilén, donde Alfonso VIII y Ramón Berenguer IV, concertaron poner los límites de propiedad entre los reinos de Castilla y Aragón.

—Año de gracia del Señor de 1179, Tratado de Cazorla. Firmado el 20 de marzo entre el rey castellano Alfonso VIII, y el rey aragonés Alfonso II, en el que ambos monarcas delimitan las respectivas zonas de influencia y de futuras conquistas de sus reinos en el territorio oriental de Al-Andalus.

Con excelente humor se puso a canturrear:

—Aragón y Castilla bailan alegres la jota.

Luego, más en serio, prosiguió:

—No habría guerras si no hubiera un botín de por medio.

Veíamos a los castellanos dirigirse al sur. En La Mancha y Sierra Morena lucían, de verde y plata, los Olivos al sol. Catalanes y aragoneses se escoraban hacia Levante. En Valencia, Denia y Baleares están los naranjos en flor.

—Valencia es la tierra de las flores, Abuelo.

—Y de bellas mujeres.

—Cada mujer una flor.

Continuó:

—Año de gracia del Señor de 1212, batalla de las Navas de Tolosa. Navas, con “N” de Navarra, cadenas incluidas, que la jota inmortaliza.

El Abuelo se aclaró la garganta, y con su timbrada voz de temor se arrancó con la brava jota navarra:

—“Pamplona tiene cadenas...”

Yo le hacía la segunda. Al terminar, se escuchó una fuerte ovación en el ambiente. Agradecido, saludó inclinando la cabeza; sonrió y prosiguió:

—Año de gracia del Señor de 1231, Jaime I de Aragón ocupa Levante.

—Año de gracia del Señor de 1248: toma de Sevilla, y con ella Andalucía, por Fernando III de Castilla.

Sevilla, Andalucía, Castilla... Apostillé:

—Sevilla, Andalucía, Castilla... ¡Ozú, Abuelo, que parece la rima de una zeguidiya!

—Pues escánciame un buen vino de Montilla.

Mientras paladeábamos el fino y rico vino de Montilla, íbamos contemplando el declive del mundo islámico peninsular. Al garete la cultura, el arte y la arquitectura; que dos y dos son cuatro, en árabe y en latín, en Tailandia y en Jaén. Siguió:

—Año de gracia del Señor de 1492: Tres carabelas blancas rielan sueños de inocencia sobre las aguas inciertas del casi siempre mar tenebroso, para despertar al alba la sorpresa vegetal de un continente nuevo, paraíso en verde, donde la gente es morena y tiene el alma de gracia llena.

—Mismo año de gracia del Señor de 1492: España, ¡Una, Grande y Libre!

—¡Olé...!

El ruedo de la Maestranza se cuajaba de claveles.

—¡Olé...! vociferaba la gente desde los tendidos.

Mientras tanto, lágrimas moras incrementaban el cauce del Darro y del Genil.

—Granada, tierra soñada, tierra añorada.

Adioses y despedidas. Y un caminar con prisa. Adiós, mi Granada mora. Cómo suspiraba el Moro, llorando sobre Granada. Se oía en toda la Sierra Nevada. Como si de un mitin se tratara, el Abuelo concluyó:

—Año de gracia del Señor de 1492: ¡Unificación de España!

A decir verdad, me entusiasmaba la elocuente memoria del Abuelo al aportar fechas, datos, etc. Me gustaba sobre todo su sensibilidad. Era, además, hombre sencillo y cordial. Sin embargo, cuando dijo “unificación de España”, dudé:

—Abuelo, ¿1492 unificación de España? ¿Seguro? Ay, Abuelo, ponte las pilas. Recuerda a modo de ejemplo que, según nos explicaba el maestro en la escuela, Navarra no se unió a España hasta 1506.

Antes de que pudiera hacerlo, un griterío impresionante que le impidió responder, se alzó en olor de multitudes desde el Bernabéu. Era el grito insignia de la nueva cultura.

—¡El mundo unido por un balón!

El vocerío, como en avalancha, iba en aumento. En el Parlamento los diputados estaban de acuerdo. Era la nueva cruzada, nacional y europea, de una psicosis colectivamente clonada. A vascos y catalanes se les unían las demás autonomías.

Mientras tanto, Colón, al que posiblemente le iba al garete esto de la unificación, se afanaba en contratar gente que se embarcara para la Conquista de las Indias. A duras penas, convenció primero a Martín Alonso Pinzón, el ambicioso pescador de Palos, al que se unieron otros lugares del mismo Palos, Moguer y alrededores. Con dos carabelas: La Pinta, propiedad de Cristóbal Quintero; y La Niña, propiedad de la familia Niño; y La Santa María, una nao de sobrenombre La Gallega, propiedad de Juan de la Cosa, marino de origen montañés afincado en el Puerto de Santa María, Colón se hizo a la mar. Con él iban también vascos y oficiales reales, como el escribano Rodrigo de Escobedo, el veedor Rodrigo Sánchez de Segovia, el judío converso Luis de Torres, que sabía hebreo y latín, y otros. Colón saludaba desde La Santa María, Martín Alonso Pinzón desde la Pinta, y Vicente Yáñez Pinzón desde la Niña.

Sonó el silbato inicial. Las crónicas omiten decir si se interpretó el himno nacional. Y aquella mañana de agosto, al alba, el capitán Colón al frente del equipo, se hizo a la mar. Aquella, y no otra, fue la primera Selección Nacional. Regresaron a casa con la primera Copa de América.

—¡Abuelo, el mundo unido por un balón!
—¿Estás seguro, hijo?

El bombo de Manolo atronaba el estadio. Hoy juega la Selección.

—¡¡España!!, ¡¡España!!, ¡¡España...!!
—Hijo, calla, que nos pueden oír.
—¿Quién?
—Los Cruzados.

El día estaba en lo más fuerte del calor. Medio adormilado como estaba, veía, al otro lado del Mare Nostrum, caer a pedazos el califato de Córdoba; en tanto que, los reinos cristianos y las taifas se esforzaban por mantener endebles alianzas.

Por oleadas iban llegando desde el África del norte y más abajo, desde desiertos y sabanas, invasiones islámicas, almohades, y almorávides.

Mientras unos iban, otros venían. Parece ser que el mundo es siempre de ida y vuelta.

—¡El mundo unido por un balón!
—No hijo, no; unido por el hambre.

Efectivamente. Y unos que vienen y otros que van. El mundo es una cancha universal.

Los reyes cristianos, para quienes Europa ha quedado pequeña, quieren ensancharla. Y a la conquista de la Tierra Santa que se van.

—Algún pretexto o justificación tendrían, Abuelo.

—Sí; en 1099, Al-Hakim destruye la basílica del Santo Sepulcro, y comienza a perseguir a los cristianos. Un año después, bajo el radiante sol de Jerusalén, Balduino I luce sobre su cabeza la primera corona cristiana en el naciente reino de Jerusalén.

Cuenta la Historia que ochenta y siete años más tarde, los Cruzados son derrotados por Saladino en los Cuernos de Hittín, provincia de Galilea. No obstante, se reorganizan. Nuevos ejércitos llegan, retoman Acre, que se convierte en la capital de un nuevo reino que abarca el litoral mediterráneo de Siria y Palestina.

—Muchos reinos, Abuelo. Aquí, más que una Selección Nacional, parece la prehistoria de las Selecciones autonómicas.

—Sí, pero el año 1291, Acre vuelve a manos del islam.

—Sin embargo, Abuelo, los Cruzados realizaron obras colosales.

—Sin duda. ¿Cómo quieres si no, que se hayan perpetuado en el futuro? Hay dos maneras de pasar a la Historia: o dejar obras colosales, o en su defecto, dejar un país en ruinas. No basta plantar un árbol, tener un hijo o escribir un libro.

Desde el Acantilado se adivinaba el otro lado del mar. Cada cacique era un rey, y cada vasallo un fiel espadachín siempre en forma, aptos siempre para la batalla. También desde el Acantilado se veía el norte de África desde donde se enseñaba a pensar, leer y sumar a media España. En buena armonía vivían y convivían castellanos, árabes y judíos. Mientras unos vendían, otros compraban. Todos traficaban, y todo marchaba sobre ruedas. Hasta que, como en un sueño de una mala siesta en tarde de verano, los Católicos Reyes de la católica Aragón y la católica Castilla, tanto unificaron España, a base de unir reino con reino, que hasta las rayas se borraron. Y en España, cancha de Europa, sacaron tarjeta amarilla, primero, a indocumentados y no bautizados; y luego roja directa a judíos y árabes.

—¡Ay, Abuelo! Si ya lo sabía yo: “Mala la hubisteis franceses, en aquella de Roncesvalles”.

—No metas aquí a los franceses; que eran castellano—aragoneses.

Y se fueron los moros. Y se fueron los judíos. Aquí nos quedamos los de siempre.

Ahora entendía mejor por qué el Abuelo había subido a Jerusalén. Era la ciudad de la paz.

—Pero ya ves, aquí no hay paz.

—Sin embargo, “El año próximo en Jerusalén”.

—Sí; siempre hay que intentar la paz.

Nos invadió el silencio. El Abuelo, luego de una larga pausa, añadió:

—Después de los ayubidas, en el 1250 vinieron a ocupar la Palestina los mamelucos de Egipto, hasta que llegaron los otomanos.

—¿Cuándo fue eso, Abuelo?

—Los otomanos hacen acto de presencia a partir del 1517.

—O sea, ¿cuando España ya era España, Abuelo?

Captó la intención de mi pregunta.

—Efectivamente, dos años antes, en el 1515, hay movimiento en el banquillo. Se dispone a entrar a la cancha española, Navarra. Hay aplausos y pitos.

El Abuelo celebró mi recordatorio. Siguió:

—No hay duda de que Palestina conoció días de gloria con Suleimán el Magnífico. Bien ganado tuvo el apelativo, aunque las cosas cambiaron pronto, porque los pachás egipcios, más que de una buena administración, se preocuparon de enriquecerse por la vía rápida. Y ya se sabe, dirigentes enriquecidos, pueblo empobrecido.

Le interrumpí:

—Abuelo, que ya no se ven pasar los Cruzados.

—Hace rato que pasaron, pero estabas distraído.

Acércate, trae los prismáticos. ¿Ves a ése que está dando caña a los turcos? Es el general Allenby.

Recalcó:

—Grábate bien esta fecha: 1917: Declaración Balfour, por la que se establece la creación de un estado judío en Palestina que tantos problemas traería.

—Abuelo, y tú grábate ésta: 18 de julio de 1948: por decisión de la ONU queda constituido el Estado de Israel. La Jerusalén occidental para los israelitas y la Jerusalén este para los palestinos.

Me imaginé ser un enviado especial que se dispone a transmitir el parte de guerra:

—Aquí, el Tercer Milenio. Los aviones de Arafat, y Burak solicitan pista, por enésima vez, para aterrizar en la Casa Blanca. Bush ondea al viento pañuelos blancos camuflados de paz. Las Azores se hunden en el olvido. Los aviones de los aliados revientan en bombas a Irak por los cuatro costados.

¿Dónde está la Paz?

DON QUIJOTE LLORÓ

Con frecuencia, el Abuelo tocaba el tema de la libertad. Era un tema que le apasionaba. A veces se quejaba de la inmediatez con que se vive hoy. Decía:

—Hay gente que no se plantea a nivel personal los porqués que la vida misma nos presenta. Se vive de lo inmediato; esto dificulta el ser y sentirse libre.

Cerró el libro que sostenía entreabierto en sus manos. Era la edición crítica del Quijote. Le pregunté:

—Abuelo, ¿qué es la libertad?

—¡Ay, hijo! Las cosas más sublimes carecen de definición. Las...

Iba a ampliar la respuesta. Pero se quedó con la palabra en la boca porque, al oír la expresión libertad, de inmediato se presentó Don Quijote. Alto, enjuto, educado y culto. Terció en la conversación:

—Tiene razón tu Abuelo. Las cosas más sublimes se entienden en la medida en que se viven o se experimentan.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo: Dios, la Vida, el Amor...

—El suyo fue un amor platónico.

—Te equivocas. Pero dejemos eso. Te decía, a modo de ejemplo: Dios. O crees o no crees en Él. Pero independientemente de si crees o no, no cabe en una definición. ¿La vida? Lo mismo. Podrán darte mil definiciones de la misma. Ninguna sirve. La entiendes en la medida en que la vives.

Miró hacia la lejanía con ojos intuitivos, soñadores, llenos de vida y de experiencia. En esto se parecía al Abuelo. Luego se volvió hacia mí.

—En cuanto a la libertad. Te lo explicaré descriptivamente. Las cosas, por lo general, pueden enfocarse o apreciarse desde diversos ángulos. Pongamos por caso, el tema de la libertad. Has preguntado qué es. Te diré: la libertad no es en sí misma. Tú la haces ser.

—Entonces, ¿no existe?

—Existen las personas.

Intervino el Abuelo:

—Está claro. Con independencia de las cosas en sí, a las que ponemos nombres, como Dios, vida, libertad, amor, etc., si tú no te implicas en ellas quedarás al margen de todo.

—Al margen de la realidad. Entiendo.

Tomó el libro. Me lo acercó. Agradecido dije:

—El Quijote. Hermosa edición.

Don Quijote tosió ligeramente en señal de humildad y aprobación. Volvió a inclinar la cabeza con gesto hidalgo y complacido. El Abuelo y él se dieron un fuerte apretón de manos. También yo lo saludé. El Abuelo continuó:

—Te diré que es uno de los personajes que sirve muy bien para explicar el concepto de libertad. Siempre y cuando no lo separes de Sancho Panza.

Hizo un guiño a Don Quijote. Este sonrió.

—La ley de los contrastes. Lo explican todo. Las cosas están enmarcadas entre un polo positivo y un polo negativo. La necesaria ley de los contrastes. Y Don Quijote no es una excepción.

—Exacto. Don Quijote no sería él sin Sancho Panza. El Quijote es metáfora de libertad.

Éste volvió a sonreír. El Abuelo jugaba con las metáforas como yo podía jugar con las margaritas que crecían en la explanada del Acantilado. A todo le echaba imaginación. El Quijote le sirvió de ejemplo gráfico para explicarme el concepto abstracto de libertad.

—¿Lo has entendido?

—Sí.

Y Don Quijote que, igual que vino se marchó, continuó con su habitual ocupación de pasearse por La Mancha pastoreando ovejas, gañanes y Dulcineas. Todo en pos del ideal que se había marcado del "sueño imposible", que le hacía pasar por loco, siendo el único cuerdo fiable.

—Abuelo, tu teólogo de cabecera.

—Un símbolo precioso para entender la libertad.

—¿Un loco?

—No. Un luchador contra el inmovilismo.

Los luchadores han hecho avanzar la historia. La Mancha se había transformado en un inmenso campus universitario. Pero España seguía siendo diferente. Y la isla de La Cartuja seguía estando en Sevilla.

—Claro, Abuelo. Esto me recuerda a Europa: ¡Maastricht!

—Hijo, Europa no es Maastricht. Maastricht fue un sueño de libertad. Pero no hubo verdaderos soñadores. Hoy los soñadores se han ido, y han sido sustituidos por los economistas y los americanos.

El Abuelo suspiró hondamente. La Mancha había desaparecido. Don Quijote no estaba.

—Si no te dejas posesionar por la libertad nunca la entenderás.

Juraría que era como una pesadilla. Los conceptos rebotaban en mi mente como las aspas de los molinos manchegos en las espaldas de Quijano el Bueno. Pensé que la mejor aspirina contra las pesadillas sería La Razón pura, de Kant. El Abuelo, en cambio, seguía tranquilo; no perdía la calma.

—Es un signo de libertad ver las cosas con diáfana claridad, para saber relativizarlas.

El Acantilado resultaba ser un palco de honor para ver el mundo, su entorno, y la precariedad de las cosas.

—Hijo, todo es relativo. Los absolutos esclavizan.

—Pues Dios es absoluto.

—No, hijo. Te equivocas. También Dios es relativo. Se relativiza a sí mismo en favor de sus criaturas. Lo verdaderamente absoluto que hay en Dios es el Amor. Recuerda, Dios es Amor.

—Sí, lo aprendí en la catequesis.

—El Amor es todo lo contrario del egoísmo. Por eso mismo, Dios es capaz de relativizarse.

—Quieres decirme que el Amor no esclaviza.

—Efectivamente, la verdadera libertad está en el Amor.

Seguramente que mi teología aprendida en el catecismo iba más a ras de tierra que la del Abuelo. A mi favor estaba la ventaja de tener aún fresco el catecismo.

En el entorno, cerca del Acantilado, veía algunas casas que asomaban su blancura al litoral, entre el verde de los

pinos y los eucaliptos. En una de las casas sonaba, con notable volumen de audio, un transistor. Radiaban un partido de fútbol. A cada gol, el grito del locutor era ensordecedor; atravesaba en multitud de histeria el Atlántico.

—¡¡¡Gooooooooool.....!!!

Ahora, al fútbol lo llamaban el juego de las estrellas; impropia metáfora que seguramente no compartían las verdaderas estrellas, confinadas a ser pasivas espectadoras, que lo más que podían hacer era mirarse en el mar asomadas al pretil del cielo.

Los periodistas deportivos, más que radiar, atronaban de gritos histéricos las cabinas radiofónicas. El grito de cada gol, vociferado sin piedad, se alargaba hasta el infinito, y cuando poco a poco, se iba perdiendo, en forma de eco desmayado, de pronto, otro gol y otro grito, renovaba la histeria.

—¡¡¡Gooooooooool.....!!!

Era la fiesta del fútbol, alegría fácil de ricos y pobres; universal democracia de artesana y transitoria fraternidad, con fecha de caducidad apenas terminaba el partido. Volví a preguntar:

—Abuelo, ¿qué me dices del fútbol?

—Que es una metáfora imperfecta de la unidad que debería lograrse por otros cauces. Recuerda, el mundo

unido por un balón. Ojalá que el entendimiento, unión y paz entre los pueblos que ni políticos, ni la ONU son capaces de hacer, lo consiga el fútbol. Aunque, si ésta es la unidad, apañados estamos.

Por mi mente seguían desfilando derbis; partidos del siglo, de los que cada semana había varios; finales de Liga, y de Copa. La misma liturgia, repetida hasta la saciedad. Pero a mí me gustaba. Desde muy niño había comenzado a coleccionar cromos de jugadores. Los niños necesitan ídolos.

Por enésima vez, el Paseo de la Castellana era un mar de gente, que convergía en el Carro de la Diosa, estratégicamente estacionado en el corazón de Madrid. A la Cibeles le crecían por momentos los hijos; millones de hijos. Era el parto de la historia, no por repetido menos importante.

—Este el Madrid que pasará a la historia.

—¿Te refieres al Real?

—No, no; a la ciudad.

—Una ciudad con mucha historia, feudo multiseccular de reyes.

Se cumplían cien años, un siglo, del Real Madrid. Suficientes para convertir a Madrid en una ciudad para la historia.

—Te garantizo, Abuelo, que en los libros de historia del futuro habrá cambios sustanciales.

—En qué sentido.

—No será el Madrid de los Austrias, sino el Madrid del Real Madrid.

El griterío iba en aumento. Una avalancha de gente convergiendo en La Castellana al grito sagrado de:

—¡¡¡Hala, Madrid...!!! ¡¡¡Hala Madrid...!!!

El tiempo se detenía. La gente, olvidada de sí misma, olvidaba también sus problemas y sus penas, aunque fuera sólo por unas horas.

—Un triunfo deslumbrante, Abuelo.

—¡Vah! No han pasado del empate.

El Abuelo volvió a acariciar la edición del Quijote que sostenía en sus manos. El manchego hidalgo, al que no le faltaban tablas, volvió a asomarse en el proscenio. El Abuelo exclamó:

—¡Oh, tiempos aquellos! ¡El nuestro es un tiempo derrumbado sobre la aridez de las ideas!

—¡Con el fútbol hemos topado, amigo Sancho!

El Abuelo pensó que había sido yo.

—No, Abuelo. No ha sido un remedo. La exclamación procede directamente del inmortal manchego.

—Da igual. Te digo que si Don Quijote levantara la cabeza, embrazaría de nuevo la lanza y saldría raudo a la conquista de las ideas. Sería su hidalga y gallarda protesta.

No es de extrañar. Él se había batido el cobre platónicamente por Dulcineas que lo eran tanto, sino de carne y hueso. Pero sus sueños imposibles eran la esencia misma del amor. En consecuencia, no podía estar de acuerdo con la cultura de la masificación.

En ese mismo momento, Don Quijote, puesto en pie, empuñó la adarga y protestó. Lo hizo con energía. Sintió que la historia era un atropello a la inteligencia. Protestó con rotundidad.

De repente, también La Mancha se puso en pie. Y en gesto solidario de épica grandeza rompió en una atronadora ovación al más ilustre de sus paisanos. En el Parlamento, Bono sonreía desde su escaño de ministro.

Pero como “hasta el rabo todo es toro” según dice el refrán, como si de un toro mal apuntillado sobre la arena del redondel se tratara, de pronto hubo un momento de confusión. A la velocidad que su copiosa humanidad le permitía, vimos al bueno de Sancho salir del estadio a toda prisa. Su equipo perdía. La tangana fue general en la cancha y en los graderíos; y mientras a él lo manteaban al vaivén de la ola, alguna chispa de las bengalas que lanzaban los hinchas de ambos fondos, saltó del estadio y prendió. En la Castellana la gente gritaba:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Y yo:

—¡Abuelo! ¡La biblioteca se quema! ¡Los libros han comenzado a arder!

Desde la cima del Acantilado, las estrellas brillaban en todo su esplendor, con destellos de dura plata, mientras el mundo seguía girando en torno a un balón.

Al otro lado del Atlántico, otro mundo emergía, al crepitar del fuego. Octavio Paz, acababa de encender "la llama doble" en lo más alto del Popocatepetl y del Iztaccíhuatl.

De este lado, las calles se colapsaban. España deambulaba a motor calado. En la Europa de las distintas velocidades seguían mandando los americanos.

Don Quijote se retorció de rabia y de sentimiento. De sus ojos soñadores brotó una lágrima silenciosa. También el Abuelo se emocionó al ver llorar a Don Quijote. Éste, con dignidad y elegancia, se levantó. Y cansado y hastiado, se retiró en silencio a su casa solariega.

La diosa Cibeles, entre tanto, no dejaba de bendecir, complacida y complaciente, el rito iniciático y cultural de sus abundantes hijos.

Una era terminaba. Otra comenzaba. Los libros daban paso a la informática. Fue el día que todos vimos llorar al Quijote.

ANTES DEL SHABAT JUDÍO

Sin olvidar que el lugar más seguro y cierto para contemplar el Mundo era el Acantilado, proseguimos nuestra particular Peregrinación. En nuestro intemporal sueño, continuamos recorriendo la Ciudad Santa. Jerusalén era una amalgama de turistas y peregrinos.

Visitamos el Museo arqueológico griego en el llamado Barrio Cristiano. Y los Patriarcados Latino y Griego-ortodoxo. Pero, al igual que a los Cruzados, lo que más nos interesaba era visitar el Santo Sepulcro. Al llegar, nos detuvimos con calma en la impresionante Basílica. El Abuelo reflexionaba, yo observaba. Me llamó la atención la expresión de los rostros de tanta gente que, desde sus respectivos credos religiosos, allí se convocan. Unos, denotaban simple curiosidad; otros, una especie de búsqueda y al mismo tiempo satisfacción religiosa. En la mayoría, predominaba un aire de unción religiosa, de piedad. Había gente que lloraba de emoción.

En la pequeña cripta, especie de cueva, o capilla, situada bajo la cruz del Calvario, que ubica el lugar de la Crucifixión, el Abuelo me señaló una concavidad.

—Se cree que aquí estuvo enterrado Adán. En este lugar, por consiguiente, debió reposar su calavera.

Alguien que le escuchó preguntó con ironía:

—¿Y dónde está ahora?

Inteligente y directo el Abuelo respondió:

—Desapareció con el terremoto acontecido cuando crucificaron a Jesús, y que el autor del evangelio de Mateo testifica. Fíjese, aún podemos contemplar la hendidura en la roca partida.

Efectivamente, la hendidura allí está. La calavera, no.

El turista debió entender la metáfora y su simbolismo. Movié la cabeza con educación y sin decir nada se perdió entre el resto de turistas y peregrinos.

—Abuelo, ¿de verdad que la calavera de Adán estaba ahí, debajo de la cruz del Redentor?

—¿Dónde estabas tú hace un momento?

La metáfora, magnífica y universal, de la Biblia nos sitúa a Adán en el centro del Paraíso terrenal. La finitud

frente a lo trascendente. En el simbolismo quedan unidos Adán, Tierra, temporalidad; y Cristo, Dios, trascendencia, eternidad. Pero uno y otro son el Hombre.

—Hijo, el Hombre es como un Árbol, el mejor sin duda, y está situado en medio del Jardín de la Creación.

—Un árbol hermoso, inteligente, sin duda, dotado de frutos jugosos, apetecibles, sin duda.

—Hijo, volvemos, como ves, al tema de la Libertad, al libre albedrío.

—Una Libertad hecha añicos.

—Por eso los frutos del ese Árbol se tornaron dañinos y peligrosos. Adán es una metáfora imperfecta.

—El mal uso que Adán hizo, tanto de su inteligencia, como de su libertad y voluntad, hizo que sus semillas se volvieran amargas, de muerte.

—Adán murió de libertad.

El simbolismo era perfecto. Sobre los despojos de este viejo y dañado Árbol, debía levantarse otro:

—El Árbol de la Vida, el Árbol de la Nueva Humanidad. Pablo de Tarso llama a Cristo “nuevo Adán”. Lo entiendo, Abuelo.

—El nuevo Árbol es denso y frondoso; capaz de cobijar bajo sus ramas a todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

Hizo una pausa, luego dijo en forma reflexiva:

—Madera sublime, áspera a veces, donde se enciende la vida y se fabrican las cruces rugosas que el dolor retuerce.

—No te entiendo, Abuelo.

—Es muy sencillo. Imagínate ese Árbol en forma de cruz. Imagina también que cada uno somos una cruz que, por los avatares de la vida y del dolor que a veces conlleva, se retuerce.

—Toda cruz duele, y el dolor retuerce.

—Exacto. También la de Cristo. Pero Él, nuevo Adán, nuevo Árbol de Vida en forma de cruz, Cruz de Redención, ha cargado sobre sí las culpas de toda la Humanidad.

El Abuelo quería decir, y así me lo hizo entender, que cuando se viene al Santo Sepulcro, no se viene a recordar a un muerto, sino a celebrar la Vida.

—Eres genial, Abuelo.

En esto estábamos cuando vimos moverse, entre nubes de incienso, a los popes de la Iglesia Ortodoxa. Era hermosa su liturgia. Alborozado le dije al Abuelo:

—Abuelo, el Árbol de la Vida ha extendido sus ramas y abrazan el universo entero.

¡Qué día glorioso, de contemplación y éxtasis junto a la tumba vacía!

Me figuré estar columpiándome en las ramas que, en forma de Arco Iris espacial, formaba el Árbol de la nueva Humanidad.

El vaivén pendular decía:

—Adán-Cristo: Pasión, Muerte, Resurrección.

—Adán-Cristo: Pecado, Muerte, Perdón.

—Adán-Cristo: Resurrección, Nueva Vida, Salvación.

Eran, en realidad, los extremos de una historia inacabada de Amor que se juntaban.

La Calavera de Adán no estaba en la concavidad existente bajo el lugar donde, supuestamente, estuvo la Cruz de Cristo. Tampoco la Cruz. Pero el simbolismo encajaba con la realidad.

—¡Abuelo, albricias por la Vida!

Fue nuestro recorrido en el tiempo; desde la Creación a la Glorificación. La gente llegaba, se detenía, y entraba, agachándose, a la tumba vacía.

Mucha gente tocaba, casi en cadencia ritual, el agua balsámica que hay cerca de la entrada de la Basílica, para curar las propias heridas que a veces se llevan en los entresijos del alma; o subían hasta los pies de la cruz para besarla con reverencia.

En el Calvario parecía resonar la página evangélica:

—“Y el velo del templo se rasgó de arriba abajo”.

—“Y el cielo se oscureció”.

—“Verdaderamente este Hombre es Hijo de Dios”.

Salimos a la calle. El sepulcro no era el final de nuestra peregrinación en el devenir de la Historia.

Desde la puerta oíamos, de un lado, a los armenios, de negras túnicas, atronar los muros de la basílica-fortaleza con sus cantos y rezos; del otro, a los cristianos que ya terminaban, hacer lo mismo. El Abuelo, casi con dolor, dijo:

—Impropia y fraccionada tenencia la que tienen del Santo Sepulcro los cristianos. Todos se lo disputan.

—Abuelo, pues aquí no se ve ningún Cruzado.

De momento no dijo nada; luego, como si hablara para sí, dijo:

—Sólo la Vida, es patrimonio de todos.

¡La Vida...! Recordé la página del evangelio:

—“Yo soy el Camino, la Verdad, y la Vida”.

Dejé que estas palabras del Rabí de Nazaret resonaran pausadamente en mi mente y en mi corazón. Se me antojó que el Maestro debía estar muy cerca. Tan cerca, como aquella mañana del Domingo de Resurrección lo estuvo de María Magdalena. Como si despertara de un sueño exclamé:

—Abuelo, fíjate, fíjate, en esa mujer que pasa. Parece llevar prisa. Se me hace conocida, pero no caigo en la cuenta. ¿Quién es?

—Es María Magdalena.

—¿Qué día es hoy?

—Domingo de Pascua.

Vi el asombro reflejado en su rostro. María Magdalena venía al sepulcro; encontró la losa quitada. Espléndida de juventud y belleza las lágrimas empañan la tersura de su rostro joven. La sorpresa ante el sepulcro abierto ha hecho que se vuelva a mirar en el entorno con preocupación.

De pronto, en medio del olivar he alcanzado a ver su rostro. María Magdalena está radiante. Sus lágrimas son ahora de alegría. Tras un momento de inquietante preocupación, ha preguntado a quien ha pensado ser un jardinero:

—Si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto...

Y el Jardinero divino le ha respondido con indecible ternura:

—¡María...!

Se han encontrado sus miradas.

—¡Maestro mío...!

Y una explosión de gozo se ha extendido por el jardín. Huele a jazmín y nardo. Huele a Vida. Y los Olivos se cimbrean primaverales.

El encuentro de María Magdalena con Cristo entre los Olivos del Huerto es una postal para la eternidad. La fragancia de flores indica el lugar donde la Vida ha renacido. Cristo ha resucitado.

—Hijo, por el Santo Sepulcro se pelearon los hombres y se organizaron las Cruzadas.

—Y por el Santo Sepulcro siguen peleándose, Abuelo.

Ajena a lo que un día harían los Cruzados, María había subido del lago, tiempo atrás, desde su aldea conocida por Magdala. Había hecho su peregrinación particular por la geografía que recorren los caminos del ansia, del deseo y de la pasión. Su cuerpo, abierto al amor, había arañado las ansias todas del pecado. Sólo había conseguido las flores tristes del deshonor, la desilusión y el desamor. Hasta el día aquel que tuvo la dicha de encontrarse con el Maestro, el mismo que dijo: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”. Y a ella:

—“Tus pecados quedan perdonados”.

María estaba tocada de resurrección. Mi corazón sintió una gran paz.

—Abuelo, sigamos recorriendo la ciudad. Nos quedaba aún mucho que ver.

En el Barrio Armenio visitamos el Museo y la Biblioteca Armenios. Y en el Barrio Musulmán, era de rigor visitar el Litóstrotos.

—¿Qué son estas marcas en el suelo, Abuelo?

—Aquí jugaban a los dados los soldados.

—Para divertirse.

—No, para matar el aburrimiento.

Llegamos a las excavaciones de la piscina de Betesda, donde el agua tenía poderes curativos. Los turistas sacaban fotos desde todos los ángulos y en todas las posiciones posibles.

El calor apretaba cuando, una vez más, os acercamos a las mezquitas de la Roca y El-Aqsa. Lucía espléndida la explanada que había ocupado el más famoso y añorado templo de los judíos.

—Descálzate, Abuelo, que también éste es lugar sagrado.

Por este lugar sagrado, mucho antes de que se construyera el magnífico templo, pasó Abraham. Hasta aquí subieron los Patriarcas. Aquí elevaron su voz profética aquellos hombres santos, los Profetas. Aquí rezaron nuestros antepasados.

—Sí, hijo, descalcémonos, como Moisés ante la zarza en llamas.

—Abuelo, ¿por qué tanta división entre judíos, cristianos y musulmanes?

Al Abuelo le dio la realidad del perenne desencuentro que se da entre las tres religiones en el corazón mismo de la ciudad más sagrada, añorada y querida. Jerusalén, la ciudad blanca, la ciudad de la paz.

Sharón, sorpresiva y provocativamente, hizo acto de presencia en la explanada. La batalla campal fue inevitable. Las consecuencias catastróficas.

—Hijo, ya ves; qué distinta manera de rezar al mismo Dios sobre las mismas piedras del destruido templo.

A paso ligero nos retiramos del lugar. El Abuelo apostilló:

—Cuánta historia de desamor esculpida en cada piedra que contemplamos.

—Abuelo, ¿y esas ruinas?

—Son las Sinagogas de Hurva y Maimónides. Datan del siglo XVI. Y esto que vemos, fíjate, es lo que queda del Cardo Máximo bizantino, o eje central de la ciudad.

—¿Entonces? Aquélla debe ser la mezquita Jamí Kabir.

—Efectivamente. Como sabes, se remonta al siglo XV.

Procuraba no perder detalle.

—Si recuerdas la referencia que te hice al Mosaico que hay en la ciudad de Mádaba, en Jordania, tendrás una idea más cabal y de conjunto de esta ciudad.

—Claro que me acuerdo. También recuerdo lo que tantas veces me has dicho, que ésta, tan hermosa y blanca, es la ciudad de la paz. Pero...

La frase se me quedó suspendida en los labios. A todos nos duele la imposible, al menos por ahora, paz.

—La paz..., otra metáfora universal. Un ideal, una utopía necesaria. Sin utopías no hay vida. No lo olvides.

—Ni vida ni paz, Abuelo. Con qué saña palestinos e israelíes se matan a diario.

Todos buscaban la paz. Pero las televisiones del mundo entero no hacían más que ofrecer escenas desgarradoras de muerte. La política producía cada día su ración de muertos. Esto me transportaba a otros momentos de la Historia.

—Abuelo, ¿te acuerdas de aquel feroz saqueo de la ciudad que los sasánidas, al mando de Cosroes II, hicieron contra los cristianos?

—Sí, fue el año 614. Era en son de paz.

—¿De paz dices, Abuelo? Para los cristianos al menos no.

—Pero para ellos sí. Por eso, el emperador Heraclio trató de devolver la paz a los cristianos, ganándola para su causa el año 628. Sólo que diez años más tarde Jerusalén se rendía al califa Omar.

—Es decir, que la guerra no dice relación a la paz, sino a la política.

A la distancia que nos encontrábamos, qué espléndidas lucían las mezquitas de la Roca que los omeyas construyeron entre los años 685 y 705, y a continuación El-Aqsa.

—Abuelo, dicen que en 1.099 entraron los Cruzados.

—Sí, pero en 1.187 Jerusalén volvió a ser tomada por Saladino. Mas dejemos de lado la guerra y la paz. Y sigamos.

Jerusalén se iba separando del Monte de los Olivos por el cinturón que forma el Valle del Cedrón. Salimos por la puerta de San Esteban para descender a Getsemaní. Afuera de la Basílica de la Agonía un grupo de turistas japoneses escuchaban atentamente al guía. Mi Abuelo no entendía el japonés pero miraba las sofisticadas cámaras fotográficas digitales.

—Este Valle se conoce también como Valle de Josafat. Abuelo, aquí serán juzgadas todas las naciones, según la Biblia.

El Abuelo no dijo nada. Quizá su pensamiento andaba aún por donde los japoneses o, quién sabe, por el juicio universal. Ignorando el Valle de Josafat, preguntó:

—¿Y ese monumento?

—Dicen que es la tumba de Absalón, el hijo mayor de David. Con ese nombre se le conoce, al menos desde el tiempo de los Cruzados.

—Es de considerable altura.

—Alcanza los 19 metros. Pero ya ves que, además de éste, hay más monumentos. Todo un complejo funerario. Tumbas horadadas en la montaña, destacando las de Zacarías y Josafat.

Mi Abuelo, como si hablara para sí, dijo:

—Valle de Josafat y tumba de Josafat... O sea, que todos vendremos a parar aquí.

—Otra metáfora universal, Abuelo.

Mirándome, como si buscara mi complicidad, se sonrió y dijo:

—El día que yo me muera, he de morirme bajo protesta formal de hombre, al tiempo que brindaré por la Vida.

Reí su salida, pero le noté cierta preocupación ante el tema de la muerte.

—Abuelo, tú eres intemporal.

Hizo un silencio reflexivo. Noté que una lágrima quería aflorar a sus ojos. Respeté su silencio.

Nos sentamos en una piedra a descansar, mientras nuestro pensamiento marchaba lejos.

En nuestra audacia imaginativa aparecía desmenuzado en fragmentos el mundo entero que saltaba como juegos de pirotecnia por culpa de las granadas antipersona. África era

un espectáculo dantesco, y Europa un polvorín. Irak, el último campo de guerra y terror de Estados Unidos. Los “sin papeles”, mientras tanto, ocupaban las iglesias, en protesta. Las pateras invadían las playas españolas. El siglo XXI se escoraba peligrosamente del lado de los débiles.

—¡Corre, Abuelo, corre! ¡Esto es de locura!

—¿Dónde estamos? No veo nada. ¿Es esto el Valle de Josafat?

—¡No, Abuelo! ¡El mundo se ha estrellado contra el sistema económico! ¡Todos los controles se han disparado! ¡Esto es de locura! ¡La Casa Blanca y Moscú están en alerta máxima. El Dow Jones a la baja...! Para colmo, las vacas se han vuelto locas, rematadamente locas, y las están eliminando indiscriminadamente. Mientras tanto, Inglaterra a la que señalan como culpable, hace piruetas de distracción sobre el banquillo de los acusados.

Estaba anocheciendo. Todo lo que iba quedando anotado en mi cuaderno de viaje había tenido lugar antes del Shabat judío. Elevé la vista al cielo. Las tres primeras estrellas lucían ya en el firmamento. Comenzaba el Shabat judío.

LA PIEL DEL TIEMPO

Nada más cautivador que un amanecer en el desierto. Habíamos recorrido los treinta y tantos kms. que separan Jerusalén del Mar de la Sal.

Con esa tibieza indefinible que tiene de pereza sorprendida y matinal la luz del amanecer, el lago se nos presentaba agreste y familiar, desolador y paradigmático a la vez, en su quietud.

La sal trepaba por todos los salientes rocosos, formando verdaderas estatuas, memorial perenne de la mujer de Lot, quietas, eternizadas en el silencio tendido sobre la superficie del agua.

Por el inhóspito desierto que rodea, encierra, y vela el sueño sepulcral de este lago, llamado Mar Muerto en la hipérbole hebráica, y muerto por sobredosis de sal, se veían, como venas luminosas, estrechos caminitos trazados por los minúsculos rebaños de corderos y cabras que los surcan. Tierra tersa, ocre, infinita de soledad; ondulada tie-

rra, aparente, sólo aparentemente deshabitada, pues el desierto está lleno de vida.

—Boker tov, Abuelo.

—Buenos días, hijo.

—¿Te has fijado en el amanecer? Es como un salmo de alabanza.

— Efectivamente, hay mucha vida sobre las arenas del desierto.

—Nada más bello, Abuelo, que un amanecer sobre el desierto.

Íbamos pisando la misma tierra santa y patriarcal, y los mismos caminos que tantas veces recorriera el Rabí de Nazaret.

Poco a poco, la luz comienza a bullir por todas partes. El desierto es agreste, pero invita a la paz.

—El desierto es el areópago de la paz, Abuelo.

—Y cada tienda de beduinos un oasis de hospitalidad y de amistad.

Cada tienda de beduino, se me antojaban ser escaños en el parlamento universal del desierto, desde donde se impartió la ancestral doctrina de la hospitalidad.

El amanecer a orillas del Mar de la Sal nos había hecho despertar de muy buen temple. El sol estaba bajo aún. El Abuelo miraba la lejanía del horizonte. Algo quería decirme.

—Me he asomado, por los alargados caminos del tiempo, hasta el Éxodo.

Le contesté risueño, a tono con el radiante amanecer del desierto:

—Pues yo me he asomado, a los siglos XII—XI antes de Cristo.

—¿Ah, sí? Entonces, creo que hemos caminado juntos. ¿Qué has visto?

—El Código de la Alianza.

—Bien, pero algo quieres decirme con eso. Explícate.

—Sí, Abuelo; léete, por favor, Éxodo 20 y 22, y más; que hay mucho que leer.

—Ya los he leído.

—Entonces, recordarás que son los tiempos del establecimiento de Israel en Canaán.

—Por supuesto.

—¿Recuerdas el pasaje que dice: “No molestes ni oprimas al extranjero, porque vosotros también fuisteis extranjeros en Egipto”?

—Tema de acuciante actualidad. Extranjeros. Inmigrantes. Explotación.

—¡Explotación! Eso es; lo has captado al vuelo. Es conveniente, Abuelo, leer también el libro del Deuteronomio.

—También lo he leído.

—Ahí aparece el Código de la Alianza; data de tiempos del rey Josías, siglo VII a.C.

—Ya.

—Pues, te habrás dado cuenta de un hecho sin precedentes en la historia.

—¿Cuál?

—El que tiene lugar cuando se establece un impuesto social para ayudar a los extranjeros.

—Lo recuerdo. Está en Dt. 14, 28-29.

—Me alegro que lo recuerdes.

—Se trata, efectivamente, del diezmo trienal, para ayudar a levitas, viudas, extranjeros y necesitados en general.

Advertí un deje de satisfacción en mi Abuelo. Le miré con cierto aire de complicidad.

—Y como si eso fuera poco, está también el Código de Santidad, del libro del Levítico.

—Que también conozco.

—Es allí donde se equipara a los extranjeros con los israelitas: “Si un emigrante se instala en vuestra tierra, no le molestaréis; será para vosotros como un nativo más y lo amarás como a ti mismo, pues también vosotros fuisteis emigrantes en Egipto”. Levítico 19, 33, Abuelo.

—Ya lo creo que fuimos emigrantes...

No hacía falta irse a tiempos pasados. El presente estaba resultando una copia de hiriente actualidad. En Barcelona, en Murcia, y en otros lugares, los “sin papeles” tenían tomadas las iglesias. Y en Ramala seguían los disturbios entre palestinos y soldados israelíes.

¿Por qué tiene que haber, siempre, un algo que perturbe la paz de un amanecer? ¿Por qué ni en la soledad agreste y serena al mismo tiempo del desierto se puede encontrar la paz?

—No habrá paz, hijo, mientras no desaparezca la crispación de las conciencias.

Mientras caminábamos hacia Qumran, fui rumiando, hacia dentro de mí mismo, la inquietante pregunta: ¿Y quién no es extranjero?

—Tú y yo somos extranjeros.

—Pero “con papeles”, Abuelo.

—¡No, con derechos! Los derechos están por encima de los papeles, pues son inherentes a la persona. Y la persona está por encima de todos los papeles, habidos y por haber.

Había alzado la voz, que el eco esparció por el desierto. ¿No habían hecho igual los profetas? ¿No había resonado con fuerza su voz? En tierra de profetas estábamos. Pero, ¿dónde están hoy los profetas? La nueva clase de los políticos han sustituido a los profetas.

—La tierra es de todos. ¡Toda la tierra es de todos!

—No lo digas muy alto, Abuelo, que te van a oír.

Poco a poco nos íbamos separando del fascinante Mar de la Sal, de aguas densas, y de un hermoso color verdoso, frente al contrastante ocre suave de los alrededores montañosos. Estábamos ya en las proximidades de Qumran. La panorámica que ofrece el escarpado corte del desierto de Judea es impresionante. Sobre el corte rocoso están las famosas Cuevas.

—Otro fascinante lugar, Abuelo, lleno de historia y acontecimientos.

—Se remonta a los tiempos de Ozías.

—Dicen que siempre hubo aquí mucha vida; hasta la ocupación y caída de la fortaleza de Masada a manos de la X Legión romana.

No había acceso para entrar a las cuevas. Curioso, allí donde una cabra había entrado y por eso se encontraron los Rollos, no hubo acceso para nosotros.

—Son muchas las cuevas, tengo entendido.

—Eso parece. Supongo que sirvieron de casa, fortaleza y refugio, desde muy antiguo. Sin duda que los beduinos debieron utilizarlas a lo largo de los siglos.

—Hasta que desaparecieron.

—Un pueblo nunca desaparece del todo.

—En los pergaminos que se encontraron por casualidad quedó, como en testamento para los siglos venideros, el alma y la memoria de un pueblo.

Creí oír el chasquido lastimero de una tinaja al romperse en mil pedazos. Bastó una piedra lanzada al azar por un pastor beduino para despertar el sueño y la memoria de un pueblo, también beduino, expoliado y desaparecido en la quietud intangible del desierto.

—Abuelo, ¿de veras fue un pastor el que lanzó la piedra?

—Qué importa si fue un pastor, o ninguno. Nos movemos en un mundo de símbolos, y los símbolos van más lejos que las piedras.

—¿Entonces?

—¿No lo entiendes, mi Abuelo? No hay secreto que dure una eternidad. Un secreto es como una olla a presión; o la abres a tiempo, o estalla.

—¿Quieres decir que alguien reveló la existencia de los pergaminos porque no pudo guardar por más tiempo su secreto?

—Es una de las posibilidades. No lo sé. Lo único que sabemos es que los pergaminos terminaron por salir a la luz pública.

—Pero la versión oficial es la del pastor que buscaba la cabra.

—De versiones oficiales está el mundo lleno. Lo importante son los pergaminos. Dan fe de un pueblo.

—El desierto está lleno de vida.

Grupos de turistas contemplaban absortos la desierta y emblemática panorámica. El calor apretaba, por lo que algunos se apartaban de los guías para ir en busca de refrescos a la cercana y bien surtida tienda.

—Mira, Abuelo; esos pequeños paredones que vemos ahí abajo corresponden a las ruinas de lo que fue el monasterio de los esenios.

—Los esenios, sí. Una especie de monjes del desierto.

—¿Monjes del desierto, has dicho?

—En parte, sí; pero más bien, no. Yo diría que eran buscadores de Dios.

—¿Como nosotros?

—Todos los caminos llevan a Dios. Lo importante es que cada quien encuentre el suyo.

Bajo el ardiente sol trazamos los rasgos de una geometría imaginaria. Jericó, Mar de la Sal, Qumran, formaban una trilogía perfecta donde convergen los buscadores de un mismo Dios que, por distintos caminos, tratan de encontrar y adorar.

—Recuerda, hijo, aquel día cuando llegaron a Jericó los espías.

—Sí, lo recuerdo.

—Bien, pues espía es sinónimo de turista.

—Claro, porque lo curiosean todo.

—Los envió Josué desde el Monte Nebo. Y recordarás que regresaron con la buena noticia de que la tierra era feraz. La prueba estaba en los frutos ubérrimos que traían.

—La Tierra de promisión, Abuelo.

Sentíamos la fatiga tras el largo viaje por el desierto, lo mismo que si hubiéramos ido con Moisés en medio del pueblo.

—Jericó fue la puerta de entrada a la Tierra prometida. Es la zona donde nos encontramos. Todo lo que ves ahí abajo es el oasis de Jericó.

—Fértil vega del Jordán.

Saboreando estábamos unos dulces y sabrosos dátiles. Quietud, paz, sosiego. Muy cerca de la puerta de la tienda, en la explanada, un beduino de un blanco impecable, estaba sentado en una silla junto a su camello, esperando que los turistas probaran la experiencia de subirse a un camello y sacar la foto que acreditara sus exóticas andanzas. Me acerqué y le pregunté:

—¿Cuánto?

—Two dollars.

—No, no; “tú” ser mucho. Uán dólar.

—One, no; two dollars.

Un grupo de turistas españoles, al escuchar mi inconfundible acento, se acercaron al beduino y comenzaron a porfiar. Pero terminaron por soltar los dos dólares por barba que el moreno beduino pedía.

Nos separan unos siglos. Distintos turistas, distintos espías. Unos, salidos de la esclavitud, buscan la Tierra prometida; otros, sobrados de todo, la invaden, para salir, cargados como esclavos, de souvenirs.

Sólo el Mar de la Sal, o Mar Muerto, permanece en su sitio, en sedente quietud, escuálido por tanta evaporación. Es como si en él hubieran quedado sepultados los pecados de una humanidad doliente, la de entonces y la de ahora.

—Hijo, en Egipto, nuestros padres trabajaron “sin papeles”. Y sin papeles atravesaron el Jordán.

—Tampoco les fue muy bien, que digamos.

La voz de los profetas estaba suspendida en las arenas flotantes del desierto. Bajo el Mar Muerto yacían sepultadas las ruinas de Sodoma y Gomorra.

—Aquí, en Qumran, se elaboró la teología de la fidelidad bajo el estricto control del Maestro de Justicia.

Los obreros y artesanos de la Ley escrita trabajaban sin pausa sobre los pergaminos que pronto habrían de esconder en las cuevas.

—Serán la memoria histórica y real de un pueblo.

—Abuelo, Qumran es el disco duro del desierto y de sus gentes.

Rió mi ocurrencia.

—En Qumran aún no se conocían los ordenadores. Pero, efectivamente, la base de datos del gobierno del pueblo, tanto en lo social, como en lo político, y lo religioso, estaba aquí, en Qumran.

El desierto se había convertido en una gigantesca pantalla de monitor. Por ella comenzaron a desfilarse una serie de documentos. Me llamó la atención la lista de Normas de conducta, dirigidas tanto a gentes de ámbito urbano, como del campo. Era completísima.

—Congela un momento la imagen, Abuelo. ¿Qué es eso?

—Lo que ves. Un Ritual, para la ceremonia del matrimonio.

—¿Para el matrimonio?

—Sí; Qumran era el cuartel general de los esenios.

Por la pantalla seguían desfilando siglo y medio de actividad incesante de un sector definido del grupo esenio; el mismo que se había distanciado del judaísmo oficial.

—¿Qué pasaba con el judaísmo oficial?

—El judaísmo oficial era considerado relajado en cuanto a costumbres e interpretación de la ley. Los esenios buscaban la fidelidad a la Alianza.

—A la Alianza; con el respeto exigido a la puesta en práctica de la Ley.

—Debió ser una vida muy dura.

Lo que queda a la vista, tras las excavaciones arqueológicas, nos da idea del régimen de vida de la comunidad:

—Trabajo, estudio, meditación.

Por la pantalla desfilaban ahora una serie de pergaminos.

—Son los Libros santos, escritos sobre la piel del tiempo.

Está cayendo el sol a plomo. Los aljibes del monasterio están secos. En lo más profundo de las cuevas me ha parecido escuchar el balido de una cabra. Un pastor ha lanzado un canto liso al interior de una cueva que ha impactado sobre una tinaja. Se ha roto en mil pedazos y los pergaminos han volado por los aires. Algunos han caído en el Vaticano. La mayor parte en Washington.

—Abuelo, ¿Qumran era un enclave militar?

—Más bien, diría yo, el centinela de una perfecta teocracia dispuesta a conservar el sentido del tiempo y de la eternidad.

Asomados al pequeño barranco veíamos la Cueva 4, situada a pocos metros del monasterio. La voz de los profetas seguía resonando, como un eco prolongado, y que se va desgranando poco a poco en el desierto hasta quedar grabada sobre la piel del tiempo.

LOS ESPÍAS DE JERICÓ

Desde el balcón de la habitación del hotel podía contemplarse, tan sólo, un trozo de paisaje; pero era suficiente para imaginarse, en vista panorámica, la película más vívida y real de la historia. El Abuelo se emocionó. Y así se expresó:

—Tengo la sensación de estar en mi Tierra; mi tierra de siempre.

Y añadió:

—La tierra soñada donde nadie, nadie, se siente extraño...

—Tienes razón, aquí nadie se siente extraño.

La Tierra Prometida era la tierra de todos. Guardé silencio. Hay silencios necesarios para poder mirar hacia dentro, para dejar que las emociones afluyan con naturalidad; y con la necesidad de que la cuerda sensible de los sentimientos esté siempre bien templada. La Tierra prometida

está llena de paisaje. Dejé que mi alma se llenara de ese paisaje. Mientras me pregunté a mí mismo.

—¿Y yo..., quién soy?

Era encontrarse con la metafísica esencia de las preguntas necesarias; las que cada quién tiene que formularse. El Abuelo me respondió:

—¿Tú? Tú eres judío. ¿No hemos subido a Jerusalén para alabar y rezar al Dios de nuestros padres?

Le di gracias a Dios. A renglón seguido añadió:

—Aunque también somos turistas.

—O sea, espías.

—En mayor o menor medida, todos somos turistas, o espías, como dices. Pero sobre todo, somos buscadores, y por tanto, peregrinos.

Mi mente, como sucede a cualquier turista, archivaba lo que mis ojos veían. Pero era mucho más lo que veía con el corazón. Los sentimientos me golpeaban con rapidez.

—A mí también.

El día anterior habíamos estado al otro lado de la frontera. El paisaje que se ofrece desde el Monte Nebo es épico y sublime. Cerré los ojos, para saborear mejor tanta vivencia y emoción. Me sentí hijo de mi pueblo. No quise recordar la salida de Egipto. El Abuelo apostilló:

—Quizá te falte la memoria de ese trozo de historia, hijo.

No me faltaba. Yo también había llegado, con los sobrevivientes, hasta el Monte Nebo. Lo recuerdo bien; me aproximé a Moisés. Anciano de años, pero aún fuerte, y colmado de santidad. Más que el calor del desierto, los años, o la fatiga al atravesar las estepas de Moab, a Moisés le pesaba la nostalgia y la tristeza por la cercanía de su fin. Dios le había dicho: no pasarás.

—Y no pasó.

Lo vi subir con lentitud la pendiente del monte Nebo. Extendió su vista. Y su alma de patriarca, y profeta a la vez, se entristeció. Lenta, solemnemente, por última y una vez más, alabó al Dios de sus padres. A continuación bendijo al pueblo.

—Lo que quedaba aún de su pueblo.

A su lado estaba, firme y serio, su fiel ayudante, Josué. Detrás, todo el pueblo, o lo que aún quedaba del mismo, como apuntó el Abuelo. La larga travesía del desierto y las claudicaciones, lo habían diezclado.

—Pueblo de dura cerviz, inclinado a los ídolos.

—La condición humana, Abuelo.

Al frente, visible, o soñada, se extendía la tierra entera; desde Galaad hasta Dan.

—Incluyendo las tierras de Neftalí, Efraím y Manasés.
—Y la tierra de Judá, y el mar Occidental, y el Négueb,
y Soar.

Pero lo que hacía que sus ojos se cimbrearan de gozo, eran las palmeras de Jericó y el verde valle; el oasis más espléndido que jamás hubiera podido soñar o imaginar. El día era radiante, no subía aún la tenue bruma del Mar Muerto, que opaca un tanto la vista. De un lado, rielaba el Mar de la Sal; del otro, la mancha verde del valle a orillas del Jordán.

—Valle de palmeras y ubérrimos huertos.
—Y dátiles, dulces más que la miel.

Moisés, desde el monte Nebo, gritó:

—¡La Tierra prometida!

Y un...

—¡¡¡Ooohhh...!!! —cerrado, en olor de multitud, se elevó al unísono de todos los pechos.

—Imposible olvidarlo.
—Imposible.

Luminosa, amurallada, coqueta, espléndida como una reina, lucía Jericó, señoreando la amplia y fértil vega.

—Y los camellos dormitaban junto a las palmeras con ese porte señorial y mirar tranquilo que tienen.

—Su andar es cadencioso, como el de un barco sobre la arena.

Moisés cerró los ojos, quedó como en éxtasis, musitó una oración y su alma se elevó, tranquila y serena, hasta el Dios de sus padres, desde lo alto del monte Nebo.

Como una colmena nerviosa y laboriosa se movía el pueblo. Había terminado el mes de duelo decretado por la muerte de su gran líder, Moisés, y tenían prisa por entrar a la Tierra prometida. Josué tomó el bastón de mando que Moisés le otorgara. Y con la autoridad que Dios mismo le daba, se dispuso a pasar el Jordán. No quería emboscadas, ni sobresaltos. Era hombre de paz, así que envió dos hombres de su confianza a espiar.

—No debían levantar sospechas.

Con aire despreocupado, los dos turistas se dirigieron directamente a la casa de Rajab, la prostituta, que estaba adosada a la muralla. Probablemente una prostituta no levanta sospechas.

—Es mujer universal.
—Además, entraron discretamente.

No la tocaron. Y mientras saboreaban los dátiles que galantemente les ofreció, le hablaron con franqueza de sus

planes. Hubo un tira y afloja, y muchas discrepancias. Y por fin, una solución concertada. Curiosamente, Rajab, la prostituta, estaba al tanto, sabía mucho, más de lo que ellos se imaginaban. Por su casa pasaba mucha gente, de toda raza y condición; estaba al corriente de los avatares del pueblo que ahora lideraba Josué.

—Pero tenía miedo, Abuelo.

—No lo ocultó. Temblaba por ella y por su pueblo. Y les dijo:

—“Os he tratado con bondad; juradme, por vuestro Dios, que haréis lo mismo conmigo y con los míos”.

Le dieron su palabra de honor.

—“Juramos que te trataremos con bondad y lealtad. Ata en la ventana este cordón escarlata, como señal de protección; mas, si divulgas nuestro asunto, quedaremos libres del juramento”.

Los forasteros, sin embargo, no habían pasado desapercibidos. Un manto de sospechas cubría la ciudad. Sonaron golpes en la puerta. Las autoridades, y un grupo de gente, se apiñaron junto a la puerta de Rajab. Los golpes en la puerta arreciaban.

—¡Voy...! ¡Ya voy, ya voy...!

Hizo subir a los espías al terrado de la casa, donde se escondieron entre unos haces de lino. Los golpes y el griterío iban en aumento.

—¡Ya voy..., ya voy...!

Con una sonrisa zalamera abrió la puerta. Las autoridades venían con cara de pocos amigos.

—¡Entrégnos a esos hombres que están contigo!

—¿Conmigo...? ¡Conmigo no hay nadie. Estoy sola! ¿Los hombres...? Sí, estuvieron aquí, pero ya se fueron. Anoche, cuando estaba oscureciendo y las puertas iban a ser cerradas. Dijeron que tenían prisa. Creo que iban hacia el poniente. Seguro que si os apuráis, aún los alcanzaréis...

Y con prisa, la gente se dispersó. Algunos, enviados por las mismas autoridades, salieron en persecución de los espías.

—Mientras tanto, éstos permanecieron escondidos en la terraza de la casa de Rajab. A sombra.

—Dónde mejor que a la sombra.

A los tres días regresaron los perseguidores; volvieron como se habían ido, de vacío.

—¿Y los espías?

—Con la ayuda de una cuerda, se deslizaron desde la ventana que daba a la muralla.

Sobre la ventana de Rajab quedó luciendo la señal convenida: el lazo escarlata. Señalaba también, quizá para siempre y con sentido universal, la casa de: para unos, una mujer pecadora; para otros, su salvadora.

—¿La sigues recordando, Abuelo?

—No, no volví a pensar en Rajab. Sólo recuerdo que era guapa, muy guapa, de rostro juvenil, y ojos profundos. Tenía el encanto que imprimen las sales del Mar de la Sal.

—Era una mujer.

—Una mujer buena.

De pronto, el Jordán se puso en pie. Las aguas se apretaron muy al norte y también junto al Mar de la Sal. Todo el cauce quedó seco; y el pueblo comenzó a pasar, a pie enjuto. Primero los sacerdotes, con el Arca de la Alianza; después el pueblo.

Terminada la travesía, en seco, del río más sagrado y de bautismales aguas, Josué mandó que doce hombres, uno por cada tribu, se acercara al cauce seco y que de los cantos rodados tomaran uno por cada tribu.

—Había que construir un nuevo porvenir, hijo.

—Y dejar atrás el Egipto opresor.

Efectivamente. Atrás había quedado para siempre la opresión, la esclavitud y la humillación. La frontera marcaba un antes y un después. Las aguas del Jordán volvieron a juntarse. Pero las piedras arrancadas al cauce serían señal, cimiento y altar, de una página nueva que se habría para el Pueblo escogido.

—Por fin, habíamos entrado en la Tierra Prometida, hijo.

Situado a cuatrocientos treinta metros bajo el nivel del mar, los mismos que marcan la depresión del Mar de la Sal, este Pueblo soñador iniciaba la mítica y bíblica subida a Jerusalén. Pueblo amasado de pecado y perdón, de infidelidad y esperanza, de sufrimiento y valor, de humildad y de épica grandeza, y envuelto en la santidad del Dios único y sublime.

—El mismo que responde por Adonai Elohim, Alá, o Dios Padre, a la plegaria de sus dispares seguidores. Seguíamos en el balcón del hotel.

—Abuelo, qué panorama más hermoso se contempla desde este magnífico hotel.

—Es un paisaje maravilloso.

Era momento de recuerdos, de ensoñación.

—Recordar es soñar.

—Soñar es trascender.

Mi mente regresaba al Muro de las Lamentaciones desde donde, igual que el incienso vespertino, subía en rítmico vaivén todo el murmullo de salmos acumulado a lo largo del tiempo.

En tanto, desde la mezquita de La Roca, el Profeta era llevado a lo más alto de los cielos en hermoso y halado caballo alazán, entre tules de ángeles y arcángeles.

Y allá arriba, en el Santo Sepulcro, la sublime y más visitada tumba del Nazareno, permanecía vacía. Vacía a perpetuidad. Y llena del aroma de la Pascua de Resurrección.

En el jardín del Huerto de los Olivos, otra Rajab, más conocida por María Magdalena, mujer universal, por pecadora y por santa, musitaba, con un suspiro estremecido:

—¡¡Rabbuní...!! ¡¡Maestro mío...!!

EL OLIVO UNIVERSAL

Al amparo de la multitud de peregrinos que en grupos constantes hacían el recorrido por el Huerto de los Olivos, el Abuelo y yo, aprovechando que nadie se fijaba en nosotros fuimos a escondernos entre los amplios pliegues del tronco de un vetusto, frondoso, nervudo y venerable Olivo. Huerto de los Olivos; Getsemaní: lugar de aceite.

—Hijo, es el más famoso Huerto de la Historia, eternizado en el tiempo, y en el fervor de los pueblos.

—El más evocador, sin duda.

Rajado por los siglos y las miradas cautivas de los turistas, el viejo Olivo guardaba mucha historia. Sentí una apremiante necesidad de ir a preguntarle...

—¿A preguntarle qué..., hijo?

No respondí al Abuelo. Simplemente, me acerqué al venerable Olivo. Comencé el diálogo con una pregunta trivial, rutinaria. Me urgía hablarle.

—Mi querido Olivo, ¿cuánto tiempo llevas plantado ahí?

Me miró con una mirada tierna y profunda que traspasaba los siglos. El viejo Olivo rebosaba piedad. Me atrevería a decir que era, sobre todo, ternura. Se tomó un tiempo, como queriendo recordar.

—Me preguntas que cuánto tiempo llevo plantado aquí... Buena pregunta. Una eternidad, hijo, una eternidad.

Luego de otra pausa volvió a repetir:

—Una eternidad. Aunque, a decir verdad, a ciencia cierta, no lo recuerdo, hijo, no lo recuerdo. He perdido la memoria. Soy tan viejo... Digamos que, miles de años. ¡Miles de años...!

Y volvió a recalcar:

—¡Miles de años!

Le dije:

—Entonces, seguro que sabrás muchas cosas. Habrás visto pasar tanta gente junto a ti, o sentarse a la sombra de tus ramas... Dime, por favor, ¿qué es lo que más te ha impresionado en tanto tiempo?

Hizo otra pausa, como si se pensara la respuesta.

—¡La Historia...! Sí, hijo, la Historia. Toda la Historia he visto pasar desde aquí.

—¿Toda?

—Toda. Pero las guerras, hijo, las guerras, me han impresionado más. Y, sobre todo, me han dolido.

Sentí que una especie de sentimiento emocionado se apoderaba de él. Luego añadió.

—Me ha dolido la imposible paz de esta tierra que apodan, y es, santa.

Al Abuelo y a mí nos entró un estremecimiento cuando dijo “la imposible paz”. Conocíamos, por desgracia, la situación entre israelíes y palestinos.

—La paz que yo llamaría del “nunca jamás”. Pero lo que más ha marcado mi existencia, ha sido ver llorar a Cristo...

Noté que el viejo Olivo se estremeció. Un sollozo recorrió todo su añoso tronco.

—Cuéntame.

—Discúlpame, hijo. Cada vez que lo recuerdo, la emoción embarga mi ser. No te extrañe, si me ves llorar. Te diré.

El Abuelo escuchaba embelesado también. El venerable Olivo prosiguió:

—El Maestro venía frecuentemente al huerto. Aquí solía sentarse, a mi vera. Le gustaba la frondosidad de mis ramas, mi sombra protectora. Lo recuerdo muy bien, aquella era noche de luna creciente, casi llena. Espléndida noche. Pero él estaba triste, muy triste. Se arrodilló, y se puso a rezar, como solía. Pero lo vi inquieto. Juntó sus brazos, apoyó su cabeza en ellos y comenzó a sollozar. Era un llanto que conmovía, punzaba, y traspasaba el alma. Lloró amargamente, pero sobre todo rezó. Rezó por Jerusalén, y su oración era como el clamor aunado de todos los profetas. Parece que lo estoy viendo...

El viejo árbol luchaba por contener los sollozos. A la luz de la luna, la sombra mural de lo que fue el magnífico templo nacional, extendida por la explanada, era como una alfombra que invita a arrodillarse en actitud reverente de adoración. Tomando aliento, el entrañable Olivo continuó:

—El Maestro rezaba; también lloraba. Lloraba sobre todo por el templo y por la gente. Me pareció oír que decía:

—“Día vendrá en que no quedará piedra sobre piedra...”

Casi sin darme cuenta exterioricé mi asombro.

—¿Es posible?

—Y tan posible, hijo, tan posible. No muchos años después de la muerte del Maestro, el 66 de la era cristiana, los judíos tuvieron una rebelión. Los romanos, dueños enton-

ces de medio mundo, no se anduvieron con historias y entraron a saco. Cuatro años más tarde, Tito destruyó completamente Jerusalén; y, lo peor de todo, también el Templo. Ha sido el sacrilegio más grande de la historia; y el que ha provocado más llanto, más divisiones y más guerras.

Intervine.

—¿Más guerras, por qué?

—Los judíos no podían, ni debían, aguantar semejante humillación. Todo lo hubieran soportado, todo, menos quedarse sin el Templo. Y en el año 132 inician una nueva rebelión dirigida por Bar-Kojvá.

Tercié:

—Adriano, era entonces emperador de Roma.

—Efectivamente, y él fue quien atacó. Hasta cambió el nombre a la ciudad santa. Le dio uno esperpéntico y pagano.

—¿Cuál?

—Aelia Capitolina.

Intervine, con ansias de empaparme de sus sentimientos:

—¿Pero en el siglo IV las cosas cambiaron, ¿no? ¿No fue cuando se convierte Constantino al cristianismo...?

Hizo una especie de mueca, y como si oteara el horizonte, dijo:

—No, las cosas no cambiaron. Porque, si bien es cierto que vino una etapa de paz, no duró mucho. La dominación bizantina trajo paz, se construyeron iglesias, se extendió el cristianismo... Pero a comienzos del siglo VII son los musulmanes los que entran en acción. Jerusalén pasa a ser para ellos la tercera ciudad en importancia, tras la Meca y Medina. Lo cual, tampoco hubiera tenido mayores consecuencias. Pero es que, el año 1.009, el califa Sakim hizo la barbaridad de destruir el santo Sepulcro, y esto provocó la animosidad entre Oriente y Occidente, que dio lugar a la entrada en acción de los Cruzados.

—¿Cuándo entran los Cruzados en Jerusalén?

—Finalizando el siglo XI, concretamente el año 1.099. Pero no había pasado un siglo de su estancia en Tierra Santa cuando ya Saladino, el flamante príncipe egipcio, les estaba infligiendo la más absurda derrota.

Pregunté:

—¿Por qué absurda?

—Porque prácticamente no hubo lucha. Resulta que, situados los Cruzados en los Cuernos de Hittín, los musulmanes aprovecharon la brisa que se levanta a mediodía; prendieron fuego a la hierba, los acorralaron formando un cerco, y los Cruzados murieron calcinados dentro de sus armaduras. Sucedió esto el año 1.187.

El Abuelo hizo un gesto de horror. Yo añadí:

—Sin embargo, los Cruzados construyeron muchas fortalezas...

—Es verdad, fueron grandes guerreros, y grandes defensores de los Santos Lugares. Y por lo mismo, construyeron enormes y sólidas fortalezas. Pero ya te he dicho que ésta es tierra de guerras.

No dije nada y él continuó:

—Precisamente, el año 1.263 el sultán mameluco egipcio, Baibars, les conquista a los Cruzados las formidables fortalezas del litoral. Y cuando en 1.291 el sultán El-Ashraf, conquista y arrasa Acre, la capital de los Cruzados, podemos decir que es también el fin del Reino Latino de Oriente.

El viejo Olivo, hizo una pausa; era evidente que le pesaban los años, y un deje de tristeza sacudía sus ramas. Pero le pesaba más la historia. Una historia dolorosa de guerras, modernas y antiguas. Los turistas y peregrinos disparaban sin cesar sus cámaras fotográficas. No deseaba que advirtieran mi presencia dentro del multiseccular tronco, que les hubiera parecido una profanación y un sacrilegio más a la historia. Mientras los grupos de peregrinos proseguían su marcha, pregunté todavía:

—Mi viejo y querido Olivo, dime, por favor, ¿estabas ya aquí cuando Abraham subió al monte Moriah con su hijo Isaac, para el sacrificio?

El viejo árbol me miró casi con ternura.

—Gracias por la pregunta; me ha hecho refrescar la memoria. Sí, estaba; y mucho antes. ¿Recuerdas cuando Noé, tras el Diluvio universal, mandó desde el Arca una paloma para ver si las aguas habían bajado?

—Sí, creo recordar que a la tercera vez, regresó llevando en el pico una ramita de olivo.

—Exacto. Pues ésa, cabalmente, fue la rama que prendió en este lugar y que dio origen a este frondoso, multiseccular y, como ves, añoso Olivo con el que estás hablando. Y aunque me veas tan viejo, te diré que nunca, nunca, me terminaré. Soy, preciso es decirlo, y preciso que lo sepas, el Olivo de la Paz.

El Abuelo y yo dijimos al unísono:

—¡La paz!

La palabra paz se nos antojaba misteriosa, hermosa y sugerente. Pero enormemente profanada; y hasta peligrosa. Sólo pronunciarla, escocía. Se habían hecho tantas guerras en nombre de la paz... El Olivo continuó:

—Yo vi a Josué atravesar el Jordán, trece siglos antes de Cristo, y conquistar la tierra de Canaán. Y contemplé, al poco, la llegada de los filisteos. De mí tomaron el aceite para ungir a Saúl como primer rey de Israel. He contemplado la invasión y ocupación de Samaria por los Asirios. Y el exilio de las diez tribus del norte. Y la destrucción pri-

mera de Jerusalén y del Templo por Nabucodonosor. Por aquí pasó Alejandro Magno cuando conquistó Palestina. Asistí con horror a la profanación del Templo por Antíoco IV... Pero mi savia se rejuveneció cuando vi brillar, en aquella noche de paz, al comienzo mismo del Nuevo Testamento, la estrella que guiaba a los Reyes Magos hasta Belén.

Aunque hacía calor, el Abuelo y yo seguíamos allí, acurrucados y atentos. El santo Olivo del más famoso Huerto de todos los tiempos, Getsemaní, añadió:

—Por aquí pasaron. También ellos eran gente de paz, y de bien. Y me eternicé como símbolo de paz; y de gozo eterno me estremecí, cuando aquella noche, José, con la Virgen y el Niño, junto a mí pasaron.

Evocaba, sin duda, la famosa huida a Egipto de la sagrada Familia. Tampoco en Belén había paz por entonces.

—Poco tiempo había transcurrido, cuando nuevamente, y de regreso, volvieron a pasar junto a mí. Jesús era ya un niño vivaracho, correteaba, le gustaba entretenerse cortando florecillas que enseñaba, complacido, a su madre.

Sonreía, enternecido, el querido y amable Olivo mientras evocaba estos viejos y gratos recuerdos. Por supuesto que el Abuelo y yo le escuchábamos entusiasmados. Quiso continuar.

—Pasaron los años...

En ese momento hizo un gesto emocionado que parecía un suspiro. Se sosegó y añadió:

—Mías eran las ramas con las que aclamaron al Mesías en aquel domingo triunfal. ¡Hosanna, hosanna...!, gritaba a coro el pueblo entero. Mis ramas, todo mi yo, bailábamos de emoción... Más que David ante el Arca de la Alianza. Mas, también lloré, y llorando sigo...

Mi Abuelo y yo, le miramos con profundo respeto. Luego, los dos a la vez, le dijimos:

—¿Por qué, querido Olivo?

Aún se detuvo un momento, antes de contestar, embargado por la emoción.

—Sí, yo también lloré aquella noche del jueves al viernes santo, al ver llorar al Maestro...

Todo Getsemaní, como si estuviera pendiente del viejo Olivo, quedó en silencio, en un profundo y extraño silencio. Los turistas se habían ido. Su silencio y su llanto eran también nuestro silencio y nuestro llanto.

Me abracé fuertemente al viejo Olivo, le di un beso y, sin poder reprimir una lágrima, con infinito cariño le arranqué una hoja, y la puse junto a mi corazón. Mi Abuelo hizo lo mismo. Con la voz entrecortada, le dijimos:

—Gracias, que Dios te bendiga, querido Olivo. Gracias, una vez más, inolvidable Olivo de la Paz.

Enseguida, mi Abuelo y yo nos levantamos y proseguimos nuestro peregrinar.

Nuestro encuentro había sido un empuje vital que nos situaba entre el tiempo y la eternidad. Fue como volver a encontrarse con la vida, tan llena de sueños siempre, en el emblemático Huerto de Getsemaní. Donde también el Maestro encontraba un remanso de paz, cada noche, bajo las ramas del vetusto Olivo mientras la luz serena de la luna velaba su oración.

**NAZARETH,
ALETEO DE ÁNGELES**

Difícil resultaba sobreponerse a tantas emociones como las vividas en los últimos días, sobre todo en el Huerto de los Olivos. Cada piedra, cada paisaje, cada persona, todo, absolutamente todo, tenía vida.

El Abuelo repasaba las fotografías que guardaría, decía, como recuerdo para el presente. Me causó extrañeza. Le dije:

—Si lo guardas para después, será para el futuro, ¿no?

—Hijo, estarás de acuerdo conmigo en que si es recuerdo, lo es en razón de que ya sucedió. Por tanto, pertenece al pasado. Pero, para quien vivió realmente ese instante era presente. Ahora bien, ese presente, proyectado al futuro como recuerdo, lejos de ser un futuro o un pasado, es verdaderamente un presente; por ejemplo para nosotros mismos que lo estamos rememorando, aquí y ahora. Estas mismas fotos, plasman una realidad ya pasada, y sin embargo, para ti y para mí, es presente. El futuro existe en tanto que presente, y sólo como presente.

—O sea, Abuelo, que ocurre como con el aoristo griego. Va a suceder porque ya sucedió y lo estamos viendo como si estuviera aconteciendo ahora mismo.

—Exacto; piensa por ejemplo en cualquier película que ves en la tele; el artista hace tiempo que falleció, pero lo estás viendo como si estuviera actuando ahora mismo.

—Así que, Abuelo, estamos siempre en presente. Y las fotografías están muy bonitas. Por ejemplo ésta.

Se trataba de una donde aparecía La Knesset o Parlamento de Israel.

_Soberbio edificio, ¿eh, Abuelo?

—Me encanta. Sobrio, elegante y sólido.

—Construido con piedra roja.

—A propósito, ¿sabes quién aportó los fondos para esta maciza y elegante construcción?

Mira ésta otra. Estamos posando junto a la gran Menorá.

—Qué emblemático candelabro, ¿verdad, Abuelo?

—Has quedado muy bien. Te preguntaba, aunque veo que no me estás poniendo atención, si sabías quién financió la construcción de La Knesset.

—Sí. Fue la familia Rothschild, de Inglaterra. Y la Gran Menorá fue obsequio del Parlamento Británico.

Al ir pasando las hojas del álbum, apareció otra, preciosa; se trataba de El Santuario del Libro.

—Mira, Abuelo, parece la tapa de una jarra.

—Como que nos recuerda las tinajas en que aparecieron los Rollos de Qumran, cerca del Mar Muerto.

Rollos, o manuscritos del Mar Muerto. Volvíamos a revivir momentos de un pasado testimonial.

Así era. Había una lucha entre los Hijos de la Luz y los Hijos de las Tinieblas. Eso transcribían los famosos textos. Lógicamente, por Hijos de la Luz se entendía la comunidad Esenia. Los Hijos de las Tinieblas, por el contrario... Fácil imaginarlo. Bastaba fijarse en el lenguaje elocuente de los símbolos, de los que la Biblia está llena. Había un vivo contraste de colores:

—Santuario del Libro: blanco.

—Significativamente, negro: el muro de la entrada.

No quedaba ahí el simbolismo. Con el basalto se quería resaltar, y resaltado quedaba, el peso tremendo que el Pueblo judío ha tenido que soportar a lo largo del tiempo. Persecuciones, destierros, injusticias...

—Abuelo, me hubiera gustado tener alguna foto del interior, pero no me dejaron tomar ninguna.

—Las mejores fotos, no son las que se sacan con la cámara fotográfica, sino las que se archivan en la mente. Lo importante es el presente. Vive, y vive intensamente, el presente. El presente es vivir, realmente mejorado, el pasado que en forma de recuerdo se proyectó al futuro.

—Explícate.

—Mira, nosotros vivimos hoy lo que un día vivieron nuestros antepasados. Lo que en ellos era presente, para nosotros resulta ser pasado, y sin embargo, nosotros lo hacemos también presente. ¿Me sigues?

—Entiendo.

—Vista así, la Historia tiene sentido; porque se hace vida, no simple recuerdo guardado en los anaqueles del tiempo o del sentimiento.

—Me gusta la explicación.

—Si hoy contemplamos con reverencial fervor esos Rollos, hallados tanto en las Cuevas de Qumran, como en Massada, al igual que las cartas de Bar-Kojvá, y otros objetos, es porque aquellos hombres supieron vivir apasionadamente su presente.

Seguí pasando fotos.

—El presente no tiene historia.

—Qué quieres decir con eso, Abuelo.

—Muy sencillo. El presente, aún no es historia. Lo será cuando entre las personas, acontecimientos, etc., medie un tiempo y espacio suficientes que los distancie.

Añadió:

—Trata de empaparte de la vida de cada Pueblo. Que tu mente tenga la dimensión de lo universal. No pongas jamás puertas a tu corazón.

—De acuerdo, Abuelo. ¿Pero quién me garantiza la objetividad de lo que te cuenta “eso” que tú llamas “Historia”?

—La Historia no cuenta. Cuenta la Vida. La Historia se constata a través, fundamentalmente, de los libros.

—¿Los libros? No me hagas reír. Los libros lo aguantan todo. Yo creo en la realidad.

—La verdadera realidad son los Sueños. La Vida es un Sueño.

Supongo que el Abuelo tenía toda la razón del mundo. ¿Hay algo más simple, maravilloso y sublime que la vida?

—Sí, hijo; lo importante es la vida. Ahora bien, sucede que todo, absolutamente todo, nos desborda; motivo por el cual, la realidad, fraccionada y bien maquillada, se nos entrega por capítulos, salpicados a cada rato por cortes para la publicidad. Igual que acontece con las telenovelas.

—En los anuncios, yo siempre aprovecho para cambiar de canal, Abuelo.

El Abuelo sonrió.

—Haces bien. Con la historia hay que hacer igual. Si no es vida, no interesa; se pasa hoja. La Vida, en forma de Historia se eterniza en el pueblo, en uno mismo cuando por las venas transfugas del pensamiento y del tiempo sigue corriendo la misma savia que vitaliza, unifica y eterniza.

Así transcurría nuestra intrascendente conversación mientras recorríamos los escasos 160 kms. que separan Jerusalén de Nazaret.

Peregrinos intemporales, entretenidos con los recuerdos estampados en la memoria y en el corazón. No teníamos un orden necesariamente lógico de tiempos, lugares y vivencias.

—Esta que atravesamos ahora es la llanura de Esdrelón.

—Zona fértil e importante para la agricultura.

—Y escenario de fuertes acontecimientos bélicos. Toda esta región, conocida también con el nombre de Valle de Yezrael, y que se extiende hasta Samaría, ha pasado a la historia también por otros acontecimientos.

A nuestra izquierda quedaban los montes Gelboé.

—Allá, muy cerca del Pequeño Hermón, está la ciudad de Afula.

—Si los montes hablaran, cuántas cosas nos contarían.

—Ya lo creo. Aunque la Biblia habla por ellos. Mira; ahí, en la vertiente sur del monte, está Sunem.

—El pueblo de la sunamita.

La sunamita, una mujer sin hijos; y aunque tenía riqueza, no era feliz. La ausencia del hijo, instintivamente añorado y deseado, la hacía infeliz.

—El encuentro con el profeta Eliseo cambió su vida, Abuelo.

—Sí, lo cuenta el segundo Libro de los Reyes.

La santidad del profeta le había llamado la atención. Por eso, siempre que el hombre de Dios pasaba por el pueblo, lo invitaba a comer.

—Es un hombre santo, le decía la sunamita a su marido.

Y preparó una habitación permanente y confortable para que cuando el profeta y el criado vinieran de camino pudieran descansar. El profeta se lo agradeció.

—¿Qué puedo hacer por ti, mujer? ¿Quieres que hable al rey en tu favor?

Mujer altiva, no quiere favoritismos del rey. Le bastaba y sobraba con la protección de su clan. Deseaba, eso sí, desde lo más profundo de su ser un hijo. Sin él, no era feliz.

Guejazí, el criado del profeta, se lo ha advertido:

—Tu marido es viejo...

No obstante, el profeta le ha dicho:

—Mujer, el próximo año, por este mismo tiempo, abrazarás un hijo.

—Hombre de Dios, no me engañes.

El hombre de Dios no la engañaba. El Libro santo dice que la mujer concibió y dio a luz un niño, en el tiempo que le había dicho Eliseo.

—También dice la Biblia que cuando el niño creció fue donde su padre que andaba con los segadores.

Los pequeños detalles forman el marco que ayuda a resaltar el argumento que se quiere narrar.

—Fue donde su padre. Y para más señas, con un fuerte dolor de cabeza; tanto, que el chico murió.

—¿Una insolación?

—No lo sé, tal vez.

El padre, no debió tomar muy en serio las quejas del hijo cuando llorando gritaba:

—¡Mi cabeza, mi cabeza!

Pero mandó a un criado que lo acompañara y lo llevara a la casa; sin dar mayor importancia a las quejas del chico. La madre, en cambio, comprendió la gravedad. Se le murió entre las manos. Sintió que su corazón de madre se le partía al sentirlo muerto. Pero lejos de avisar a nadie corrió al Monte Carmelo en busca del profeta. Este mandó por delante a su criado con el bastón.

—Los profetas, por lo que observo, llevan siempre un cayado o bastón.

—Es otro símbolo; en este caso, de autoridad. Mas continuemos.

La mujer quiere que sea el propio profeta, en persona, quien llegue a la casa.

—El lenguaje de este episodio está lleno de connotaciones simbólicas. Fíjate.

Me hizo ver que el bastón del profeta nos recuerda al de Moisés. Que las siete veces que, según el relato bíblico, Eliseo sopla sobre el niño, es una alusión clara al espíritu de vida que Dios insufla en las narices de Adán.

—Entiendo. En definitiva, se resalta la vida. Singular e interesante el profeta Eliseo.

—Todos los profetas y acontecimientos bíblicos son singulares.

Mientras la Biblia nos embebía de los acontecimientos narrados, el Abuelo prosiguió:

—Observa esos montes.

Recostado al otro lado, es decir, sobre la falda norte del monte, está Naím, donde Jesús volvió a la vida a un joven, hijo de una viuda.

—¿Lo recuerdas?

—Lo recuerdo, Abuelo.

Un poco más al este queda En-Dor, donde Saúl, disfrazado para que no lo reconocieran, fue a consultar a una pitonisa.

—La batalla iba a ser dura. Saúl lo sabía, lo preveía.

—Y tenía miedo.

Estaba nervioso, quería saber el resultado. Y un día antes de la misma se fue a consultar a la pitonisa.

—De nada sirvió. Perdió la vida en la batalla.

—Más allá, frente al que llaman Pequeño Hermón, en dirección norte, se sitúa el Tabor, el monte de la Transfiguración.

Veíamos a los taxis subir y bajar tomando las curvas con increíble pericia. Los peregrinos y turistas no tenían que aguardar mucho. Era apearse de los magníficos autobuses e ir ocupando los taxis. Por cierto, amplios y confortables.

Y al occidente, la montaña del Carmelo, donde aún resuena la voz recia de hombres tan importantes como los profetas Elías y Eliseo. Cuántas páginas de historia viva nos estallaban en la retina. Yo, en mis trece, argumenté:

—La historia es una gran novela.

—Hijo, aquí estamos hablando de Historia viva, donde cada personaje o acontecimiento es real.

—¿Y la ficción?

—La ficción corresponde al símbolo, que es siempre tan real que, al igual que el puntero del ratón en el ordenador, nos lleva a pinchar la carpeta de la realidad.

Tenía razón. Los símbolos son lenguaje; lenguaje llano que nos ayuda a llegar hasta el límite de la mente donde el

ser humano encuentra que el silencio es el lenguaje por excelencia.

—Que a veces se traduce en forma de melodía, o de un poema.

—Para dar rienda suelta a los sentimientos que anidan en el corazón.

El Abuelo añadió:

—En el corazón hay siempre lenguaje y aleteo de ángeles.

—Abuelo, los ángeles son metáfora de Dios.

—Y de nosotros mismos. Ellos, como en parte nosotros, también son espíritu.

Me hizo reflexionar. ¿No es la mente el más sutil y afortunado espíritu que, anclado en el tiempo, lo trasciende todo para convertirse, como los ángeles, en mensajero de sueños imposibles?

—Tienes razón, Abuelo, donde no hay espíritu no hay nada.

—Hijo, es el espíritu quien sublima la materia y la eterniza.

Nuestra discusión volaba libre. Atardecía y estábamos llegando a Nazaret. El Abuelo insistió:

—¿No es la Libertad un Sueño? Los sueños son la sublimación de la libertad. Sin libertad es imposible soñar.

—Dios fue un soñador.

—Fue el primer soñador. Y eternamente lo será. Dios nos soñó desde su libertad.

—Y en su libertad, nos creó para la libertad.

—La libertad deja entrever el espacio, el tiempo, y la eternidad.

Llegamos a Nazareth a bordo de un confortable autobús, de ensamblaje español. Nuestro universo mundo era inmenso y limpio. Un jardín con sabor a infancia, donde había ríos.

—Muchos ríos, Abuelo.

Y mares.

—Muchos mares.

Y árboles.

—Muchos árboles.

En forma de muletilla iba yo repitiendo lo que el Abuelo decía. Se debía sin duda a la emoción que llenaba todo mi ser al entrar en la bíblica ciudad. Añadió:

—Y de frutos en sazón; y mundos a granel; y selvas, y desiertos. Pero, curiosamente: el árbol mejor el de la libertad.

Alguien había tatuado en su corteza la palabra “prohibido”.

—¡Vaya por Dios!

—Hijo, la Libertad, kilómetro cero de nuestra andadura de hombres.

Libertad. Significaba el Camino del Bien y el Camino del Mal. Me quedé mirando, ensimismado, el entorno: pasado, presente y futuro. No podía abarcar el principio ni el fin. Simplemente, miraba, mientras mi mente dibujaba una sonrisa agradecida que se fundía con la sonrisa complacida con que Dios había creado el universo inabarcable.

—Hijo, estamos acariciados de eternidad.

—Así es.

—También de libertad.

—Cierto.

—Llevamos tatuada la Libertad en el corazón. Somos parte del tronco. El árbol se llama la Vida.

—Abuelo, la libertad presupone también dependencia.

—Sí, pero sólo del que en sí mismo es origen y sentido de la misma.

—Dios.

—Correcto.

Por los cielos de Nazaret un ángel cruzaba raudo, embajador y portador de buenas nuevas.

Entramos de puntillas en la basílica de la Anunciación, como no queriendo profanar la santidad de la incipiente noche. Bajamos hasta asomarnos a la cueva. Una reja nos impedía la entrada. Pero no la visión.

Una joven, de nombre María, sueña sueños imposibles, que pronto se harán realidad. Virginal juventud en sazón. Acaba de regresar de la fuente; la misma que, con el tiempo, llevará su nombre. Ha depositado el cántaro en un rincón de la apacible cueva que mantiene la misma temperatura ambiente durante todo el año. Huele a limpio. Sus padres se han acostado ya en una de las estancias de la amplia cueva. Ella se ha puesto a rezar; que también rezar es soñar. Ilumina la estancia un candil que esparce su luz parpadeante con resplandor centrífugo, pero generoso.

—Hermosa cueva, Abuelo.

—Sabrás que quien puede darse el lujo de poseer una cueva es afortunado. Evita el rigor del calor en verano y del frío en invierno. Y son más seguras que las casas de adobe.

—Se trata por consiguiente de una familia rica.

—Para el medio social de Nazaret puede decirse que sí.

—Tengo entendido que pertenecen a la estirpe de David.

De pronto, aunque apenas había entrado la noche, como si se hubiera anticipado el amanecer, una luz que iba creciendo en intensidad llenó toda la estancia. Me agarré con fuerza al Abuelo.

—No tengas miedo. Observa.

Una brisa tenue, como si hubiera habido un batir de alas de ángeles, nos dio en el rostro. Era tal la suavidad que embriagaba los sentidos. Nos pareció oír.

—Soy la esclava de mi Señor, cúmplase en mí su voluntad.

Los labios de la joven se movían delicadamente.

—Está rezando.

—Está soñando sueños de juventud en los designios de Dios.

La luz que había iluminado la estancia momentos antes comenzó a desaparecer. La brisa sutil se calmó. Todo quedó en silencio.

—He tenido un sueño, Abuelo.

El arcángel Gabriel sobrevolaba Nazaret.

—También yo he tenido ese sueño. Soñé que el arcángel decía: ¡Jaire, María! ¡Alégrate, María!

El tiempo se había detenido impostado de eternidad. En la Basílica de la Anunciación sonaba el toque del ángelus.

—Espléndida basílica, Abuelo.

Una reja impedía que los devotos siguieran arrancando y llevándose pequeñas piedras, como recuerdo.

—Me parece muy buena idea, de lo contrario pronto arrasarían con todo.

—Quien a punto estuvo de arrasarlo con todo fue Vespasiano, el año 66, que la destruyó cuando la rebelión de Bar-Kojvá. Fue en la época de los Cruzados cuando volvió a cobrar vida. A Tancredo, sobre todo, se debió la reconstrucción, tanto de la iglesia como de los monasterios de la ciudad. En 1187 fue conquistada por Saladino, y en 1263 destruida por Bibar, pasando a ser ciudad musulmana.

En la segunda década del siglo XVII comenzaron a instalarse familias cristianas. La magnífica basílica la construyeron los franciscanos entre 1960 y 1968. Con anterioridad, aquí estuvieron situadas una iglesia bizantina, y otra cruzada; como se vio en las excavaciones llevadas a cabo.

—Precisamente, entre los descubrimientos realizados está la base de una columna con la inscripción griega “Alégrate, María”.

Después de contemplar y admirar largamente la preciosa iglesia, obra del arquitecto italiano Muzio, salimos hacia la iglesia griega de San Gabriel, donde está la Fuente de la Virgen; y donde, según una tradición griego-ortodoxa, también hubo revuelo de ángeles.

—Abuelo, ¿quién es ese Niño que juega junto a la fuente?

—Es Jesús; y esa muchacha joven que está llenando de agua el cántaro es María, su Madre.

La misma a la que todas las generaciones llamarán bienaventurada.

A la hora del ángelus, en innumerables lenguas, los peregrinos todos, incluidos nosotros, saludaban a María recordando su sueño imposible:

—“Y el Verbo se hizo Hombre”.

—“Y acampó entre nosotros”.

Se ha hecho el Silencio. Es la Hora de Dios. El Silencio es Palabra reverberando gozo en el seno virginal de María.

Un aleteo de ángeles ha llenado de fragancia la cueva.

Hemos visto a José preparar ilusionado la cuna al niño. Sus labios repiten una y otra vez:

—¡Jesús! ¡Jesús!

Como si temiera que se le vaya a olvidar. Es el nombre que deberá imponer al niño.

En Nazareth, provincia de Galilea, comienza a amanecer. La luz radiante de esta mañana primaveral indica que una nueva Humanidad está ya en camino.

Tengo la seguridad de que en la Basílica de la Anunciación sentí llenarse de paz mi corazón, mientras en forma de brisa suave un aleteo de ángeles anunciaba que Dios mismo acababa de pasar.

TIBERIAS, JUNTO AL LAGO DEL ARPA

Partimos de Nazareth y nos detuvimos en Séforis. Había sido importante centro administrativo en la época de los Asmoneos. El Abuelo me tenía informado de que Flavio Josefo la menciona cuando habla de Alejandro Janneo, anterior en un siglo a Cristo.

—Fue importante, igualmente, cuando la dominación romana, pues Gabinio la escogió como sede de uno de los cinco consejos administrativos que estableció en Palestina, cuando era gobernador de Siria.

—Abuelo, también Herodes Antipas honró a Séforis, pues la hizo capital de Galilea y Perea. Y hasta fijó en ella su residencia.

—Y hubo en ella, además, muy buenas escuelas de teológica rabínica. Recuerda que hasta la muerte del gran Rabí Yehudá Hannassí, el compilador de la Mishná, fue sede del Sanedrín.

—Dicen que aquí nació Ana, la madre de la Virgen María.

—Es posible. De hecho, estas ruinas que estoy fotografiando pertenecen a la basílica que los Cruzados construyeron en su honor.

Luego de echar un vistazo a las ruinas, el Abuelo dijo:

—Si cierras los ojos, verás pasar por tu mente, como si se lo hubiéramos arrebatado al tiempo, el reportaje gráfico del ejército cruzado saliendo en ayuda de Tiberias sitiada por Saladino.

Como en un acto autómatas, realizado en el duermevela, cerré los ojos, tal como mi Abuelo me indicaba. Posiblemente por el cansancio acumulado quedé traspuesto, si es que ya no lo estaba suficientemente. Fue en esa primera fase del sueño, justo cuando uno ya no sabe si está dormido o despierto, y a medida que las ondas alfa van apareciendo para crear las más curiosas ensoñaciones en la imaginación, cuando por mi fantasía, comenzó a desfilar un contingente del ejército cruzado. Se dirigían a Tiberias, sitiada por Saladino. Grité:

—Abuelo, Séforis ha quedado desierta.

—¿Cómo va a quedar desierta! Será tu imaginación.

—No, Abuelo; mi imaginación no duerme. Te digo que los soldados se han marchado.

Una gran nube de polvo que quedaba flotando a media altura marcaba la ruta que conducía hasta el mítico lago de Genesaret.

—¿Se han ido?

—Se han ido.

—Mejor.

La imaginación no duerme; es la pantalla gigantesca de un ordenador universal donde se reflejan todos los sueños. Mientras hay sueños hay vida.

—Gran verdad. Mientras hay sueños hay vida. Echamos por tierra los sueños cuando los confundimos con el mito, y al mito lo convertimos en verdad. Grave error.

—¿Por qué?

—Porque de los mitos han surgido los fanatismos, que nos han invadido por siglos. Y las religiones, que nos han dividido, separado, destrozado, enemistado, y puesto en pie de guerra en tantas ocasiones. De los sueños, en cambio, han brotado las grandes verdades.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo: El Amor. La única gran verdad: el Amor.

Resultaba grato dialogar con el Abuelo.

—Ya te dije, el mayor soñador ha sido, es y será, Dios.

—Dios es la gran pasión universal.

—Y vive prisionero de esa gran pasión que Él mismo es: el Amor.

Pensaba yo que las religiones eran cosa de Dios.

—No hijo, no; Dios no ha creado las religiones. Tiene cosas más importantes que hacer. Las religiones las han inventado los hombres. En el fondo las religiones son el mecanismo permanentemente activado del miedo.

—¿Del miedo? ¿Por qué?

—El ser humano es tímido por naturaleza. Tiene miedo a lo desconocido. Tiene miedo, sobre todo, al enigma de la muerte; al más allá. Infatuado de soledad, busca a Dios. Pero lo busca por conveniencia; porque en el fondo tiene miedo.

—Yo pensé que lo buscaba por amor.

—Hay mucho egoísmo en el ser humano.

El Abuelo me indicó que resultaba enormemente esclarecedora la frase del evangelio:

—“No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros”.

Insistí:

—Abuelo, el miedo es también cobardía.

—Llámalo como quieras. El caso es que el hombre busca a Dios como protección contra sus miedos ancestrales. Le conviene tener a Dios por amigo.

—No es bueno tener enemigos.

—Claro; y para asegurarse su amistad, llega incluso a ofrecerle sacrificios humanos.

—Entiendo.

—Hasta que ese proceso de búsqueda termina convirtiéndose en religión.

Había lógica en la explicación del Abuelo. La religión es el hilo que une al ser humano con lo desconocido. Construido todo ese entramaje bajo el signo del miedo, el hombre termina por convertirle en esclavo de sus propios miedos.

—En todas las religiones el hombre se ha esforzado por buscar a Dios.

—Cierto. Pero el hombre no lo ha encontrado. En cambio Dios sí que ha encontrado al hombre. Y no desde una religión, sino desde una pasión: la infinita pasión del Amor.

Ahora entendía mejor la frase bíblica:

—¡Dios es Amor!

El ejército cruzado estaba ya muy lejos y se perdía en el horizonte. También Séforis iba desapareciendo, según corrían los siglos. De nada sirvió que Zahir el-Amr, gobernador de Galilea, la fortificara en el siglo XVIII. La guerra entre árabes e israelíes en 1948 la haría desaparecer.

Pregunté:

—¿Y los mitos? ¿Qué son los mitos, Abuelo?

—¡Ay, los mitos! Los mitos también son producto del hombre, cuando éste deja de soñar. Los mitos suelen terminar por convertirse en dogmas. A diferencia del sueño. El sueño es libre, creativo, desbordante. El mito es abrasivo, posesivo y esclavizante.

—Yo pensaba que los mitos también eran sueños.

—Tienen una línea tangencial. Ese es el problema. En el mejor de los casos, pueden llegar a ser portentosas metáforas, y hasta ahí vamos bien, por su parecido con los sueños; pero normalmente acaban, como te digo, en plataformas o pedestales sobre las que afianzan sus ideas fijas los grandes dictadores de la historia, que los ha habido, los hay y los habrá.

—O sea, que los mitos son los aledaños del sueño.

—Pero nos faltan soñadores.

Nos faltan soñadores. Me quedé rumiando la frase. Luego, continué preguntando:

—¿Y qué es un dictador?

—El polo opuesto a un soñador. El mundo camina y avanza gracias a los soñadores, no a los dictadores.

Guardamos silencio por ver qué estaba ocurriendo cerca del lago. Efectivamente, en Tiberias, Saladino esperaba a los cruzados. La distancia de los menos de treinta kilómetros que separan Séforis de Tiberias, se convertía, ahora, en distancia de siglos para nosotros. Un frondoso pinar había sustituido a la población fortificada. El Abuelo, me haló de un brazo.

—¡Hay fuego en los Cuernos de Hittín! ¡Los Cruzados han sido sitiados y están abrasándose bajo sus armaduras!

El lago mantenía su calma habitual; no se veían barcas de pescadores y el agua rizaba suavemente la orilla. Desde cualquier parte que uno mirara, el humo subía en holocausto desde los Cuernos de Hittín.

La estrategia de Saladino había sido perfecta. Rodeó con sus huestes a los Cruzados, mandó prender fuego a la maleza que, bajo el impulso del aire, ardió con celeridad, atrapando así a los cruzados que, entorpecidos por sus mismas armaduras, y abrasados por el fuego y la sed, sucumbieron irremisiblemente.

—¡Qué horrible pesadilla, Abuelo!

—Hijo, no es una pesadilla; lo que acabas de ver retrospectivamente en tu mente es realidad.

Era el año, infortunado año, de 1187. Había sido el fin del reino Latino de Oriente.

Ajenos a nuestras personales perspectivas de los acontecimientos, un pequeño grupo de turistas disparaba sus cámaras fotográficas sobre los restos de lo que fue la iglesia cruzada de Séforis. El Abuelo y yo, desde lo alto de la colina, contemplamos el paisaje hermoso que se nos ofrecía por los cuatro puntos cardinales.

—Ahí, hacia el este, está el paso que lleva a Tiberias por Kfar Kanna.

El Abuelo había manifestado el deseo de que nos detuviéramos en Caná. Así lo hicimos. Caná ha quedado perpetuada en la memoria y en el tiempo por el célebre milagro de Jesús, cuando en una boda, convirtió el agua en vino. Estaba la fiesta en su apogeo. Las danzas rituales se sucedían. Los novios habían iniciado el baile nupcial bajo la gran tienda que los beduinos habían instalado en el espacioso patio de la casa. Casi nadie notó que el vino comenzaba a escasear; y casi nadie supo tampoco que el vino que ahora alegraba la fiesta y contagiaba alegría era el vino nuevo sacado del agua cotidiana y, milagrosamente añejado, se convertía, a partir de ahora, en el signo de la fiesta, la alegría y el Amor.

Entramos en la iglesia franciscana, donde los distintos grupos de peregrinos renovaban jubilosos sus compromisos matrimoniales. Luego, al salir, la gente visitaba las distintas tiendas para comprar recuerdos de su histórico viaje, sin faltar alguna botella de vino, memorial del milagro de Jesús.

Proseguimos la marcha hasta llegar, por fin, a las inmediaciones del lago de Genesaret. Nos detuvimos a pocos kilómetros del cruce Golani, donde la carretera va bordeando la ladera sur del lago. El Abuelo advirtió:

—Estamos en los Cuernos de Hittín, ¿recuerdas? Por eso nos hemos detenido.

—Cómo no recordar, mi Abuelo, aquel 4 de julio de 1187, en este mismo lugar...

Fue en ese mismo lugar donde las flamantes Órdenes Militares, Hospitalaria y del Temple, comandadas por el veleidoso rey Guido, sufrieron la mayor y más humillante derrota de su historia; donde el orgullo del temerario Reinaldo de Châtillon, o las apresuradas ansias vengativas de Gerardo, gran maestro del Temple, se estrellaron bajo la mejor y más estudiada estrategia militar de Saladino.

—¡Cómo no recordar...!

—Aquí acabó el reino latino de Jerusalén.

—Aquí se forzó la capitulación de la Ciudad Santa, tres meses después.

—Aquí...

—No sigas.

El almanaque cristiano marcaba: 2 de octubre. Saladino entraba en Jerusalén, radiante y vencedor. En el almanaque musulmán se cumplía un aniversario más de otro sueño: en hermoso caballo alazán, con denominación de origen árabe, el Profeta era halado a los cielos desde la mezquita de la Roca.

La panorámica que se nos ofrecía era fantástica. A lo lejos y al fondo del lago, el monte Hermón, con sus aproximados 2.700 metros de altitud y sus cimas nevadas. A nuestra izquierda el valle de Arbel; al norte, escorada a la izquierda, la ciudad de Zafed. Y en la hondonada, el lago; donde, suavemente, bajando, bajando, hemos llegado.

—Mítico lago, Abuelo.

—Soñador lago, hijo. Evocador, único. Apto sólo para soñadores.

—Y donde Jesús de Nazaret, el mayor de todos los soñadores, comenzó a fraguar el mejor de todos sus sueños: la Nueva Humanidad.

La paz que el bíblico lago transmite es única.

—Con razón se conoce también como el lago Kinneret. Es música de ángeles la que las pequeñas olas arrancan en esta arpa de vibraciones transcendentales.

—Así es. Qué buena ocurrencia tuvieron para llamarlo Kinneret, arpa.

—Nunca un lago tan profundo fue capaz de elevar tan alto los pensamientos.

—Nunca un lago como éste fue escenario y testigo de tanto Amor.

—Nunca un lago como éste, llámese de Galilea, Tiberíades, Genesaret, o Kinneret, tuvo tan cerca a Dios.

Cerca de la orilla, donde aún no se construye Tiberias, próximas a las piedras batidas por el agua de la occidental ribera, se balancean las barcas. Sobre las olas, tan suaves, con embrujo de atardeceres y peces, se dibuja la silueta de un Hombre. Camina sobre la arena. Se detiene. Desde la orilla se dirige a los pescadores y les dice, con aplomo y cordialidad:

—“Echad las redes a la derecha”.

La pesca sobrepasó toda expectativa. Y a continuación:

—“Venid conmigo, os haré pescadores de hombres”.

Dejamos que las escenas más vívidas del lago llenaran nuestra alma con su embrujo. Pececitos dorados jugaban junto a la barca de Pedro. Un poco más arriba, en una de las suaves laderas, como suspendida en la quietud, se escuchaba:

—“Bienaventurados los pobres..., porque vuestro es el reino de los cielos”.

Casi sin querer, hemos regresado al presente. Desde el hotel, hay una vista sensacional del lago. Hace calor. Estamos a 200 metros por debajo del nivel del mar. Tiberias, la hermosa ciudad, que Cristo no conoció, fundada por Herodes Antipas en honor de su amigo el emperador romano Tiberio, simplemente, enamora.

—Aquí encontraron refugio los judíos expulsados de Jerusalén por Adriano.

—Aquí se compiló la Mishná, y se completó el Talmud.

—Aquí fueron sepultados, el famoso filósofo y médico Maimónides, el rabí Meir, el rabí Yojanán ben-Zakai, y muchísimos otros.

—Aquí...

Interrumpí:

—Abuelo, si seguimos enumerando, no acabaremos nunca.

Palacios, teatros, templos, las fuentes termales, el esplendor en suma, de una ciudad no bíblica, que fue y sigue siendo, bellísima, en medio de un lugar de belleza sin par. Tiberias, ciudad santa del judaísmo.

Ha entrado la noche. Los barcos se pasean por el lago con su algarabía de luces, cánticos y danzas al ritmo de los jóvenes.

Los peces y las gaviotas aprovechan la noche para trazar nuevos ritmos musicales sobre las cuerdas líquidas del arpa del lago.

KINNERET, LAGO DE ENCUENTROS

Sentados sobre una piedra, a la orilla del lago, hemos dejado vagar los ojos, primero sobre la superficie rizada del agua; luego, los hemos clavado en la metafísica profundidad del fondo.

No son los pececitos, los que nos interesan; ni las barcas, o lo que de ellas queda, varadas desde siglos en el olvido del fondo, hundidas por la precariedad de los elementos, y su deficiente y rudimentaria hechura. El lago guarda secretos.

—Hijo, el lago guarda vida, mucha vida. Escueta y hermosa verdad. Este es un lago de encuentros. Y la vida, como sabes, está hecha de encuentros.

—Abuelo, la vida se va acumulando en los anaqueles del tiempo.

—Dirás, más bien, en los compartimentos secretos y agradecidos del corazón.

El lago y sus orillas están cuajados, no sólo de vida. Son innumerables los vestigios arracimados en cada piedra, en cada gota de agua, a lo largo y ancho de sus riberas.

—Aquí todo es presencia. Evangelio vivo, extendido como la piel de un pergamino sobre la arena, para esculpir de vida nuestra propia vida y hacer que la misma sea humana y personal trascendencia, testimoniada y autobiografiada en la bitácora perenne del agua y en las riberas tranquilas de este lago que, a través de siglos y siglos, perennizan el paso del Maestro, Jesús de Nazaret. Sus palabras de vida, y sus encuentros imborrables con todo tipo de gente, aquí permanecen, sin duda.

—Me gusta este lago, Abuelo.

A este lago, unos denominan Tiberíades, otros Genesareth, y otros Kinneret, por su parecido morfológico con el arpa.

—Dicen que se formó a finales del Terciario.

—Eso es. Dicen que toda la depresión, que abarca el fértil valle del Jordán, y el Mar de la Sal, y que llega hasta Sudáfrica, se debe a un cataclismo, de tantos que se suceden en el cosmos, en los astros, y por consiguiente en la Tierra.

Cataclismos, terremotos, guerras... También el Maestro aludió alguna vez a estos fenómenos de la naturaleza, según unos; de la perversión humana otros.

—Pero el Maestro era hombre de paz. Calmaba las tempestades...

—Sí, hijo; las del lago, y las de las conciencias.

A mi recuerdo afloró el pozo de la samaritana por el que habíamos pasado días antes.

—Lo llaman también el pozo de Jacob.

Tiempo, desierto, historia y gente, se asoman a su brocal. Yo prefería llamarlo el pozo de la samaritana.

—Era muy guapa, Abuelo.

—¿La samaritana? Muy guapa.

Sueños, idilios y sed, se entrecruzan en esta mujer. Como si de un ramillete de flores se tratara, va y deposita, junto con el cántaro su corazón.

—El brocal de este histórico y emblemático pozo es lugar de encuentros por excelencia.

—Que Jesús inmortalizó.

En definitiva, es el pozo de todos los encuentros que convergen en la fe.

—Hijo, cada encuentro con Jesús de Nazaret termina en vida.

Me figuré a Jesús como un Peregrino. De hecho solía decir:

—Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida.

Anduvo los caminos todos de la vida; recorrió las sendas todas del Amor. Buscó, una a una, las ovejas perdidas del rebaño de la Vida.

—Y son tantas, hijo.

Como un peregrino más, sediento y necesitado del agua de la vida, también yo necesitaba asomarme a este pozo. De Jacob, o de la Samaritana, da igual. Es lugar de encuentro. Ese es su valor.

—Por eso mismo, hijo, yo lo llamaría el pozo de Jesús.

—Tienes toda la razón del mundo, Abuelo.

Pero no es cuestión de nombres; es cuestión de realidades. Y éste es un pozo lleno de luz, donde el agua no es el agua de nuestras diarias penurias. Agua y sed son, en definitiva, metáfora alzada en el tiempo. Indicador de resequeidad y desierto.

—Y flecha que apunta directamente al corazón.

—Es el corazón, ciertamente, el verdadero lugar de encuentro.

Así, el pozo resultaba ser el marco ideal para la mejor postal de Amor. Romántico, muy romántico el lugar. Y allí acudió la samaritana. Sus sueños, sin embargo, eran de corto alcance. Pero Jesús se le adelantó; acudió a la inesperada cita con anterioridad. Quería convertirla en soñadora de verdad.

—También nosotros hemos acudido, Abuelo.

Y nos hemos asomado en actitud silente al brocal, para hundir los ojos en la profundidad del agua y del tiempo. Para ver, más allá de los siglos, a Amós, el profeta de las estepas. Le hemos oído clamar:

—“Vendrán días en que mandará Dios a la tierra sed; pero no de agua, sino de oír la Palabra de Dios”.

Un escalofrío me subió por el alma.

—También a mí; pero no temas, hijo; su Palabra es de salvación.

Sigo mirando, y mis ojos adivinan a lo lejos, pero cada vez más cerca, a Juan el Bautista. Se aproxima a paso ligero. De pronto, ¡oh, Dios...!

—¡Abuelo, ese es Jesús!

—Llamado también el Hijo del Hombre.

—¿Y aquél?

—Nicodemo.

Nicodemo, otro buscador insaciable del agua de la vida. Está a punto de dar alcance al Rabí de Nazaret. Todos vienen derechos al pozo.

—Tendremos que hacerles sitio, Abuelo.

—No, hijo; nosotros hemos venido porque necesitamos también del pozo.

Los sedientos todos de la tierra iban llegando sin cesar. Ingente procesión. Allí, los justos del Apocalipsis, con palmas en las manos; todos ellos vestidos de blanco. Allí, los mártires de todas y cada una de las Bienaventuranzas. Allí...

—Allí, nosotros, Abuelo.

Aunque quise, no pude reprimir la exclamación que me salía espontánea:

—Nosotros somos gente de la calle.

—Calles de nuestra cotidianidad y de nuestros pecados. Y éste, un pozo de agua limpia, sacramental.

Pozo, brocal, gente, símbolo y realidad, encajaban perfectamente. Mientras seguía profundizando en el tiempo, sentí de pronto una sacudida.

—¡Cuidado, Abuelo!

Una grieta se ha abierto de golpe en el roquedal del desierto. De la roca ha comenzado a manar agua abundante. Va creciendo. Es ya un surtidor. Fuente y río a la vez. Moisés ha levantado el cayado. El agua es ya un torrente que galopa hacia el pozo.

—Abuelo, el cayado de Moisés tiene forma de cruz.

—Hijo, dichosos los ojos que vean sin ver.

Jesús de Nazaret está sentado en el brocal del pozo. Rostro sereno, sonrisa amistosa. Toda su persona rebosa paz. Un bochorno canicular se extiende por toda Samaria.

—Mujer, dame de beber.

La sorpresa de la mujer paraliza al mismo silencio. Y el silencio da paso a la palabra. El pozo es una metáfora inmortalizada en el tiempo. Este es el pozo de todas las evidencias.

—También de las tuyas y las mías.

—Aquí no queda pecado sin redención.

Jesús vuelve a repetir. Da la impresión de que la mujer no se ha enterado. La sorpresa la ha dejado paralizada.

—Mujer, dame de beber.

Por los cangilones del alma van subiendo a la superficie, uno a uno, todos los sentimientos. El cántaro de la samaritana sigue vacío. Otra agua, a impulsos de

eternidad, lo llenará en adelante. Y el brocal se llena de la luz diáfana que destella el agua nueva que salta hasta la vida eterna.

—Abuelo, estás traspuesto.

Me he sorbido, mar adentro de mi ser, todas las lágrimas del océano infinitamente agradecido de mi alma, y he vuelto mis ojos hacia el Divino Maestro para mirarle, con la mirada más limpia que presta el amanecer.

—Abuelo, el Maestro de Nazaret nos está mirando.

En sus ojos hay ternura; mucha ternura. Hay amor; mucho Amor. Gentes de toda raza, credo, lengua y nación, se arraciman junto a Jesús. El pozo se ha desbordado. Todos podemos saciar la sed. Es un pozo solidario.

Se ha levantado una brisa muy agradable. Desde el brocal se divisa un horizonte cuyo paisaje es de esperanza. Siguiendo el cauce del agua que ha brotado a raudales, volvemos a la orilla del lago.

—Hijo, el lago está profundo.

Muy otra era la profundidad donde mis ojos se habían hundido y la dimensión que mi mente abarcaba. No tenía nada que ver con los 210 metros por debajo del Mediterráneo en que se encuentra Kinneret, ni con sus 21 kms. de longitud norte-sur. Ni con la Historia o la Prehistoria; la Cultura o las Razas; ni con el Paleolítico,

inferior o superior. Ni con el Pleistoceno, Neolítico, o las Pléyades y Orión, si al caso viniere. No, nada de eso me interesaba en ese momento. A fin de cuentas, nunca faltará una estrella descubierta por un astrónomo figón de los espacios siderales, situada a miles de años luz de nosotros, empeñada en dar luz a otros planetas. Nunca faltará una Atapuerca de turno donde se nos diga dónde está el hombre más viejo de la humanidad. En todo caso, justo es decirlo ahora que es el momento, el Abuelo era anterior a todos los sorprendentes descubrimientos de yacimientos arqueológicos que los científicos nos iban revelando. Contemporáneo era, paisano y amigo, de nuestro padre Adán. Conste. Sólo que nunca se presentó a oposiciones en esto de la edad. Tenía suficiente con el Acantilado.

—Entonces, ¿qué miras?

—La evidencia.

Kinneret es el lago de la evidencia. Aquí se evidencia la fragilidad de la barca y sus redes. Aquí, la fragilidad de los Boanerges y los Zebedeos, con Pedro a la cabeza. Aquí, nuestras artes torcidas de pesca.

—A la derecha, Pedro, a la derecha hay que echar las redes.

Se oía la voz, agradable y potente, del Rabí de Nazaret. Subido a una barca hablaba a las multitudes. Alguien se acercó mucho a la orilla. Una moneda, inadvertida, se deslizó al agua, y un pez juguetón y travieso se la tragó, como si de un rico bocado se tratara.

—Abuelo, pareciera como si aquí el tiempo se hubiera detenido.

—Por el contrario, aquí todo se mueve. Observa.

Aquí, precisamente aquí, fue donde Jesús había llamado a sus primeros discípulos para ponerlos en camino, haciendo de este lago la metáfora universal de la itinerancia.

—Abuelo, ¿es lago o es mar?

Resultaba pueril mi pregunta. No obstante, contestó:

—Ni lago ni mar. Es evidencia. Pero si tanto te preocupa, te diré que es 46 veces mar, y 5 lago, a tenor de los evangelios.

Era evidente también que Jesús había hecho de este lago púlpito universal para lanzar al mundo su Evangelio de Vida. Evidente su compasión para con los más pobres y necesitados.

Como un susurro suave en la cadencia de su dialecto arameo, sus palabras van cayendo en el corazón de las gentes que escuchan entusiasmadas y compungidas, mientras las pequeñas olas van rizando la superficie del agua.

—¡Qué a gusto se está aquí, a la orilla!

Se estaba haciendo tarde; había rostros con síntoma de hambre. En esto, el Maestro, desde la distancia de la barca, dijo:

—Dad de comer a esta gente.

Un sobresalto sacudió a Felipe. Lo mismo al resto de los apóstoles. La respuesta fue seca:

—No tenemos.

Un silencio expectante fue saltando de ola en ola; las aguas del lago se encrespaban a medida que el viento aumentaba. Puede que la tempestad se desatara en breve. Un muchacho se adelantó ofreciendo su morral. En él llevaba cinco tortas de harina y dos peces salados. Visto y no visto. La voz autorizada del Maestro repitió:

—Que todo el mundo se siente. ¡Dadles de comer!

Todos comieron.

—Abuelo, han comido todos; y todavía ha sobrado.

Igual que una madre en el hogar, que al terminar de comer, quita los platos, y luego, recogiendo el mantel sacude las migas; así, Jesús. Sacudió las conciencias dormidas.

—Han llenado doce canastas con lo que ha sobrado, Abuelo.

En mi conciencia aletargada y burguesa continuaba aún el eco de aquella sacudida lanzada por el Maestro:

—Dadles vosotros de comer.

En ese momento, un chiquillo, vivaracho y encantador, vino corriendo. Se acercó a su padre.

—Que dice mamá que la abuela se ha puesto enferma.

Los más cercanos se echaron a reír, por la naturalidad del niño y su espontaneidad que rompía tensión al momento. Jesús aún siguió hablando. Y habló de peces, y de cizaña y de trigo.

La tempestad se anunciaba por el crecer de las olas. El horizonte se ponía oscuro. El viento se llevaba las palabras:

—“Venid conmigo, os haré pescadores de hombres”.

Cuando la tempestad amainó, tan de repente casi como había comenzado, sentí que el Maestro decía:

—“Quien tenga oídos para oír, que oiga”.

La gente se había dispersado ya. El Abuelo y yo permanecemos todavía un tiempo más sentados a la orilla del lago. Jesús se dirigió hacia Cafarnaum. A su lado caminaba Pedro, pensativo, visiblemente preocupado. Había puesto a su pequeño niño a horcajadas sobre el cuello.

—Debe haberle afectado la noticia de que su suegra está enferma.

De repente, Jesús se detiene, mira a Pedro y le dice:

—Hazme el favor, Pedro; acércate a la orilla. Agarra el pez que veas más cercano. Andamos atrasados con Hacienda.

—Hacienda no recauda peces, Maestro.

—Haz lo que te digo.

El pez se sintió aliviado cuando soltó la moneda que, incautamente, se había tragado.

—Haz la declaración a Hacienda, por ti y por mí.

En la casa de la suegra de Pedro, que es donde éste vivía con su mujer y sus hijos, había un ambiente de silencio. La abuela descansaba. El sudor frío evidenciaba una fiebre alta. Jesús penetró en la amplia estancia, como siempre, de buen humor.

—¿Qué pasa, abuela? Anda, anda; levántate, que va siendo hora de cenar y traemos hambre. Prepáranos unos peces.

La tarde caía. Al vaivén refrescante de las palmeras Pedro jugaba con su hijo. Cuando éste se cansaba de tirar de la barba a su padre se iba junto a Jesús. El niño disfrutaba, reía, y pedía:

—¡Más, más!, mientras Jesús lo lanzaba a lo alto.

Luego, cuando el niño se alejó un poco, añadió el Maestro:

—Nada, nada; que si no os hacéis como niños no vais a entrar en el reino de los cielos.

En cuanto Jesús se había marchado, también la gente se dispersó en todas direcciones. En sentido sur, un grupo de personas caminaba hacia Magdala, que queda, a su vez, en la punta sur de la llanura de Ginnosar. Me llamó la atención una mujer, en particular.

—¡Qué guapa es!

—De veras que sí. Muy guapa, hijo.

—¿Quién es?

—No lo sé; pero habiendo marchado con el grupo de Magdala, a buen seguro que es de allí.

—Me gustaría saber cómo se llama.

—Probablemente se llame María, es el nombre que más abunda por la zona.

El lugar era Magdala, la “Torre de Dios”. Había allí una floreciente industria de salazón.

—Magdala tiene una buena flota pesquera.

La gente no era belicosa. Pero el lugar estaba bien fortificado para defenderse de los ataques de delincuentes y saqueadores.

Años más tarde el historiador Josefo diría que fue ciudad importante. Efectivamente, las legiones romanas, comandadas por el general Vespasiano, la sitiaron y conquistaron el año 66 después de Cristo. El célebre peregrino Teodosio, del siglo sexto, cuenta que “allí nació María”. Y

el famoso monje Epifanio, del siglo noveno, llega a señalar, incluso, el lugar donde se encontraba la casa de María, más conocida como “María la Magdalena”.

—Según eso, ¿María Magdalena, es también una peregrina?

—Todos somos peregrinos. La verdadera peregrinación tiene por meta, siempre, un encuentro. De todos modos, nosotros vamos ahora a buscar alojamiento para esta noche antes que caiga la tarde.

Así lo hicimos. En verdad que el lago había resultado un lugar inolvidable de encuentro. Contemplantarlo, estar a su orilla, atravesarlo en barco, o recorrer los lugares donde Cristo estuvo, predicó, hizo milagros y proclamó su Evangelio de Vida, es vivir un presente de gracia que recorre la columna vertebral de la vida. Es sin duda el lago con más evangelio.

La voz del Rabí de Nazaret sigue resonando con fuerza.

—“Bienaventurados los limpios de corazón, los que trabajan por la paz...”

La vista del lago desde la colina de las Bienaventuranzas es idílica. Las suaves ondulaciones del terreno y un ambiente de fervor sereno lo envuelve todo. Le comenté al Abuelo:

—He tenido la sensación de estar viendo acampadas en torno al lago a las doce tribus de Israel.

—No te extrañe. Ya te he dicho que el lago es lugar de encuentro.

El recuerdo de María Magdalena nos empujó hacia el Kibbutz Ginnozar, fundado en 1937. Dedicado a la agricultura, mantiene también una buena hostelería. Alguien comentaba:

—En la orilla del lago perteneciente a este kibbutz se encontraron en 1985 los restos de dos barcas del siglo I antes de Cristo.

Le dije en voz baja al Abuelo:

—¿No serían las que abandonaron los apóstoles cuando Jesús les invitó a dejarlo todo y seguirle?

—Supongo que no. Recuerda que aún después de la Resurrección siguieron pescando en el lago.

Era muy de mañana. Amanecía con cierta pereza en el lago. En la orilla ardía una pequeña hoguera. Sobre las brasas, alguien asaba lentamente un pez cuyo olor aromatizaba sabrosamente el ambiente.

MIEDOS Y FANTASMAS DE PEDRO

Ha amanecido. Brilla el lago su quietud de agua que se mece suavemente, cuando el sol comienza a aparecer. Las gaviotas toman impulsos para sus vuelos recortados y cortos, como en ronda vigilante, sobre las barcas. Y el paisaje va surgiendo tras la playa escasa de arena. Más allá de las riberas, el desierto asoma su soledad de siglos en la quietud estival de la Galilea. Una vez más, Kinneret.

—Boker tov, Abuelo.

—Buenos días, hijo.

—Hermoso día, ¿eh?.

—Ya lo creo.

Tiberíades es ensoñación, rica soledad poblada de vida, encuentro, remanso, paz para el alma. Hay una conjunción carismática de todos estos componentes que podríamos llamar presencia, soledad, vida. Hay, sobre todo, paz en todo el entorno del lago, donde las barcas de los pescadores siguen meciéndose al ritmo del agua y los peces.

—Este lago tiene embrujo, tiene encanto.

—Es el marco ideal para un idilio de estrellas en flor asomadas cada noche desde lo alto del firmamento.

—Poético, Abuelo, poético tu comentario.

—Sí, pero te advierto que el embrujo puede también crear zozobra y miedo.

Una barca de pescadores se balanceaba lago adentro. Me imaginé ser la de Simón, al que el Maestro había puesto el apodo de “Piedra”.

—De piedra debió quedársele la cara tras una noche sin pescar nada.

—Ha estado remando al compás de la noche y la pesca ha sido nula.

Había que ganarse el pan de cada día; había que trabajar. Por eso continuó Pedro haciendo horas extras, trazando con sus remos surcos en el barbecho del agua.

Mientras Pedro sigue remando, en la orilla anda el Maestro, sumido en reflexión, oración y silencio. Toda su Persona es expresión conjuntada de paz, de perdón, de Amor. El Maestro tiene carisma.

—¿En qué estará pensando ahora el Rabí de Nazaret?

—A buen seguro que más que pensar, sueña. Ya te dije que el Maestro es un soñador.

En silencio, pensé en mi indigencia de hombre. Veía cómo cada persona que se acercaba al Maestro, lo hacía a impulsos de una esperanza.

—Hijo, la esperanza entra en los parámetros del sueño. Unos sueñan con su curación; otros, sueñan con llenar el vacío de su alma. Mira a María Magdalena. Es otra soñadora.

Yo me sentía indigente.

—Hijo, será que has dejado de soñar. Eso es grave. Guardé silencio. Pero hacia dentro de mí mismo, pensé:

—Todo peregrino es un indigente. Por consiguiente, un buscador. En consecuencia, un soñador.

Este pensamiento me tranquilizó. Las gaviotas revoloteaban en torno a las barcas de los pescadores. Viendo al Maestro, Jesús de Nazaret, que seguía desde la orilla el curioso ondular de las barcas, me dije:

—También el Maestro debe ser un indigente, por lo mismo que es un Soñador. Él sueña con nosotros, nos sueña a nosotros. Me sueña a mí desde su Amor infinito.

Pedro seguía sin decidirse por terminar la faena y arribar a la playa. Su barca estaba vacía. Su alma atribulada. Le merodeaban los miedos y los fantasmas. Sus miedos y sus fantasmas no diferían mucho de los míos. Quise comprometer al Abuelo.

—¿Tú tienes miedo, Abuelo?

—A veces. Los mortales estamos llenos de miedos y fantasmas.

Sobre la evocadora metáfora del lago, la silueta del Maestro iba acercándose poco a poco a la barca. Había amanecido en el lago. En el corazón de Pedro, sin embargo, seguía siendo noche cerrada. Se imaginó que estaban altas las estrellas; y profundo el lago, donde hundían la raíz sus miedos ancestrales.

—Universal barca la tuya, Pedro, pescador de Galilea.

Eso dije desde mi recóndito pensamiento. Estuve tentado de gritarle:

—¡Pedro, tu barca es mi barca!

Y las pequeñas olas que rizaban el agua, parecían repetir la frase:

—Universal barca la tuya, Pedro.

Aún añadí:

—Y de todos los navegantes que la vida cruzamos. Que también los navegantes son peregrinos.

En esta reflexión andaba cuando, de pronto, tan identificado me sentí con Pedro, que le grité desde la orilla:

—¡Pedro, no tengas miedo!

Era en realidad la manera más honrada que encontré de denunciar mis propios miedos. Grité para darle valor. En realidad, era dármelo a mí mismo. Añadí:

—¡Pedro, esta noche no hay fantasmas!

A esa hora el sol rielaba ya sobre el agua. Pero en mi corazón tampoco amanecía aún. Miedos, fantasmas, noche y día, agua y sol, lago o desierto, se entrecruzaban en el puzzle de mi vida. Por encima de todo quedaba siempre la realidad. Y la realidad estaba entreverada de esperanza y de ilusión.

—No hay que inventar ilusiones, hay que llenarse de claridades.

¿Quién lo decía? La brisa era tenue. Las barcas regresaban a tierra. Todo estaba en calma. Animado por el acompasado golpeteo de las pequeñas olas en la orilla, volví a gritar:

—¡Pedro, abre bien los ojos, no veas fantasmas entre el cansancio y el agua!

El lago estaba profundo. Pedro lo sabía.

—¡Pedro, llena tu vida de claridad!

Le gritaba a Pedro lo que necesitaba gritarme a mí mismo. La claridad iba acercándose poco a poco. El Maestro seguía caminando sobre el agua. Fue derecho a la barca de Pedro. Éste, al ver al Maestro, pegó un grito. Por la sorpresa, y por el miedo agazapado en su ser. Fue como un estampido que saltando los mojones del tiempo atravesara la eternidad. Fue, el grito mancomunado de todos los miedos del mundo. El Maestro le dijo:

—No tengas miedo, soy yo.

Pedro titubeó:

—Pues si eres tú, haz que también yo camine sobre el agua.

No sabía qué decía. O sí.

—¡Quién te lo impide! ¡Lánzate, pues!

Sonaba a reproche la voz del Rabí. No obstante, Pedro se lanzó al agua. Fue la inconsciencia. Fue el miedo. Todo, menos la fe. Y comenzó a caminar sobre el agua, sorprendiéndose a sí mismo. Pronto comenzó a sentir el cosquilleo de los peces jugueteando con las plantas desnudas de sus pies. Los mismos que habían evitado ser atrapados en las redes jugaban ahora, zalameros, con sus pies. Se acordó, de pronto, que el fondo del lago estaba hondo. Y el miedo, que no había dejado de taladrar el endeble tabique de su conciencia, afloró en él con toda su fuerza. Volvió a gritar.

Ahora, con humildad y confianza.

—¡Señor, que me ahogo, sálvame!

Y el que sería “Pescador de hombres” subió a la barca, ayudado por el mismo que un día le dirá:

— “Tú eres la Piedra sobre la que construiré mi Iglesia”.

Por fin, desde su indigencia manifiesta, iba a estar listo para la tarea que se le encomendaba.

Alguien comenzó a rodar escenas para una película cuyos episodios más dramáticos estaban aún por llegar.

—¡Qué poca fe! ¡Por qué has dudado!

La voz del Maestro le increpaba y echaba en cara su incredulidad, sus balbucientes y guturales gritos y miedos de hombre, al tiempo que le animaba a seguir remando en la barca. La barca era frágil.

—Porque es la barca donde se zarandean nuestras dudas.

—Porque es la barca de nuestras evidencias.

—Porque es la barca donde a veces, dormida nuestra fe, soñamos fantasmas cuando el Maestro no está.

El Maestro siempre está. Su voz resonaba sobre el agua mansa del lago que las pequeñas olas hacían saltar como un eco amigo.

—¡No tengáis miedo, soy Yo!

Han callado las estrellas su luz estival. Sobre el silencio y el miedo se ha encasquillado nuestra palabra de hombres. Y la misma mano amiga que nos ha subido a la barca marca ahora el rumbo a seguir.

—¡Pedro, rema mar adentro! ¡Sin miedo, que no hay ya fantasmas!

El Abuelo y yo seguimos nuestra peregrinación. Habíamos llegado a Tabga, donde la luz es cálida y luminosa. Pedro, en compañía de otros discípulos, descargaba la red, abundante ahora, de peces. Se veía tranquilo, animado, bromista. Hablaba y gesticulaba a la vez. Debía estar contando, al viejo estilo de los marineros, cuentos de mares lejanos, profundos y tenebrosos; imaginados, nunca vistos, y que la imaginación agrandaba; y cuyo héroe y protagonista, naturalmente, era él. Estaban todos embobados con lo que contaba. Decía, y casi gritaba:

—¡Daos prisa, daos prisa, que ya comienza a calentar el sol y hay que llevar pronto el pescado a la lonja!

Nos pusimos a descansar en el sombreado y hermoso jardín. Tabga es un remanso de paz, un delicioso jardín, en

verdad. Siete fuentes, siete; como siete sacramentos, donde el agua corre abundante, y donde el ambiente produce la sensación de haberse detenido el tiempo. Las fuentes brotaban generosas y abundantes.

—Abuelo, con razón el Maestro venía por aquí con tanta frecuencia.

—Cómo le gustaba jugar aquí con los niños.

En el ambiente flotaba aún una de sus proverbiales sentencias:

—“Si no os hacéis como niños no entraréis en el Reino de los Cielos”.

Un lugar éste, ciertamente, muy querido para él. Aquí narró sus mejores parábolas. Aquí pasó muchas noches en oración. Aquí eligió a sus apóstoles. Tabga, en definitiva, lugar para la ensoñación. Y para la oración, al estilo del Maestro. El Abuelo se había sumergido en una especie de arrobamiento. Lo volví a la realidad:

—Dijiste siete; yo sólo veo seis fuentes.

—Tienes razón. Te dije siete, porque estaba pensando en Egeria, la ilustre peregrina del siglo IV, que habla de la abundante hierba de este lugar. Y de las siete fuentes que regaban la llanura de Ginnosar. Esto lo añade Flavio Josefo.

Tabga, la Mesa del Señor. Aquí se hizo contradicho Jesús a sus discípulos después de la resurrección:

—“Muchachos, ¿tenéis pescado? Hale pues, vamos a almorzar”.

Así, con esta camaradería actuaba Jesús. Nosotros teníamos que seguir nuestra peregrinación. No podíamos quedarnos aquí todo el santo día. Este estratégico lugar para la predicación de Jesús, no lo fue menos para saciar el hambre del pueblo, ni para proclamar las Bienaventuranzas.

Me recordó el Abuelo que las fuentes servían también para regar los cultivos de la llanura de Ginnsar.

—Por cierto, mira; ésta es una de las torres redondas construidas con fuertes muros impermeables. Una sobre cada fuente. Desde aquí era conducida y distribuida el agua por los canales. Esta torre se llama de Hammam Ayyub.

—Curiosas construcciones hidráulicas.

—Han servido para el riego de los campos, y también para mover molinos.

Nos dirigimos luego, nada más pasar el Wadi Jamus, a la moderna iglesia de la multiplicación de los panes.

—Bella iglesia. Es moderna, pero la investigación arqueológica nos habla de que hubo otras más, ya desaparecidas.

—¿Y, eso?

—Ten en cuenta que la invasión persa del año 614 hará desaparecer el periodo bizantino; a lo que hay que añadir la ocupación árabe hacia el año 638. Aunque parece ser que en el siglo noveno se asentó aquí un grupo de monjes.

El monasterio es conocido por Heptapegón; fue el lugar donde se realizó la multiplicación de los panes y los peces.

—¿Y esta iglesia?

—Esta se consagró en 1982, sobre los cimientos de la que hubo en el siglo V.

Nuestra intemporalidad nos facilitaba el salto en el tiempo y los lugares.

—Por aquí pasaron ilustres peregrinos, como Egeria, Teodosio, o Arculfo.

Los autobuses quedaban aparcados junto a la carretera. Los turistas fluían incesantes. Algunos bajaban hasta la orilla, colocándose sobre las piedras. Se descalzaban y metían los pies en el agua en gesto casi ritual. La estampa evangélica que nos envolvía había quedado petrificada en el tiempo. Evocación.

Estábamos contemplando una construcción moderna. Las constantes convulsiones de religiones e intereses del momento, traen destrucciones, ruinas. Sobre las ruinas de ayer se alzan las construcciones de hoy. Y sobre las ruinas de hoy se alzarán las construcciones de mañana.

—Hijo, no te preocupes; por encima de lo contingente queda siempre la realidad.

—La realidad es que el Maestro estuvo aquí.

Mi pensamiento se volvió nuevamente al lago y a la noche en que Pedro fue zarandeado por el miedo. Noche en la que tuvo que sacudir sus fantasmas, y comprendió que la barca necesita un timonel. Me caía bien Pedro. Tuvo la suficiente humildad como para pedir ayuda. Me sentí solidario con él. Acompañaba siempre al Maestro. Fue testigo del milagro más solidario: la multiplicación de los panes.

—Ese milagro no lo realizó Cristo.

—¿No? ¿Quién, pues?

—Hijo, lo realizó el muchacho aquel que fue capaz de desprenderse de lo poco que tenía en bien de los demás, y ponerlo al servicio de la comunidad. Cristo era un taumaturgo, no un milagrero. No montaba numeritos de feria para la galería. Quería un corazón de carne para poder “adorar a Dios en espíritu y verdad”.

Comprendí lo que el Abuelo insinuaba. Los milagros los deja para nosotros. Nosotros, no él, estamos obligados a cambiar el mundo. Nos ha puesto en la pista:

—“Amaos unos a otros, como yo os he amado”.

Contesté al Abuelo:

—Qué razón tienes, el milagro lo hizo el muchacho.

Cristo se había limitado a ser el Maestro, nunca mejor dicho; por consiguiente, lo que hizo fue señalar las pistas que llevaban a la meta. Añadí:

—Si hoy tuviéramos un mínimo al menos de solidaridad, el mundo sería distinto.

—Se acabaría el hambre de la humanidad en menos que canta un gallo.

Era la voz universal de mi conciencia que no me dejaba ni de día ni de noche y que me traía a la memoria, constantemente, las palabras del Maestro:

—Dadles vosotros de comer.

Según entrábamos en el monasterio añadí todavía, como en un susurro:

—A Dios hay que dejar sólo los imposibles; los posibles nos corresponden a nosotros.

A la izquierda, según se entra a la plaza, vimos un baptisterio monolítico con piscina bautismal cruciforme y escalones de bajada. Pertenece al siglo V. La iglesia, de bonita construcción moderna, tiene tres naves con transepto, y ábside en la nave central. El Abuelo me sugirió:

—No te pierdas los mosaicos del pavimento. Reproducen la flora y fauna del Valle del Nilo.

—Mira, una flor de loto.

—Y esa torre, una alusión directa a las torres del agua de Tabga.

Me acerqué reverentemente a besar la roca de debajo del altar, sobre la cual, según la tradición, Jesús realizó el milagro. El canastillo de panes y peces en el pequeño mosaico del presbiterio delante del altar era la escueta y evocadora síntesis de que entonces como hoy hay gente necesitada del pan y de los peces, bajo el signo de la solidaridad.

BRINDIS POR LA VIDA

Habíamos observado a lo largo y ancho de nuestro particular peregrinar que todas las cuevas con que nos íbamos encontrando tenían, o habían tenido, un marcado protagonismo. Así, Zacarías e Isabel, los padres de Juan el Bautista, vivían en una cueva. María, la madre de Jesús, vivía en una cueva. Jesús había nacido en una cueva.

Cuevas y más cuevas. Distintas iglesias del periodo bizantino se han construido aprovechando las distintas cuevas formadas en la roca. Uno de los guías turísticos decía a su grupo:

—Las familias que vivían en cuevas eran afortunadas; porque la cueva mantiene una temperatura estable y confortable todo el año; este “lujo” sólo las familias económicamente solventes se lo podían permitir.

Sea, como fuere, el Abuelo y yo carecíamos de cueva. En cambio, teníamos el Acantilado, desde el cual arrancaba el hilo conductor que nos adentraba en el laberinto de nuestra propia búsqueda interior.

—Nosotros nacimos para ser Peregrinos.

—¡También los turistas peregrinan!

Traté de captar hacia dónde apuntaba el Abuelo. Le dije:

—Por poner un ejemplo. Hay mucha gente que hace el Camino de Santiago. Son peregrinos, ¿no?

—Hijo, antes de descubrirse la supuesta tumba del apóstol, ya había gente que hacía ese camino. Peregrinaba hacia el “Finisterrae”, “El fin de la tierra”. Más allá, no había más. Sólo el mar, y el abismo infinito. Después..., la nada. El misterio.

El misterio. Siempre el misterio. Intriga el misterio. Tras las palabras del Abuelo el misterio permanecía en pie. Pensé:

—Cuántos enigmas subyacen siempre en el corazón que la ciencia, o uno mismo, no es capaz de resolver.

Él insistió:

—Está y permanece la fe. Cada quien peregrina, o hace el camino, hacia dentro de sí mismo.

Lo expresaba con claridad. Comenzaba yo a entender hacia dónde quería llevarme. Resulta que el hombre, no solamente siempre había peregrinado, sino que era por naturaleza un peregrino, con independencia del sentido religioso que a esta palabra se le quiera dar. El Ser huma-

no necesita encontrarse consigo mismo. En consecuencia, el hombre ha sido siempre un peregrino. Añadió intencionadamente:

—Venir a Tierra Santa, es viajar hacia dentro de uno mismo.

Luego guardó silencio. Yo también. Grabé en mi mente la frase:

—“Viajar hacia dentro de uno mismo”.

Pensé:

—La Tierra Santa es un poco la tierra de todos. De Abraham, Isaac y Jacob. Peregrinos ellos, peregrinos nosotros. Es la tierra del Rabí de Nazaret. Y es la tierra de los Nómadas de todos los tiempos.

Peregrinos a perpetuidad, buscadores de raíces hondas, aunque parezca mentira, habíamos partido de esta simple y escueta verdad que el salmo 50 señala con dramático realismo:

—“Pecador me concibió mi madre”.

Era enlazar, una vez más, nuestra posición en el tiempo y en el espacio, con la mañana creacional. El Hombre inauguraba Libertad. Algo falló. Y el Hombre se estrelló contra la Libertad. Fue su ruina. Tuvo que echarse al hombro su

indigencia. Salió de sí mismo y comenzó a andar. Pasos perdidos. Senderos inexplorados. Tarea inacabada:

- Peregrinos a perpetuidad.
- Pecadores a perpetuidad.

Traté de evadirme de la cruda realidad quitando dramatismo a la evidencia:

- Abuelo, unos peregrinan a las más altas montañas del Tibet; otros a la Piedra Negra de la Meca. Y nosotros a una Tierra que mana leche y miel. Contestó:
- Hijo, las montañas se escalan. Simplemente.

¿Quién podía poner objeción a algo que estaba más claro que el agua, cuando el agua está clara? Era justo hacer la aclaración. De todos modos, pedí disculpas al Abuelo.

Y mientras seguíamos enfrascados en estos pensamientos, enfrente teníamos otra cueva. Saliendo hacia Cafarnaum, desde el lugar de la multiplicación de los panes, en un pequeño promontorio encima de la carretera existen las ruinas de una iglesia; es de una sola nave con ábside. Pues bien, la pequeña sacristía está totalmente excavada en la roca.

—Hijo, Egeria, la famosa peregrina española, es quien recuerda que aquí hay una cueva, y que “subiendo la cual, pronunció el Señor las Bienaventuranzas”.

¿Sería dicha cueva la misma que descubrió Bagatti en las excavaciones de 1935? Difícil saberlo. Por esta zona hay varias cuevas. Difícil también saber el lugar exacto de las Bienaventuranzas. Nos traía sin cuidado.

Habíamos subido los dos kilómetros que separan un lugar de otro, a una altura de unos 200 metros sobre el lago. Allí está emplazada la iglesia octogonal, recordando las ocho Bienaventuranzas, extraño número sin duda, rematada con una cúpula, y rodeada por una galería con arcos, obra de Barluzzi.

- ¿Fue aquí donde Jesús predicó el Sermón del Monte?
- Probablemente, no. Monte, no es en razón de la altura, sino en contraposición al lago. Y aunque la vista es encantadora, hay que suponer que la gente prefería la orilla del lago.

Sea como fuere, lo importante es que aquí había otro signo patente del peregrinar hacia dentro. Ladera abajo, sentíamos descender, como la lava del Etna en Sicilia, una a una las inmortales sentencias de Cristo.

—¡Bienaventurados los pobres...!

El Abuelo había dicho:

—Como la lava del Etna, que lo arrasa todo, que lo quema todo.

—Sí, hijo, las Bienaventuranzas también queman.

No había duda; iba directo a la conciencia. Quizá por desviar un poco el tema, dije:

—Pues a mí me resultan nueve las Bienaventuranzas.

Fui enumerándolas:

—Los pobres, los mansos, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que trabajan por la paz, los perseguidos por causa de la justicia.

—Ocho.

—No, porque añade: “Y bienaventurados seréis vosotros cuando os injurien...”. Nueve.

El Abuelo respondió con gracia:

—La nueve es la cúpula del octógono, cuya forma tiene esta iglesia, como ves. Por eso termina diciendo:

—“Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos”.

En distintos lugares del jardín, acomodado a este fin, grupos de peregrinos celebraban la eucaristía con sus respectivos sacerdotes. Como si fuera un nuevo Pentecostés había gentes y razas de todas partes. Me senté sobre una piedra, cerré los ojos. Las palmeras se cimbrecaban suavemente al ritmo de la agradable brisa. Al ver tanta gente, pensé.

—Hombres y mujeres de las calles de mi diario vivir, ¿quiénes sois?

Y una voz en mi interior musitaba suavemente:

—¡Un cristo!

—¿Un Cristo?

—No; un cristo. La vida está llena de cristos.

Tenía razón, pensé. Cristos anónimos, configurados a la imagen del Cristo universal.

—Con los que te encuentras a diario. Paisanos inseparables. Tienen rostro de varón, o mujer; los hay que son niños, jóvenes, adultos, ancianos.

El Abuelo intervino:

—El Hombre es un cristo. La Humanidad está hecha un cristo.

La prueba estaba a la vista. Israelíes y palestinos seguían desatando el terror en las calles. Calles que, quieran no, tienen que compartir. La réplica desproporcionada contra Afganistán por la caída de las emblemáticas, y ya para siempre enigmáticas, Torres Gemelas, aquel terrorífico 11 de septiembre, hacía que ninguna torre esté segura.

—Hijo, y donde no es la guerra es el sida. La Humanidad está enferma.

Traté de preguntar al Hombre universal que puebla la faz de la tierra.

—Dime, por favor; dime, ¿quién eres?

Mi conciencia estaba activa.

—Sí; porque a ti y a mí nos han dicho que somos habitantes de un extraño mundo, tan extraño, ¡ay, madre! que lo llaman de los civilizados.

—¿Civilizados, has dicho? ¿Qué más te han dicho?

Mis sueños me decían que tenemos siglos de existencia, que hemos nacido antes de la civilización, me da igual que sea griega o romana, quechua o azteca, oriental u occidental.

—Pues te han informado bien.

Alguien me había asegurado, y podría jurarlo por mi madre, que habíamos inventado el calendario antes, mucho antes, que los aztecas o los mayas.

—También es verdad. En la hora de Dios el hombre es eternidad.

¡En la hora de Dios el hombre es eternidad! Qué bien sonaban en mis oídos estas palabras. ¿Serían parte de la conciencia de mi ser? Tenía la voz quebrada y débil por la emoción. Había contemplado las lunas nuevas y las lunas llenas, todas, acampado por siglos al relente abismal de las estrellas.

—Pues deja que tu corazón exprese todo el dolor y la pena que en él anidan.

La pena era que habiendo nacido en el planeta azul, que llaman de los civilizados, nadie nos conocíamos.

—Porque no queréis. Habéis inventado la guerra y, encima, habláis de democracia. Y lo hacéis sin el menor pudor.

¿Podría contrarrestar con pruebas semejante afirmación? Las pruebas testificaban contra mí. Aduje con humildad de resignación:

—Es verdad. Hemos tratado de andar los surcos todos de la cultura y no hemos dejado por eso de ser europeos o americanos; fanáticos traficantes de la droga y del petróleo. El petróleo nos resultaba una de las modernas esclavitudes.

El jardín de la iglesia de las Bienaventuranzas tenía ahora menos aflorar de peregrinos. Desde el olivar y al fondo asomaba un trozo del lago. No tenía prisa. Quise seguir con mi reflexión. Cerré los ojos para ver con más claridad. Resulta que habíamos nacido antes que las estrellas o que el sol existiesen.

—Sí, para pastorear de luz la inteligencia, el cosmos, la ciencia, la vida. Deberíais ser los granjeros de la Osa Mayor y la Osa Menor. Pero habéis confundido la O con la U. Habéis escrito USA en vez de Osa. ¡Qué pena!

Mía era la pena. Los luceros se habían apagado. En muchos hogares se apagaba inexorablemente el poco rescaldo que aún quedaba. En cambio, a golpe de pirómanos salvajes ardían los bosques de diversas partes del mundo.

—Vivís del cuento.

Así de directo era mi interlocutor. Iba directo al corazón. Es verdad que vivimos del cuento y la apariencia, la mediocridad y la duda. No podemos disimularlo.

—Tenéis la vida remendada con parches de metafísica indigencia.

Recordé la frase del salmista:

—Pecador me concibió mi madre.

Habíamos construido la civilización y la banca, la burocracia y el paro, como un mal menor; y el trasto de la televisión. Y habíamos terminado haciendo de la vida una novela interminable de sueños incumplidos y mentiras programadas.

—Porque habéis implantado el silencio, en vez de la charla y el café de sobremesa. Os habéis refugiado en la soledad del internet.

Miré los olivos del jardín. Bajo sus ramas crecían deseos de paz. El mundo se me figuraba una granja de poetas,

donde las flores hacían estallar con libertad el lenguaje de su belleza en el rumor verde de los bosques. Los colores saltaban como pájaros alegres, de risco en risco y de valle en valle. La luz era diáfana y pura, como en el desierto. Rompí a llorar:

—¡Me gustaría seguir siendo un niño!

—¡Aún estás a tiempo.

Qué difícil resultaba ser un niño cuando no van quedando olivos para la paz; cuando los poetas se han ido.

—Te equivocas. Quedáis muchos los hombres y mujeres de buena voluntad, que son más de los que te imaginas.

También quedaba, por sobre todas las cosas, como flotando en el ambiente, el Sermón de las Bienaventuranzas, que el Maestro había proclamado en el mismo lugar donde me encontraba.

—Bienaventurados los que trabajan por la paz.

Me levanté de la piedra donde, además de reposar, meditar y reflexionar, las Bienaventuranzas adquirían la fuerza subyugadora de la más hermosa y radiante fraternidad. Exclamé radiante y liberado:

—Brindo por la sinceridad y la vida; brindo por la risa ingenua de los niños, y el candor de las flores; brindo por el paseo a media tarde entre los Olivos de la paz; brindo porque plantemos un lucero en lo alto de la noche que de

las estrellas colgar colgaremos para que alumbren el firmamento; brindo porque vuelvan los poetas; y brindo porque la esperanza alumbre por fin nuestras calles y se llenen de amor los corazones.

La brisa llevó mis palabras que quedaron esparcidas sobre la superficie serena del lago. El jardín de las Bienaventuranzas refulgía con los colores radiales y alegres de la tarde. Según nos íbamos, los Olivos que nos rodeaban parecían decir:

—¡Gracias!

UN LAGO PARA PINTAR LA NOCHE

Cafarnaum era un pueblo pequeño, siempre lo fue, situado entre el lago de Kinneret y la Vía Maris. Las investigaciones arqueológicas indican que ya existía en el siglo XIII a.C.; que su mayor esplendor tuvo lugar entre los siglos V y IX a.C., y que prácticamente desapareció en el siglo IX después de Cristo, durante el reinado de los Abasidas de Bagdad.

—Sin embargo, Cafarnaum es uno de los lugares que cobran más fuerza en el Evangelio.

—Naturalmente, porque Cristo hizo de él su segunda patria, sobre todo cuando abandonó prácticamente Nazaret y se lanzó a la proclamación directa del Evangelio.

Los limoneros, aguacatales y toronjuelos imprimen al conjunto una belleza tranquila, familiar; lo mismo que los Olivos, cereales y pequeños viñedos.

—La industria de la pesca también tuvo mucha importancia.

—Es lógico, el pueblo tenía que buscar su subsistencia.

Entre el pescado, el trigo, el vino, el aceite, y los medianos ingresos del pequeño comercio, aprovechando la Vía Maris, la vida resultaba apacible, dentro de un marco de sencillez.

—Sencillez. La misma que proclamaba y practicaba el Rabí de Nazaret.

—Abuelo, hoy la sencillez va desapareciendo.

—Porque los humanos hemos impreso un ritmo de vida tan frenético que nos estamos olvidando de vivir.

Mi mente voló dos mil años atrás. En este mismo sitio, donde admirábamos las arqueológicas piedras, el Maestro contemplaba y se fascinaba ante la realidad cotidiana de la vida. Jugaba con los niños, ayudaba a Pedro en la tarea de la pesca con la barca; observaba la cotidiana labor de amasar el pan. Hablaba con el lenguaje campechano y noble del pueblo a la gente. Fascinaba su cercana sencillez y cordialidad. En suma, le gustaba la vida bucólica del campo, las puestas de sol, tan cautivadoras por su colorido, en el ancho horizonte del desierto.

En ese momento tomó por los brazos a un niño chiquito y juguetero. Después de auparlo sobre sus hombros, exclamó:

—“Si no os volvéis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos”.

Los circunstantes observaban y escuchaban. Bajó al niño, lo mandó a jugar con los otros niños, y continuó hablando a los adultos. La esposa de Pedro, mientras tanto, ayudaba a su madre a preparar la masa para el pan. Jesús, sacando partido de algo tan sencillo y cotidiano, continuó:

—“El Reino de Dios es semejante a la levadura que tomó una mujer y la metió en tres medidas de harina, hasta que fermentó todo”.

Las dos mujeres se volvieron hacia Jesús, y sonrieron, poniendo cara de satisfacción. La esposa de Pedro terció, dirigiéndose a su marido:

—Simón, tendrás que moler más trigo, se me está terminando la harina, sólo me alcanza para mañana.

Al entrar la noche, se ha hecho el silencio en la aldea. La gente se ha retirado a descansar. Jesús se ha sentado en un banco de piedra, a tomar la fresca, a la puerta de la casa de la suegra de Simón, al que Jesús prefiere llamar Pedro. Las noches en estos parajes tienen el embrujo y la cadencia oriental de la Galilea. Hay un firmamento tachonado de estrellas. Jesús, las contempla fijamente. El Abuelo advierte:

—Mira, está rezando.

Había anunciado que él es el “Pan de Vida”. Pocos le entendieron. En su oración decía:

—“Gracias, Padre, por haber enseñado estas cosas a la gente sencilla”.

Cuando mi pensamiento regresó al presente, el Abuelo susurró:

—La población de Cafarnaum estaba compuesta por judíos auténticos y por judíos convertidos a la fuerza durante el periodo de la dinastía Asmonea. También por judeo-cristianos, a partir de la segunda mitad del siglo I. Los conocían como “la secta de los nazarenos”, y también “Minim” porque, efectivamente, los judíos los consideraban sectarios y además heréticos.

Pensé: dos palabras peligrosas. A cuánta gente la Inquisición mandó a la hoguera por lo mismo. Aquí eran suficientes para ir a la cruz o, en el mejor de los casos, recibir los cuarenta azotes menos uno.

—Parece que tampoco a san Jerónimo le simpatizaban mucho.

—¿Por qué?

—Refiriéndose a ellos, le dice a san Agustín en una carta que “al querer ser judíos y cristianos, no son ni judíos ni cristianos”.

—¡Vaya! Si es por eso, tampoco Cristo dejó de ser judío; y acudía al templo, y a la sinagoga. Llamaba al pan, pan; y al vino, vino. Y cuando hizo falta, se lió a golpes con los dirigentes del templo. ¿No te acuerdas, Abuelo, la que armó en Jerusalén aquel año por Pascua?

—¡Que si me acuerdo! Derribó las mesas de los que cambiaban moneda, tiró las jaulas de las palomas, y armado de un látigo expulsó del templo a vendedores y gente de mal vivir. Tal acción creó sorpresa y polémica. Mientras unos le pitaban, otros le aplaudían. Pero él no podía tolerar una religión encorsetada por la ley, donde faltaba vida. Había anunciado que llegaba la hora de adorar a Dios en espíritu y verdad.

Pronto el espléndido templo de Jerusalén iba a ser destruido. Igual que Juan Hircano había destruido el que los samaritanos construyeron en el Garizim, motivo de tanta rivalidad entre judíos y samaritanos. Pero no era cuestión de enfascarse en asuntos de discrepancias religiosas, así que decidimos continuar viendo las ruinas. Entramos en la sinagoga. En mudo pero elocuente lenguaje, aquellas ruinas indicaban la suntuosidad que tuvo.

—Aquí venía con frecuencia el Rabí de Nazaret a hablar a las gentes del lugar.

Los turistas, en grupos organizados, hacían el recorrido al igual que nosotros. Algunos sin enterarse apenas de nada, pendientes de sacar fotos. Luego, intercambiándose las cámaras, posaban repetidas veces. Distintos ángulos, distintas posiciones y la misma estereotipada sonrisa. Era el recuerdo para la posteridad. También nosotros quisimos tomarnos una.

—Aquí, a la entrada de la sinagoga, con las columnas como fondo.

Le dije a uno de los turistas, que parece que disfrutaba disparando las cámaras del resto del grupo.

—Do you speak English?

—No, pero es igual. ¿Qué quiere, que le saque una foto?

Me sorprendió su perfecto español. ¡Y yo que pensaba que sería japonés...!

—Sí; si me hace el favor...

—¡Faltaría más!

Ir y venir, era, para nosotros, como llenarse de esa abigarrada realidad vital que hay en toda la Tierra Santa, dejando que cada piedra, cada detalle, se adentraran en lo profundo de nuestros sentimientos. De repente, el Abuelo me dio un pequeño toque de atención. Uno de los guías alertaba la curiosidad del grupo, para que se fijaran en aquel original dibujo.

—Mira, es el arca de la Alianza, ¡sobre ruedas!

La novedad estaba en las ruedas. Resultaba curioso el detalle de las ruedas. También la estrella de David aparecía repetidas veces, representada en las piedras. El día iba cayendo suavemente.

—¿Por qué no nos quedamos a pasar la noche aquí?

—Es mejor que salgamos de este recinto.

La noche sirvió para dejar divagar la mente. Mi pensamiento se fue directo a Jesús, el Rabí de Nazaret. Este seguía sentado en el banco de piedra a la puerta de la casa donde Pedro que, a su vez, soñaba sueños imposibles de peces que no se dejaban atrapar por sus redes, pero que un día inmortalizarían su nombre. Efectivamente, los turistas pedían “el pez de Pedro” en los abarrotados restaurantes de las orillas del lago.

—Hijo, un día, en Roma, pedirán su cabeza.

Pobre Pedro. La cabeza se la respetaron, pero acabó en una cruz. Por ahora, Pedro dormía. El Rabí de Nazaret soñaba, despierto, a la luz de las estrellas. Cuántas cosas pasaban, sin duda, por su mente. Más acá de las estrellas, desde aquel día que en Belén apareció aquella estrella guiadora, una nueva Humanidad se estaba gestando. Sueño de estrellas. Estrellas de paz para la Humanidad soñaba el Maestro. Le dije.

—Rabí, déjame pintar la noche, plena de sueños y estrellas, con el azul de tus pasos; déjame que grave en el cielo un corazón grande, muy grande, universal; tan grande y desnudo, como el tuyo; que huela a libertad, a viento y lluvia, a madreSelva, a manzana, y a tierra recién mojada.

Se volvió hacia mí. Me miró con infinita ternura. Las suaves olas que acariciaban la orilla ponían ritmo a mis sentimientos. Insistí.

—Rabí, déjame pintar la noche, más acá de las estrellas, las mismas que tú has creado y llenado de luz, con los colores del alba, que quiero bordar de esperanza la ternura de los niños, y acariciar de inocencia las entrañas de sus padres.

La calma era total. Los pececitos trazaban, sin duda, surcos invisibles bajo el agua, donde quedaban sembrados en lenguaje cifrado los signos indelebles del Amor. Me pareció ver que el Maestro alzaba una mano en gesto de bendición, como cuando bendijo los panes y los peces. También ahora seguía bendiciendo. En gesto sereno trazó una cruz infinita. Era una bendición que no tenía final. Un gesto de amnistía y perdón universal. Las estrellas parpadearon. Su luz irisó en mis mejillas donde una lágrima delató mi emoción. El Abuelo dijo:

—He visto llorar a una estrella.

—Es que, la noche es tan bella...

Sí, el cielo era un pedregal de estrellas a borbotón, un manantial reverberante e incesante de luz. Una fantástica noche estival. El cielo y la tierra estaban de fiesta. En cada estrella que asomaba en lo alto del firmamento yo veía una sonrisa conjuntada para hacer, si posible fuera, más cósmica aún la fiesta universal de una paz en plenitud. El Maestro seguía sonriéndome. En él todo era luz, todo era Amor. Insistí:

—Rabí, déjame pintar la noche con los celajes que guardan la sonrisa de la luna y el latir de los luceros. Que quiero sembrar de claridades el corazón de los hombres, de las mujeres y de los niños; también de los ancianos y de los jóvenes.

Por tres veces, ¡tres!, se lo había dicho. Volvió a mirarme; sonrió. A continuación me preguntó:

—¿Y qué color le pondrás?

Lleno de gozo por la pregunta que me hacía, le respondí alegremente y con prontitud:

—Le pondré el color de la Vida, con el mismo color de la Vida. También pintaré la Esperanza.

Me acarició la frente. No dijo nada. Le gustó mi elección.

—Entonces, colgaré la noche rebotante de Vida de las estrellas, y de los árboles... Todos la verán.

El Rabí de Nazaret había desaparecido.

—¡Maestro...! ¡Maestro...!

Debía estar cerca el amanecer, pues había relente. Noté algo de tristeza. Tampoco había estrellas en el firmamento. Y las riberas del lago carecían de árboles. Era como si de

pronto el desierto se pusiera en pie sobre un veloz corcel y comenzara a galopar. El corcel se acercaba al lago. Sentí miedo. Y me eché a llorar, amargamente. Humilde, imploré:

—Déjame, Dios mío, asomarme esta noche al pretil viejo del tiempo, que quiero decirte mis cuitas, pedirte perdón igual que Pedro, en la forma llana de una plegaria.

Me sentía abatido.

—Sí, una plegaria candorosa que hunda, igual que el Árbol frondoso de la Vida, sus raíces en el desierto, la estepa, o el huerto.

Un huerto había sido el lugar de la traición. Y un jardín el de la Resurrección. Quería que mi huerto fuera:

—El huerto del Sueño, de la ilusión, de la fantasía. ¡De la Vida!

—¿Estás delirando?

—No, mi Dios, no deliro. Ocurre que, aún tengo el sabor de tu Palabra en mi boca. Hombre me sé, aunque soy como un niño. Menos: aprendiz de niño apenas, que juega en las ramas umbrosas del árbol caduco de los años.

—¿No ibas a colgar la Esperanza de los árboles?

Estuve por decir que sí, pero comprendí que me faltó la inocencia. Que no tres, como Pedro, sino infinitas veces le había negado. Me envolvió la tristeza. Tenía el alma talarada de paisaje, pero no alcanzaba a atisbar la Luz.

—Te falta fe.

Recordé las palabras del Maestro:

—“Si tuvierais fe, aunque fuera tan pequeña como el grano de mostaza...”

La fe que a mí me faltaba la suplía él a fuerza de Amor. Le dije:

—¡Padre...! Con la misma ternura del barro recién horneado con que amasaste mi ser en el cuenco infinito de tus manos, las mismas que moldearon de Amor sabiamente las galaxias para vestir de relente el misterio de la noche fantástica del universo, deja que yo me asome ahora al pretil viejo del tiempo.

—Hace mucho que estás asomado. ¿Has olvidado, acaso, que eres un peregrino?

Sentí alegría de que me lo recordara.

—¡Gracias, Dios mío, gracias! Verdad es que soy un peregrino. Y tronco de Hombre también que hunde sus raíces en el misterio de la Vida.

Me sentía plantado en medio de la estepa y, aunque quisiera, no podía correr. O desconocía el camino.

—Hay un rumbo marcado para cada hombre; lo que pasa es que muchas veces os salís del camino.

Era verdad. Él me entendía porque conocía mi indigencia de hombre. Expresé:

—Yo quisiera correr, igual que un profeta. Quitarme las sandalias para ir más ligero; hasta el cayado tiraría, si preciso fuera. Me quedaría sin nada. Pero te seguiría.

Pedro se había tirado al agua, sin nada, cuando supo que era el Maestro. ¿Sería yo capaz de hacer lo mismo?

—Bueno, me quedaría tan sólo con mi voz para gritar al desierto tu Verdad.

Sin apenas darme cuenta, estaba pisando terreno peligroso: el terreno de la osadía, de las bravatas y las falsas promesas. Pero me veía envuelto en el palpitante aleteo de su mágica voz; la misma que había creado a retazos la luz, el cosmos, la vida. Y la savia de este viejo árbol por donde aún reverberaba la fe y la esperanza.

—Te falta la más importante: el Amor.

Sentí entonces que mis ojos se llenaban de luz; era la luz que ilumina por dentro. Con toda la humildad de que fui capaz, añadí.

—¡Rabí, tú lo sabes todo...! ¡Tú sabes que te amo! Déjame envolverme en la desnuda inmaterialidad de tu regazo. Quiero volver a ser el niño recién amanecido en tus brazos de Padre. Quiero pastorear de inocencia el rastrojo

de estrellas de tu firmamento infinito, donde pacen la Osa Mayor y la Osa Menor, al abrigo del silencio de los siglos.

El salmo decía:

—“Los cielos y el firmamento pregonan la gloria de Dios”.

De pronto, me sentí niño, muy niño. A punto de despertar, vi que en la casa de Pedro parpadeaba la luz de un candil. Era el primero de la aldea en levantarse para ir a la tarea diaria de las pesca. Yo estaba, contradictoriamente, muy cerca de él y muy lejos. Me miré de arriba a abajo. Me vi como el niño que yo era. Sin embargo, otras preocupaciones y ocupaciones afloraban a mi mente. Había quedado con Pedro en salir a pescar en el lago. Las redes se habían ensanchado, tanto que abarcaban el universo mundo. Recordaba:

—“Seréis pescadores de hombres”.

Y también:

—“Si no os hacéis como niños...”

Todo eso era Pedro: Pescador, Piedra, Red, Apóstol... Y un hombre con corazón de niño.

Me fijé en el hombre de la barca. Igual que hubiera hecho Pedro, el apóstol, lanzaba de vez en cuando peces a

las gaviotas que merodeaban la barca. Uno se deslizó de sus manos; raudo se deslizó hacia el fondo del lago trazando surcos luminosos en la irización del agua.

—El pez de Pedro.

A medida que me despabilaba, sentí el corazón henchido de paz. Tuve la sensación de haber pintado la noche sobre el lienzo, a la vez que pentagrama, del lago llamado del Arpa, Kinneret. Evocador y musical; donde los peces templan las cuerdas para que cada quien trate de poner, al menos, un acorde que ayude a componer la Sinfonía inacabada de la Esperanza.

JARDÍN DE RESURRECCIÓN

El Monte Carmelo nos ofrecía el sabor de la tierra en calma del verano. No sé por qué, pero me intrigaba preguntar al Abuelo si la Historia del Pueblo judío es la Historia de Dios.

—Desde luego que no. ¡Qué disparate, hijo! Dios es Presente Eterno. Como comprenderás, el presente no tiene historia.

—¿Y el Pueblo judío?

—Esa es otra historia. El Pueblo judío es, si quieres, una síntesis de la Historia del Hombre.

Siendo tan pequeño, resultaba ser un país universal. Paradigma y emblema.

—Fue el Pueblo escogido por Dios.

El Pueblo de Dios, en consecuencia, aunque pequeño en su estructura, simboliza y sintetiza, a todos los pueblos.

—Para que lo entiendas. Es como si el oleaje de un mar infinito convergiera en una playa cósmica; y el choque de las olas, lejos de borrar individualidades, acentuara las diferencias para potenciar las raíces universales.

El monte Hermón, y el Tabor, y el monte Sión..., en fin, sobre la Tierra Santa, la Tierra de Dios, se alzaban como una bendición prolongada en la quietud del paisaje.

Recordé a Abraham. Caminaba presuroso hacia el Moriah. Había preocupación en su conciencia. Se le exigía el sacrificio de su hijo Isaac. Era una ola, de tantas, en el mar embravecido de una tempestad incesante de sangre, que bañaba sin cesar la Tierra de Dios.

—La Tierra de Todos.

Acababan de avisar que en la explanada de las mezquitas quedaban tendidas las primeras víctimas de un sacrificio que, a diferencia del incruento de Isaac, resultaba inútil. Era el detonador de una preocupante espiral de violencia incontrolable. No hermanaban bien el oro del domo de la Roca con el blanco de las piedras de la Ciudad Santa. La voz del Maestro sonaba inconfundible.

—“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los mensajeros que Dios te envía! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus pollitos bajo las alas, y tú no has querido!”.

Sobre la ciudad de Acre, situada primero en la “Colina de las cerámicas”, siglo IX a.C., en territorio cananeo; y ahora en la punta norte de la bahía de Haifa, también comenzaba a apretar el sol.

Acre, se ha movido al compás de las olas de la política. Salomón se la había dado a Hirán, rey de Tiro. Resistió a los Asirios y a los Persas. Abre sus puertas, ventanas y celosías, a Carlomagno, para quedar bajo el dominio de los Tolomeos. Tolomeo I la destruye. Tolomeo II la reconstruye. Hasta tomar el nombre, lo mismo que una desposada, del marido: Tolemaida. Ciudad próspera, mediterránea, comercial y estratégica. Allí encontró la muerte Jonatán por la emboscada que le tendió Trifón, cuando la sublevación de los Macabeos.

—Abuelo, ¿quién es ése que está desembarcando?

—¿Ése? Por su porte y garbo, sin duda, Pablo. Dicen que viene a visitar a la comunidad cristiana de Tolemaida.

Muchos soles han amanecido sobre Acre. Desde la conquista árabe del 636 ha servido de puerto para Damasco. Con los Cruzados, pasa a ser puente entre Europa y el reino Latino de Oriente. Balduino I conquista la ciudad. Estamos en 1104.

—¿Y esa ingente flota de barcos?

—Los genoveses, que vienen en apoyo de Balduino.

No muchos años más tarde: 1187. Otro amanecer sangriento. El hombre que supo unificar el Islam, Saladino, se apodera de Acre. Cuatro años nada más, y entra en acción Ricardo Corazón de León, que la recupera. Le da el nombre de San Juan de Acre. Fueron los años más prósperos de toda su historia. Pero la prosperidad lleva fácilmente a la corrupción. Y la corrupción a las divisiones internas. Y la división a la ruina.

Estamos en 1291. Aún no se ha inventado el color del dinero, ni se pintan angelitos negros. El sultán Al-Ashraf Khalil, comandando un poderoso ejército mameluco, ha puesto cerco a la fortaleza. Ni Templarios, ni Hospitalarios, ni Caballeros Teutónicos juntos han podido resistir a las armas del Islam. Todos han sucumbido.

—¿Por quién doblan las campanas?

—No se escucha su sonido, han enmudecido.

Los cadáveres han quedado sembrados por el campo. Tras el fragor de la batalla se ha hecho el silencio.

De pronto, una fuerte explosión nos estremece. La ceranía donde nos encontramos del restaurante en el que se ha producido la terrible explosión nos hace retomar con urgencia la cruda actualidad. Salimos corriendo, impulsados por el instinto básico de supervivencia. El ulular de las ambulancias y el griterío infernal de la gente que corre alocada hacia no se sabe dónde, hiela la sangre. La sombra de Caín es muy larga.

¡Dios santo, qué nos está pasando! La Tierra Santa, la Tierra de todos, por más que nos duela, sigue siendo la más violenta. La Tierra de todas las religiones está lejos de ser Tierra de encuentro para la paz.

—Israelíes y palestinos no encuentran el camino de la paz.

—Si violento fue el pasado, violento es el presente.

Un pasado marcado por el peregrinar interminable a través de desiertos henchidos de desolación y de muerte. Un pasado ahíto de marginación, abuso y diáspora. Un pasado signado por la contingencia, saturado de indefinición y violencia.

—¿Cuándo llegará la paz?

—Hijo, cuando la Tierra de Dios, sea la Tierra de Todos.

Afirmación que, por evidente, no admitía réplica, pero cuyo cumplimiento no estaba claro. Yo veía el Jordán ponerse en pie, detener sus aguas y, una vez más, dejar paso libre a todos los hombres y mujeres del mundo para converger, en una peregrinación universal, en la Tierra de Todos, la Tierra de Promisión.

La Tierra de Todos, de pronto, se transformaba en una Madre, cariñosa y buena, doliente y generosa, que nos tendía la mano a todos, atrayéndonos a su regazo. Lloraba. Era como querer recoger las lágrimas de todos los peregrinos y unir las a las suyas. Las lágrimas se convertían en

olas que llegaban, saltando a través de los siglos por el mar embravecido de las razas hasta la playa universal de la más necesaria fraternidad.

Los peregrinos seguían bautizándose en las aguas escasas del Jordán. Pero Caín continuaba sin reconciliarse con Abel. No obstante, el Jordán seguía en pie, ofreciendo los guijarros de su cauce para que cada raza, tribu y nación, recogiera aunque sólo fuera uno; y entre todos comenzar a construir la civilización del Amor.

—Hijo, debes recoger dos piedras, una por ti y otra por mí.

Yo buscaba la paz. No había paz. Quise llorar, de impotencia y rabia, y no pude. Hasta las lágrimas me abandonaban. En la franja de Gaza seguían los enfrentamientos. Corría abundante la sangre. La película de Mel Gibson se quedaba corta. No era la sangre de uno, era la sangre de muchos.

El Abuelo se estremeció. El Maestro sudaba sangre por todos los poros de su cuerpo. Getsemaní era un nuevo Jordán desbordado en sangre. A los pies del doble madero que formaba una cruz las lágrimas ardientes de María Magdalena eran un canto a la vida y al Amor.

—Son lágrimas de esperanza.

—Son lágrimas de Amor. Ella cree en la resurrección.

En la cima del Calvario, un cuerpo joven, en plenitud de vida y juventud, era sacrificado en el altar único y supremo de todas las injusticias. Bajo la cruz, en las profundidades del sheol, la tierra se abría; los cuerpos resucitaban. Adán recobraba nueva vida. Una Era nueva comenzaba a germinar.

Fue entonces. Lo sentimos como un trallazo. La tierra tembló. La gente comenzó a huir despavorida. Las calles de Jerusalén se llenaron de gritos lacerantes, impotentes. Las tumbas se abrieron. Hasta el velo del templo se rasgó, impudicamente, con saña, igual que una virginidad desgarrada, violentada.

—“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”.

A los pies de la cruz, de la que pendía exánime el cuerpo alabastrado del Divino Maestro, su Madre lloraba en silencio, sorbiéndose las lágrimas hacia dentro del alma dolorida. Lo mismo hacían las demás mujeres y el discípulo Juan.

—Vámonos, Abuelo.

—¿A dónde?

—A velar la Tumba del Nazareno, junto a los Olivos de la Paz.

Con el relente del alba y entre perfume de nardos, muy temprano, domingo por la mañana, vimos a la Magdalena ir con prisa en el alma al encuentro del Amado, al encuentro de la Vida.

—Plantemos un ramo de Olivo verde en el jardín de la Resurrección. Quién sabe si al correr del tiempo se posarán palomas blancas de paz.

Queríamos volver al Acantilado. Habíamos hecho parte de un viaje en el tiempo, tan breve como la vida misma. Más allá de los hechos y de los acontecimientos, los recuerdos se agolpaban en la mente al relente de la conciencia y el sueño a la vez, hipóstasis de todos nuestros sentimientos; savia vital en la estructura del alma anclada en la raíz eternal de la Vida.

Los turistas, subían y bajaban las gradas del magnífico teatro de Cesarea, a orillas del Mediterráneo, la ciudad construida por Herodes, sede que fue del gobierno de Poncio Pilato.

—Fue allí donde catequizó el diácono Felipe.

—Allí donde predicó Pedro al centurión Cornelio.

En Tel Aviv, la ciudad moderna y hermosa, ajena, por joven, al devenir de la historia antigua, pregunté al Abuelo:

—¿A qué hora sale nuestro vuelo?

—¿Vuelo? Hijo, no hay vuelo. El último pasajero, y en barco, fue Jonás. Salió de este puerto, Yafo, huyendo vergonzosamente. ¿Adónde quieres huir tú?

—Abuelo, los profetas siempre regresan.

—Hijo, los profetas nunca se van.

El mundo seguía estando lleno de falsos profetas, de soñadores que no lo eran. Había muchos que se llamaban constructores de la paz.

—No les hagas caso. No han pasado del andamio.

¿Y los mártires? El monumento al Holocausto de Yad Vashem, era la memoria lacerante y testimonial de los millones de mártires, asesinados sin más razón que la raza. También los niños fueron masacrados sin piedad alguna.

—Al sólo pensarlo, escuece el alma.

Improvisamos una oración:

—Que la llama perpetua, que arde en plegaria universal, encienda de Amor los corazones.

—Amén.

Fue un amén al unísono, sentido. Estoy seguro que los niños huérfanos que el Dr. Janusz Korczak intentó salvar nos lo agradecieron desde la estatua que eterniza su memoria.

Sobria, con su minarete, la torre de David junto a la Puerta de Jafa sirve de referencia orientativa. Nos adentramos por el barrio judío, donde el Cardo máximo, vía pública de primerísima importancia, nos remonta a la época bizantina y nos descubre monumentos de la antigua Jerusalén, como la sinagoga de Hurva.

—Significa “la ruina”, Abuelo.

—Cada ruina señala una destrucción. Pero aunque caigan las piedras, la razón permanecerá.

La hermosa fuente de El Kas que los musulmanes utilizan para el rito de la purificación, sobre la explanada del templo, era una invitación a la reflexión. A buen seguro que, de haber existido entonces, Pedro se hubiera lavado cabeza, pies y manos, en esta fuente.

—“El que está limpio no necesita lavarse más que los pies”.

Una vez más, entramos en las mezquitas. Nos dirigimos primero a la de Al Aqsa, la misma que desde su construcción, 705-714, por el califa El Walid, había sufrido dos fuertes terremotos. Restaurada en 1040, los Cruzados la utilizaron como cuartel.

—Una falta de respeto enorme, Abuelo.

—Las religiones siembran discordias y encienden guerras.

Al salir de la Roca nos detuvimos en la Qaytbay Sabil, la fuente consagrada en 1482. Sólo almas de exquisita sensibilidad han podido crear obras arquitectónicas de tanta belleza. Seguimos luego hacia la basílica del “Paternoster”, mandada edificar por Elena, madre de Constantino, en el siglo IV.

—El Padrenuestro está en todas las lenguas.

—El problema está en saber si con las mismas palabras rezamos al mismo Dios.

Entre Jerusalén y Tel Aviv se encuentra el monasterio trapense de Latroun, posible emplazamiento de Emaús. Nos evocaba recuerdos de discípulos con prisa.

—Discípulos de la desesperanza. ¿Qué prisa tenían? ¿No acababan de oír a las mujeres que habían visto a Cristo resucitado? ¿No pudieron esperar un poco, tan sólo un poco, ante tan fausta noticia?

—De todos modos, ellos volvieron a Jerusalén. Nosotros también.

No iríamos ya al Mar de la Sal, ni optaríamos por volver a subir a la fortaleza de Masada, que evocaba la muerte colectiva, por suicidio, de sus 960 defensores judíos en su lucha contra los romanos. Tampoco regresaríamos a Wadi Qelt, donde la parábola del buen samaritano tiraba por tierra el ritual de las leyes, para resaltar lo único importante: el Amor al prójimo.

Tampoco entraba en nuestros planes regresar al emblemático lago de Genesaret, o Kinneret, en gracia y belleza recordado.

—Abuelo, tal como dijimos, antes que la noche acabe, vámonos al jardín de la Resurrección para estar en vigilante espera, como los invitados hacen, antes de que el novio llegue.

—No será noche de llantos; noche de espera será.

Y en vigilante espera pasamos la noche. Le dije al Abuelo:

—Mientras los soldados echan una cabezadita, o juegan a los dados, yo quiero pintar la noche, plena de sueños y estrellas, con el azul de mis pasos.

—Tus pasos, que son mis pasos.

—Quiero grabar en el cielo un corazón, tan grande, universal y desnudo, que huela a libertad, a viento y lluvia.

—Y a madreSelva, y manzana; y a tierra recién mojada.

—Quiero pintar la noche, en un lienzo de estrellas, con los colores del alba.

—¿Para qué?

—Para bordar de esperanza la ternura de los niños.

—Me parece bien. ¿Qué más?

—Quiero pintar la noche con los celajes que guardan la sonrisa de la luna.

—Y el latir de los luceros.

—Quiero sembrar claridades en el corazón de los hombres, las mujeres y los niños.

—Pues no olvides a los jóvenes y ancianos.

—Quiero pintar la noche con el color de la vida.

—Que es color de la esperanza.

—Pues será una esperanza tan grande, Abuelo, tan grande, que pueda albergar la paz.

—No olvides el Amor.

—Vale.

—¿Qué más?

—Quiero pintar la noche de resurrección y de vida en los cuatro puntos cardinales.

—Que cuelgue también la alegría de las puntas de la estrella, azul y blanco, de David.

—Quiero pintar la noche con el relente del alba y el aroma de las flores al despuntar el día.

—Habrá perfume de nardos que ha preparado María.

—Es temprano, muy temprano, domingo es por la mañana.

—Pues date prisa, que llega con prisa halada en el alma.

—María, la de Magdala.

—Al encuentro del Amado, al que es su Amor y su Vida.

Fue, en el Jardín que yo llamo de la Resurrección. Domingo fue, muy de mañana, en la ciudad blanca de Jerusalén, tan amada. Ciudad para soñar, que así sea, la Paz.

EN LO MÁS ALTO DEL CIRCO

Han pasado los años. Muchos años. He vuelto a sentarme sobre las mismas rocas de entonces, que tantos recuerdos evocan. Él no está. Cumplido su ciclo vital el Abuelo se fue. El Acantilado sigue igual. No me cansaré de decirlo, fue mi mejor amigo y maestro. Solía decir con frecuencia:

—La tarea del hombre sobre la tierra es ser feliz. Muchos no lo consiguen. ¿Por qué?

Es la pregunta que me planteo hoy, pues para su formulación aún no tenía capacidad entonces. El Abuelo hubiera respondido:

—Se es feliz cuando se trabaja para que los demás lo sean. No son las cosas las que hacen al hombre feliz.

—Abuelo, tú eres feliz entre los libros.

Se quedó mirándome con aquella mirada penetrante y serena a la par que tanta seguridad me inspiraba.

Luego, en su forma habitual, solía emplear la expresión hijo al dirigirse a mí, añadió:

—Hijo, los libros tienen la virtud de evidenciar y descubrir nuestras carencias, nuestros vacíos intelectuales; al tiempo que nos proporcionan herramientas para activar la inteligencia. En parte, por eso son nuestros grandes amigos.

De vez en cuando, solía repetir una especie de broma que a mí me causaba mucha gracia.

—Hijo, la humanidad está llena de gente intelectual y de gente inteligente. Intelectuales, son todos. El resto, inteligentes.

Soltó esto mismo en un mitin y casi lo vapulean. Pero a pesar del imposible margen que dejaba a los inteligentes, él lo era. Y sabio. Con esa sabiduría que da la vida; que es, mitad saber estar, y la otra mitad una bondad que aureola a las personas de respeto y credibilidad.

Como si hubiera hecho un pacto de silencio conmigo mismo, tendí la vista por encima de las olas, hasta abarcar la inmensidad que mis ojos podían contemplar desde lo alto del Acantilado. Y dejé que los recuerdos siguieran aflorando. Por otra parte necesitaba, más que guardar silencio, escuchar el silencio.

—El silencio es, a veces, respeto; otras, asentimiento; no pocas, complicidad; pero también, prudencia y sabiduría. Y, con frecuencia, manifiesta evidencia de nuestras carencias.

Recordaba aún aquéllas, sus palabras. Porque, además, tenía el don del respeto por la palabra y por el silencio. Y decía:

—Hijo, hay inflación de palabra.

Para luego añadir:

—La palabra, en boca de ciertos políticos y curas, es el mecanismo perfecto de la ambigüedad.

Liberal de convicciones profundas, en su ser y actuar religioso era inquebrantable. Salvaguardaba su libertad personal lejos del beaterío de galería en que otros se habían instalado por comodidad. No comulgaba ni poco ni mucho con determinados políticos y determinado clero. Llamaba a las sotanas la percha del fundamentalismo. Le gustaban más los curas de pantalón vaquero. Decía que eran más auténticos, que se parecían más a Cristo. Los quería ver pateando las calles. Y de los políticos..., pasaba de todos; bueno, de casi todos. Aunque no le faltaban amigos en los dos gremios. Su libertad estaba por encima de todo. No la mezclaba con la religión ni con la política. Decía:

—La política es un arte: el de saber mentir. La diferencia estriba en que los buenos políticos demuestran que lo son porque saben ejercer este arte. Los malos, ni para eso valen.

En la apacible soledad del Acantilado los viejos recuerdos a floraban vívidamente a mi mente. Como tantas veces, aquel día había estado en la biblioteca curioseando sus libros.

—Hijo, trátalos con cariño. Ya sabes, son nuestros grandes amigos.

Las enciclopedias y los libros con láminas me atraían de modo preferente. No obstante, mi gran enciclopedia seguía siendo él, mi Abuelo. Lo poco que había sido capaz de archivar aún en mi pequeña mente infantil y que, sin embargo, ya me parecía todo un universo a color y feliz, se lo debía a él.

Como era frecuente cuando estaba en el Acantilado con él, recliné mi cabeza sobre su regazo y me quedé dormido. Era el momento de los sueños más apacibles.

Sé que hoy sueño despierto. Es la diferencia entre el niño y el adulto. Éste, para soñar necesita estar despierto. El niño transita su vida en el mundo real de los sueños. Su fantasía no tiene límites. Tiene la frescura de la primavera, la ingenuidad de las flores, el candor de la luz y la inocencia radiante de la edad.

Mis ojos miraban, sin ver, por encima de las olas. Mi mente estaba, ausente. Fue en ese momento, justo en ese momento, cuando al querer alcanzar un libro, se presentó Leibniz, el ilustre filósofo. Salió de entre los libros colocados en uno de los anaqueles de la biblioteca; tomó mi mano con fuerza, y como si de un separador de páginas se tratara, la fue llevando, con suavidad pero con firmeza, hasta ir señalando todo el conjunto de libros.

Apuntaba. Arriba, abajo. Abajo, arriba. De un lado, de otro. Yo movía mi cabeza, tratando de seguir la rápida y cambiante trayectoria imaginaria que trazaba. Por más que lo intentaba, no podía retirar mi mano. Quería leer los nombres en el dorso de los libros. Las letras no se estaban quietas, saltaban: "Ensayos de teOdicea", "ensAyos de teodiceA", "Ensayos de teodiceA". Del derecho, del revés. Como las olas en el mar. Saltaban; iban y venían; como el péndulo de un reloj de pared. Y Leibniz por todas partes.

—Oiga, señor, que yo sólo busco un atlas.

Para mi desgracia, el atlas no estaba. No había ningún atlas. Sólo Leibniz estaba. ¿Y mi Abuelo? ¿Dónde estaba mi Abuelo? No, no estaba. Grité:

—¡Abuelo...!

El Abuelo no respondió. Con visible enojo, increpé al filósofo:

—Pero, pero... ¡Vamos a ver! ¿Quién es usted?

Noté que el hombre, con gesto apenas imperceptible, me indicaba que conservara la compostura. Traté de dominarme. De modo más amable, le dije:

—Perdone, buen hombre, ¿qué hace usted aquí, en lo alto del Acantilado? ¡Está haciendo frío...!

—¿El Acantilado...?

Leibniz se echó a reír. Luego retomó su habitual y filosófica seriedad. Y no dijo más. Yo también me eché a reír. El seguía sin decir nada. Lo mismo yo. Pero su silencio se articulaba en mi cerebro, como si me dijera:

—Más allá de las estrellas está la bondad de Dios.

Eso creí oír. Le respondí, entre regocijado e irritado, sin perder la compostura.

—Entonces, ¿por qué ha escrito usted que el mal es necesario?

—No, no; no es así. Yo he escrito que el mal es necesario porque resalta la bondad. La bondad de Dios, naturalmente.

Por debajo de mi posicionada altura en el Acantilado, una gaviota, blanca y parda, planeaba graciosa.

El Acantilado dominaba la historia. Era el paisaje que yo mejor conocía. El azul del cielo era limpio. Un avión de las líneas aéreas regulares lo atravesaba en ese momento. Tuve la sensación de que tomaba pista allí mismo, sobre el Acantilado. Por quedar mirándolo, distraídamente, casi me había olvidado de la pregunta formulada a Leibniz. Entonces, desde otro libro, de pastas antiguas, apergaminaadas, fue Orígenes, quien me respondió, asomándose por la esquina de otra estantería.

—El mal nace necesariamente de la generosidad de Dios.

—¿Cómo dice usted?

—Claro, hijo, de lo contrario seríamos máquinas.

—¿Máquinas, dice? ¿Acaso el mal viene de Dios?

—No, hombre, no; Dios en su infinita bondad tolera el mal.

Qué lío. ¿No iba yo buscando un atlas? Quien terció ahora fue mi Abuelo.

—No, hijo; tú buscabas el cielo.

—Abuelo, yo busco un atlas. Quiero saber dónde está Madrid.

Nadie me respondió. Pregunté con humildad.

—Abuelo, ¿dónde está Madrid?

—En el mapa, hijo, en el mapa.

Recordé. En el mapa. Madrid. Eso, Madrid, la capital imperial de los Austrias. O sea, Europa acurrucada a los pies del Guadarrama, con salida de emergencia a Maastricht.

—¡Maastricht! ¡Abuelo, ya está, ya sé!

¡Qué pequeña era Europa! Dónde había quedado ya Maastricht. Y la Comunidad Europea. Y el chapopote en las preciosas playas de la dulce Galicia. Y la guerra de Irak. Y las mentiras de los políticos. Y la imposible paz entre palestinos y judíos. Contrastaba el blanco nacarado de las olas por debajo del Acantilado con el sucio fuel de las playas nada prestigiadas.

Orígenes estaba absorto, atento a mi soliloquio. Aunque vi que no sabía mucho de estas cosas modernas. Yo tampoco. Era un turista más entre los libros. Pero el atlas seguía sin aparecer.

—Normal, hijo, normal. Los años no pasan de balde. La memoria comienza a fallar.

—Abuelo, ¿qué es normal?

—Que no te suene Maastricht.

—A mí sí; es a Orígenes a quien no le suena.

—Tiene cosas más importantes en que entretenerse.

El bueno de Orígenes había guardado silencio, mientras mi Abuelo y yo discutíamos, a vueltas con el mapa. Ahora prosiguió.

—Dios nos ha hecho a su imagen; pero sobre todo, nos ha dotado de libre albedrío.

Intenté ser educado.

—¡Ay, disculpe, querido Orígenes, mi distracción...! Con esto del mapa, no le estaba poniendo atención. ¿Ha dicho libre albedrío?

Fue mi excusa. Razonable, en cierta forma. Seguía sin entender apenas nada. Y lo del libre albedrío, a medias. Estuve por preguntar a mi Abuelo sobre la libertad. Me abstuve. Nacido para la libertad, a la hora de la hora, ¿hasta dónde es libre el ser humano? Titubeé.

—Bueno, sí, entiendo. O, quién sabe.

El quién sabe, lo dije sólo para mis adentros. Mi cabeza estaba hecha un lío. Yo era libre. Eso sí estaba claro. ¿Claro?

—Abuelo ¿soy libre?

Él había sido un hombre libre. Estaba seguro de que los seres que más quería también lo eran. Guardó un prudente silencio. Intervino Leibniz:

—La libertad no es congénita al ser humano.

—La esclavitud tampoco.

La libertad no es congénita al ser humano... No era eso lo que me habían enseñado en la Facultad. Archivé las dos frases de una dialéctica que me apasionaba.

—Abuelo, tú siempre fuiste libre. Recuerda, lo hice grabar en la placa.

—Hijo, desde que nacemos, y antes, la libertad está hipotecada.

—Pues el pensamiento es libre.

—Hasta que llega el alzheimer.

Sin que lo intentara, mi Abuelo hizo saltar el sistema de alarma de los esquemas de seguridad de mi mente. Dije:

—Todos somos libres.

—No estés tan seguro.

Bien pensado, ¿acaso podía yo mismo liberarme alguna vez de mi conciencia? Terció Orígenes:

—Tu conciencia es la libertad. Entiéndelo. Cada decisión personal de tu vida, es tuya, exclusivamente tuya; pero en el juego que todos jugamos en la cancha de la vida, quien anota los tantos en el marcador, te guste o no te guste, es otro.

—¿Quién?

—Tu conciencia.

Me gustó el símil empleado por Orígenes.

—¿Es la vida un deporte?

—En cierto modo. Pero no desviemos el tema. La cuestión es ésta: ¿Es la vida libertad? Somos atletas en la enorme cancha de la vida, ya que te ha gustado el símil; pero las reglas del juego nos vienen dadas.

No recordaba si mi Abuelo había sido deportista en su juventud; sí recuerdo que caminaba mucho. A veces me llevaba al circo. Decía que el circo es el mundo de los niños y de los grandes, porque hay ilusión y fantasía a raudales. De los niños, porque los hace estar en su hábitat, y de los grandes, porque les permite, al menos por un par de horas, ser niños. Y porque la risa es muy necesaria, ya que ayuda a desentumecer los sentimientos. En definitiva, los dos nos lo pasábamos muy bien.

La gaviotas jugaban a hacer cabriolas sobre el Acantilado. Mientras contemplaba sus evoluciones en el aire, me imaginé el mundo como un gran circo.

—Mira, Abuelo, yo también sé caminar sobre el alambre.

—Cuídate, estás en lo más alto del circo, balanceándote solo.

—No tengo miedo, hay red debajo.

—Te equivocas. Abajo no hay red. Lo que hagas de tu vida es responsabilidad tuya.

Estaba solo ante el peligro. Lo más fascinante era que me resultaba agradable estar solo ante el peligro. No recor-

daba cómo ni cuándo había subido al trapecio. Ni para qué. El Abuelo decía:

—Sólo los valientes afrontan el peligro y los riesgos que conlleva.

La vida, como el mundo, es un circo; un gran circo. Una vez subidos en lo alto del trapecio, o del alambre, nos damos cuenta de que estamos solos ante el peligro. Abajo no hay red. Y se vive una sola vez. Desde la altura el panorama es mejor. Me embargaba la euforia, por la situación, por el vértigo, por el riesgo.

—¡Abuelo, mira, estoy solo ante el peligro!

Una euforia nerviosa me invadía mientras el trapecio se balanceaba de un lado a otro de la gran carpa del mundo. Tenía al mismo tiempo la sensación de que abajo el circo estaba lleno de hombres y mujeres valientes. Aplaudían a rabiar. Solos ante el peligro. Libres. Iba a gritar:

—¡Libres!

Contuve mi grito. Se hizo un absoluto silencio. Justo en ese momento, todas las miradas convergían en un solo punto. En el alambre más alto, en perfecto equilibrio funicular sobre su silla de ruedas, Hawking comenzaba a contar sus "Historias del tiempo: del big-bang a los Agujeros negros". Lo explicaba todo inexplicablemente bien. Intentaba juntar la relatividad general con la teoría cuánti-

ca relacionándolo todo con la cosmología. Todos escuchan expectantes. Pero la mayor parte del público no entendía nada. Insistía en que la creación del Universo tuvo su origen a partir de una Gran Explosión o Big Bang, surgida de un punto de distorsión infinita del espacio y el tiempo. Decía que el espacio y el tiempo forman una superficie cerrada sin fronteras. Yo disfrutaba como un enano oyéndole. No faltó un gracioso que gritó:

—¿Negros? ¡Podrían televisarlos a color!

Su grito suscitó una carcajada general. Algunos silbaban. Alguien, desde el fondo del gran circo gritó:

—¡Cállate, gamberro!

Como por arte de magia Hawking desapareció de la vista de todos. ¿Sería que había dicho todo lo que tenía que decir, o que el público presente no le agradaba por no tener suficiente percepción de la ciencia y de la historia? Los enanos invadieron la pista central para regocijo de todos los presentes.

**19 AÑOS:
ANALFABETA Y HEREJE**

Sólo las ideas permanecían en la base de datos de la memoria histórica de los libros. Pero los libros no tenían ya amo. Como a perros callejeros del verano, los habían abandonado a su suerte por los caminos inverosímiles del internet.

No obstante, ellos seguían siendo el reducto sacro de todas las libertades. La palabra libertad serenó el ánimo de mi Abuelo. Andaba triste desde que su entrañable amigo Don Quijote se había ido.

—Abuelo, se habrá escondido tras algún libro.

—Él siempre da la cara. Sabe afrontar con entereza y valentía todos los peligros.

—¿Entonces?

—Su decepción no tuvo límites cuando vio que los soñadores habían sido llevados al exilio.

El Abuelo está malhumorado. Repetía:

—El mundo está en manos de los políticos. Debería estar en manos de los poetas; ellos sí tienen fresca la imaginación.

A punto estuvo de echarse a llorar. Por pundonor y por mi presencia se contuvo.

No era para menos. Traté de consolarlo. Le argumenté con el caso de nuestro amigo Orígenes.

—Recuerda, Abuelo, fue capaz hasta de vender su hermosa biblioteca de literatura no religiosa.

—Ya lo sé.

—También él era dinámico y soñador.

—Y se dedicó al estudio de la teología, comenzando por la Biblia.

Vio cómo martirizaban a su padre bajo la persecución de Septimio Severo. Quería cristianos cultos. Prefería el martirio de la palabra al de la sangre. A fin de hubiera gente preparada abrió una escuela privada para la enseñanza de la filosofía cristiana.

—Siempre ha habido soñadores, Abuelo.

—Así es. Sólo quien es capaz de entregar su vida por otros entra en la Academia restringida de los soñadores.

Los cristianos han sido los grandes soñadores de la Historia, explicaba el Abuelo. Orígenes había sido uno de

los hombres más cultos de la antigüedad. Viajero infatigable, fue llenándose de experiencia y de cultura. Añadió:

—Al terminar sus “comentarios a la Biblia” emprendió un viaje por Arabia.

—¿Cuándo?

—Fue en el primer tercio del siglo tercero. Antes había estado en Roma. Más tarde, de Alejandría marchó a Cesarea y a Jerusalén.

Siguió narrando la oposición que allí encontró.

—Por eso regresó a Alejandría, aunque enseguida partió hacia Antioquia.

Fue allí donde se entrevistó con la madre del emperador. Viajó a Grecia, pasando por Palestina, donde fue ordenado sacerdote. Esto disgustó al obispo Demetrio, quien organizó actos de protesta en Alejandría. Pero Orígenes no se quedó callado, y le respondió con una carta autobiográfica. Muchas veces tuvo que salir en defensa de sí mismo. Y tuvo que escribir al papa Fabián y al emperador Felipe el Árabe.

—Por cierto, éste fue asesinado el año 242.

La cultura y el carácter no están reñidos con la fe. De ahí que muchas veces estuviera envuelto en polémicas.

—Efectivamente, fue un hombre dinámico, viajero infatigable, gran escritor, apasionado de la Biblia

Lógicamente, su carácter fuerte y las polémicas subsiguientes, que ambos se juntaban, le acarrearón a veces la cárcel, y hasta la tortura.

En el Acantilado comenzaba a soplar el viento con cierta fuerza. No sé si por el rubor que le causaba el que estuviéramos hablando de él, Orígenes había desaparecido de nuestra vista.

—Quizá se haya escondido entre los libros.

Estos, sin embargo, se iban abriendo, hoja tras hoja, página tras página, a impulso del viento que arreciaba, como si una mano invisible las fuera pasando suavemente.

—Mira Abuelo, todas las páginas están en blanco.

Él lo había advertido antes que yo. Dijo escuetamente:

—Parece como si la Inquisición hubiera pasado por ellas.

—Abuelo, ¿qué tiene que ver la Inquisición con esto?

—Tiene que ver. Fue quien se llevó la ideas. La gente no podía pensar, bajo riesgo de caer en la herejía. Y la herejía acarrea la hoguera.

Al ver que me quedaba pensativo, añadió:

—Al mismo tiempo que las ideas la Inquisición hipotecó la libertad de las gentes.

Me entraban escalofríos con sólo recordar los atroces tormentos con que la Inquisición castigaba a los herejes, según él iba contando.

—Fue el atropello a las ideas y a la libertad. Fue la fuerza bruta de la sinrazón.

Verdaderamente, el Abuelo estaba enojado.

—Dime, Abuelo: ¿Acaso libertad es sinónimo de pecado?

—No, hijo; jamás el pecado puede residir en la libertad. El pecado se produce por un acto libre de la voluntad. Para que me entiendas, es la voluntad la que actúa, la que pone dirección a la flecha de la libertad, desde la misma libertad.

Tuve que ponerme las pilas para entenderle. Continuó:

—La libertad permanece en pie, como un árbol cuyas ramas son agitadas por el viento; pero el tronco no se mueve.

—Entiendo, Abuelo.

—Se podrá doblegar, incluso aniquilar, a las personas, jamás las ideas.

Proverbial resultaba el caso de Galileo Galilei. Y su famosa frase. ¿Cómo abdicar de la evidencia?: “Y, sin embargo, se mueve”.

—Hijo, la frase será proverbial, sí; pero te aseguro que nunca la pronunció; al menos, no en voz alta. Lo hubieran quemado de inmediato en la hoguera.

Me imaginaba Europa, vista desde el Acantilado, en una gran noche de san Juan. Las hogueras de la Inquisición crepitaban con fuerza. Los bosques ardían como piras de una extraña y macabra ceremonia cuyas llamas subían hasta el cielo iluminando de terror a humildes hombres y mujeres que huían despavoridos sin saber dónde esconderse.

—Hijo, siempre fue peligroso, no el hecho mismo de pensar, sino expresar el pensamiento. No hay cosa que más alarma cause que las ideas.

—Quiere decir, Abuelo, que las ideas son peligrosas.

—Es más la ignorancia, sobre todo, si reside en quien manda.

Se nos pasaban las horas casi sin pensar, hablando de éstos y muchos más temas. El Abuelo proseguía.

—Pero es que, la Inquisición no sólo veía herejes por todas partes; también veía demonios. Y éstos, por lo general, adictos a la lujuria.

Contaba el Abuelo que una de las últimas, si no la última hoguera que ardió en España, fue en 1781.

—¿A quién quemaron?

—A una pobre mujer, acusada de fornicar con el demonio.

—¿Con el demonio...? Absurdo, ¿no?

—Imagínate. Decían, y le acusaron, de que quería conseguir que sus gallinas pusieran huevos con profecías escritas en la cáscara.

—¡Hombre! Muy bueno para un libro de humor.

Un pueblo que vive bajo el miedo está imposibilitado de progresar, siguió explicando. Todos temblaban ante la posibilidad de ser acusados; de lo que fuera. De que les confiscaran sus bienes. Y lo peor, a veces ni siquiera se sabía quién era el acusador. ¿Cómo poder defenderse, entonces? La Inquisición fue suprimida, por fin, en 1834.

—Pero los muertos, muertos están.

—Cada ejecución era como si de un auto de fe se tratara, a cuya representación nadie faltaba.

—Al pueblo le van los espectáculos fuertes.

El Abuelo fue repasando algunos casos famosos en los que había actuado la Inquisición. Se detuvo en uno en particular: el del arzobispo Carranza, primado de España, el más ilustre hijo de Miranda de Arga.

—Nacido en 1503, fue uno de los hombres de más confianza de Carlos V y de Felipe II.

—Abuelo, los libros dicen que Carlos V lo nombró teólogo imperial para participar en el Concilio de Trento.

—Y fue figura clave. Y en 1558 arzobispo de Toledo.

—¿Pero cómo un hombre, tan importante y de tanta categoría, como él, va a parar a la Inquisición?

—Por lo de siempre, hijo, por lo de siempre; lo acusaron de herejía.

—Recurso fácil y universal.

—Ya sabes que la herejía consiste en tener opinión distinta del que manda.

Una buena definición de herejía, la que el Abuelo acababa de dar. Continuó.

—En definitiva, el proceso fue largo. Hasta que el ilustre mirandés, inteligente y preclaro, recusó al Inquisidor General; y de acusado pasó a ser acusador del juez que debía juzgarle.

—Tiene gracia la cosa.

—Sobre todo, por lo insólito del caso. Rodeado de prestigiosos abogados, comandados por Martín de Azpilicueta, evitó la sentencia de culpabilidad. Aunque mucho tuvo que ver también Pío V.

—¿En qué sentido?

—El Papa pasó la causa a Roma.

—Asunto concluido.

—No. Porque al morir Pío V, su sucesor Gregorio XIII fue quien quiso concluir el proceso. Pero se encontró con la presión de todos los enemigos de Carranza.

—¿Qué hizo el Papa?

—Dar una sentencia que no dejó contento a nadie. Sin acusarlo de hereje, sí lo calificaba de sospechoso de herejía, exigiéndole retractarse de lo que sólo eran sospechas.

—¡Vaya por Dios!

—Mientras tanto, le marcaba cinco años sabáticos antes de volver a ocupar su sede arzobispal de Toledo; cosa que no llegó a suceder porque murió antes.

—Extraña sentencia, ¿no? Si sólo era sospechoso, ¿cómo el Papa lo castiga?

—No debía estar el Papa muy tranquilo porque, en reparación por tan extraña sentencia, como tú dices, colocó sobre su tumba el siguiente epitafio: “Bartolomé Carranza, navarro, dominico, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, varón ilustre por su linaje, por su vida, por su doctrina, por su predicación y por sus limosnas; de ánimo modesto en los acontecimientos prósperos y ecuánime en los adversos”.

Todo había comenzado años atrás. Siete de ellos pasó en las mazmorras de Valladolid por una acusación estúpida.

—¿Cuál?

—Le preguntaron si había leído a Lucero.

—Naturalmente. Si he de controlar a sus seguidores, tengo que leerlo.

Así argumentó. Y la respuesta, ad hominem, fue:

—Si lo ha leído, algo le habrá quedado.

Los archivos de la Inquisición estaban llenos de casos lamentables y horribles en Alemania, Inglaterra, Escocia, España. Etc.

—Abuelo, lo dicho, como una noche de San Juan, pero donde las hogueras no se apagan.

Nos quedamos pensativos. Mi imaginación divagaba. Me veía saltando entre las hogueras. Todo era divertido y dramático a la vez. De pronto alguien gritó:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Normal que hubiera fuego. Era noche de San Juan. Sin embargo, algo extraño ocurría. Por todas partes había fuego, mucho fuego. Y los chorros de agua a presión no podían sofocarlo. Francia estaba invadida de ingleses. Recordaba perfectamente la fecha: 30 de mayo de 1431. El país se había paralizado. Las miradas de todos los ciudadanos convergían en una sola y única dirección: la hoguera donde Juana de Arco ardía en ofrenda de juventud y santidad. La ficha que con aviesos sentimientos habían puesto al pie de la gran pira decía: 19 años, analfabeta, hereje, apóstata...

No pude contenerme y grité:

—¡Y santa!

Tuve la impresión de que nadie me había oído. Pero de repente, apareció una nube de fotógrafos que casi me arrojan a la pira de la ejecución. Las cámaras heréticas del tiempo y de la televisión transmitían en directo al mundo entero la ejecución.

Una cerrada ovación sonó atronadora cuando, según se iban apagando las llamas de la hoguera, el alma de Juana de Arco comenzó a subir limpia y majestuosa a los cielos. Fue el final. La apoteosis final. Lentamente se fue apagando la televisión. Sobre el Acantilado acababa de caer la noche.

BITÁCORA DEL ACANTILADO

—¡Abuelo, Abuelo!

Me desperté sobresaltado. Recuerdo que tenía mucha sed. De pronto, me vi transportado a la reseca orilla del Mar Muerto. Ahí estaba la causa de mi sed. Era la sal. Las orillas, las piedras, todo estaba invadido por la sal. Una sal que junto con el agobiante calor encerrado en aquella tremenda depresión, a 432 metros bajo el nivel del mar, no sólo daba sed, proporcionaba al mismo tiempo la impresión de épica soledad.

En Jerusalén había visto hoteles agradables para estar y, de paso, quitar la sed. La coca-cola de los americanos sabía bien con hielo. Con mucho hielo; porque, en definitiva, lo que sabía bien era el hielo. Pero no podría subir a Jerusalén por la habitual calzada de Jericó. Judíos y palestinos andaban alborotados. Y para colmo, los libros lo decían, el 4º Concilio de Letrán era abiertamente antisemita. Y la nobleza inglesa obligaba a Juan sin Tierra a concederles la Carta de las Libertades. El único que se oponía era Inocencio III.

Vi la tierra como un bosque, un bosque grande y encantado. Pero un bosque extraño donde no había árboles. Los árboles se habían convertido en lanzas. De todos los rincones salían reyes. La tierra se poblaba de monarquías constitucionales.

Quise pasar la página. En los anaqueles de la biblioteca, los libros bailaban una frenética danza de papel. Debían tener frío. En el Acantilado corría una brisa fresca que contrastaba con el páramo helado de la historia y el calor insoportable del Mar de la Sal.

Casi sin darme cuenta, los libros giraron sobre sí mismos hasta quedar mirando en una sola dirección.

También sobre Roma soplaba una despacible brisa. Los soldados de Bonifacio VIII echaban mano del dimitido Celestino V.

La puerta de la mazmorra se cerró con un golpe seco. La tensión nerviosa que la pesadilla me había producido, seguía siendo la causa de que mi sueño no fuera reconfortable. El Abuelo me lo había advertido.

—No estés tanto tiempo sobre los libros. Se te pueden cruzar los cables como a Don Quijote.

—Abuelo, la historia es apasionante. Es como una novela.

—¿Como una novela, dices? Es la mejor novela.

La pesadilla no se me pasaba.

—Capítulo 3... Yo iba por el capítulo 3. No lo encuentro. ¿Dónde está el capítulo 3? ¿Y el libro? Tampoco aparece.

Efectivamente, ni uno ni otro aparecían por ningún lado. Sólo el indicador de páginas.

Como por arte de encanto, todo había desaparecido. Tendría que resignarme. No sin cierta preocupación volví la vista. El Mar de la Sal no estaba. El Acantilado no estaba. El Abuelo no estaba. ¿Estaría yo?

Lo que divisaba ahora era Francia, la Galia de tantas guerras. En la frontera, los camiones españoles formaban un atasco monumental. Los gendarmes franceses no los dejaban pasar. Montañas de naranjas y manzanas se desparramaban sobre las llanuras que, poco a poco, se iban inundando de sidra y champán.

En el interior de la emblemática nación, Felipe IV el Hermoso pleiteaba por el poder absoluto que los papas, encabezados por Bonifacio VIII, ostentaban.

—El poder es siempre el poder.

—Abuelo, ¿dónde estabas?

—Velando tu sueño. Veo que duermes como un lirón.

Así dijo el Abuelo. La realidad era muy otra. El libro de historia me daba constantes golpes en la cabeza. Estaba medio aturdido. Al día siguiente tenía un examen. La historia era una novela. Qué sabio era mi Abuelo. Se me estaba pasando la sed.

Mientras tanto, en la otra frontera, Dante Alighieri, se divertía contemplando el infierno desde la boca de un volcán. El Etna estaba en plena erupción. Entre el hervor de las llamas, danzaba frenética danza de fuego Bonifacio que, obviamente, había dejado vacante su sede.

—Qué extraño, los teólogos están divididos y andan a la greña.

—Son los dos consabidos bandos: de un lado los "curiales", del otro los "legistas".

Con razón que el Abuelo solía decir:

—La tentación de las leyes ha sido una constante, en el mundo de la política y de la Iglesia.

—¿A qué se debe?

—Las leyes son la fuerza de los gobernantes. Sin ellas no serían nada. Por eso se pasan el día haciendo leyes.

—Explícate, Abuelo.

—Está claro. Las leyes se hacen para que las cumplan los demás.

Con leyes o sin ellas, así anda el mundo. De un lado, América; el resto, tierra de conquista. De este modo para-

fraseaba el Abuelo una frase parecida aplicada en otro contexto. Le dije:

—Las leyes son una forma encubierta de dictadura.

—No tan encubierta. Son el as escondido en la manga para imponer la dictadura de partido.

Caí en la cuenta. Eso mismo decía la novela, la gran Novela de la Historia. Era el capítulo 3. Y la novela estaba dentro de mi cabeza. Qué suerte, lo había encontrado. Al día siguiente tenía examen.

El discurso sobre las leyes iba subiendo de tono, en el mitin espontáneo, de corte dramático, que se había formado sobre el hemicycle del parlamento improvisado en el Acantilado. Sus señorías se habían alborotado. Alguien gritó:

—¡Viva la libertad...!

Una brisa tenue pasó, primero suavemente, la página del grueso libro. A continuación, no una, muchas páginas de historia comenzaron a pasar a velocidad de ordenador. Fin del capítulo tres. Si me lo preguntan en el examen, está "chupao", me dije.

Faltaba el resto del libro, que era la causa de mi pesadilla. En un repaso de última hora, a velocidad que casi no daba tiempo a que mis ojos pudieran concentrarse, fui pasando el resto del libro.

Allí estaban, bien resaltados por el rotulador, de un lado, Juan de París, y Pierre Dubois; de otro, Egidio Romano, Agustín de Viterbo, Mateo de Aguasparta, y un largo etcétera.

—Abuelo, ¿aquí cuándo amanece?
—En cuanto te despiertes.

El libro de la Gran Novela se había quedado pequeño. En la próxima edición había que meter, por fuerza, el 11 S. y el 11 M. y a Bin Laden. Y la violencia inmisericorde entre judíos y palestinos. Y tantas cosas más. Desgraciadamente, aunque las grandes masacres remueven los cimientos profundos de la conciencia de la Humanidad, terminan por entrar en el olvido o la indiferencia. Una desgracia tapa a otra. ¿Quién recordaba ya Las Torres Gemelas, Madrid, Irak, etc.? ¿Quién se acordaba de África, “que inmola a sus hijos en torpe guerra”?

Desde el Acantilado se veía perfectamente su silueta. Un barco velero ponía rumbo a las Azores. El resto quiso ser silencio. Hasta que, de pronto, se hizo la guerra. Una guerra que masacraba la conciencia sensible de quienes aún eran capaces de guardar un resto de sensibilidad y decencia. Los edificios iban siendo destrozados iluminados por los fuegos artificiales del más horrendo bombardeo de la historia. Las mil y una noches de Bagdad estallaron en mil pedazos, bajo la apocalíptica pirotecnia de la muerte.

Los niños callaron también para siempre su inocencia junto a las bicicletas con las que nunca más podrían volver a jugar ni correr.

—¡Abuelo, esto es horroroso!
—Lo peor es que una guerra hace olvidar a la otra.

Terrible afirmación que el libro de la gran novela, la Historia, daba por cierta. En el cielo se entrecruzaban las estelas de los misiles que lanzaban los aviones de la muerte. Al despertad, lo primero que haría, sería preguntar:

—¡Abuelo! ¿Dónde está el cielo?

En la Bitácora del Acantilado quedó registrada la pregunta. Y cada página de la Gran Novela que era la Historia.

Al despertad y según me iba espabilando, lo primero que oí fue la voz del Abuelo. Con su sonrisa cariñosa, mientras me acariciaba el rostro, dijo:

—Hijo, el Cielo está en el Acantilado.

Quedó también registrada la respuesta.

La brisa del Acantilado volvió a zarandear suavemente mi cabellera, como cuando era niño. Me detuve. ¿Habrás sido la brisa?

Desde el cielo, el Abuelo sonreía. El Acantilado seguía siendo la metáfora de una vida y de una historia.

Allí sí reinaba la paz. La vida seguía teniendo la sencillez de los días iguales; y la alegría íntima de ser parte de la inmensa y maravillosa creación, donde cada partícula, cada átomo, palpita como parte del salmo integral de acción de gracias al Creador.

Sobre el dorso del viento seguí escribiendo renglones imaginarios de la existencia de cada día. Todo quedó registrado en el cuaderno de bitácora del Acantilado que marcaba nuestros días. Al final, estampé nuestro nombre sobre las olas, en letras minúsculas, que las gaviotas se encargaron de alargar hasta convertirlas en letras radiales que indicaban dirección a todas partes.

—Abuelo, ¿dónde está Dios?

—Hijo mío, Dios está en todas partes. Y nosotros estamos en el núcleo central del salmo existencial de su eterna Creación.

Acantilado, Sueños, Preguntas, Respuestas..., todo, absolutamente todo, iba quedando registrado en la Bitácora del gran Viaje. La olas ponían pastas de nácar a nuestro Diario de Sueños que las gaviotas se encargaban de custodiar.

METÁFORA DEL ABUELO

Dedicamos el día a visitar el Museo del Prado. Como suele ser normal, mucha gente de todas las razas y edades. Abundaban los japoneses.

—Abuelo, detengámonos ante este cuadro. Es El jardín de las delicias.

—El gran tríptico del Bosco. El artista más parecido a Melquisedec.

—¿A Melquisedec? Explícate, Abuelo.

—¿No recuerdas que Melquisedec, según la Biblia, aparece sin padre, ni madre?

—Sí. Y también que era rey de Salem.

—Bien; pues de este artista, el Bosco, apenas si conocemos su nombre; ni cuándo ni dónde nació. O sea, como Melquisedec.

—Abuelo, los artistas son universales.

Nos detuvimos ante esta obra por asociación de ideas. Era el artista que, como tantos otros de su tiempo, se estrujó la cabeza tratando de presentar, con cierta originalidad,

el cielo; el mismo que según el Abuelo, y yo estaba de acuerdo con él, los teólogos cristianos nunca supusieron representar satisfactoriamente. Este cuadro era un compendio de teología. Pero...

- Veo que sigues con la misma obsesión.
- Así es. ¿Dónde está el cielo?

El Abuelo se echó a reír.

- Cuántas veces te he dicho que el cielo no es un lugar.
- No me refiero a eso, Abuelo. Contempla el cuadro. Te digo que la teología aquí representada es tétrica.
- Lo sé, y estoy de acuerdo. Lo que se ve en este cuadro es, más bien, el infierno.
- Está claro que el Bosco ha querido sobre todo trazar una alegoría, convengamos que onírica, sobre el origen y el fin del mundo.
- Que es tema de contenido teológico.
- Dejemos a un lado la teología. Este cuadro es sobre todo una metáfora pura.
- La metáfora de un sueño universal.

Nos quedamos largo rato mirando el valioso cuadro. El Abuelo, como si tratara de examinar a un neófito en catequesis, me dijo.

- ¿Qué representa la tabla derecha?
- Está claro; la creación.
- ¿Y la izquierda?

- También está claro; el infierno.
- Muy bien. ¿Y el centro?
- Yo diría que el cielo.
- No, hijo, no. Eso no es el cielo.
- ¿Entonces?
- ¿No acabas de decir que es un sueño universal?
- Sí, el del artista. Los artistas son soñadores.
- Pues ahí tienes un hermoso sueño.

Efectivamente, era el sueño de un gran artista: el Bosco. Un sueño pletórico de la sublime plasticidad de una extraordinaria y alegórica belleza sensual. Sin duda, quiso representar el cielo. Pero el Bosco no pasó de la tierra. Ahí, más que teología, había un sueño. Más allá de la amplia gama de formas presentadas, la realidad sensorial y sensual de las cosas adquiere cotas muy superiores a la realidad empírica. El Bosco termina recreándose en el infierno desde una espléndida sublimación que pertenece al estado onírico.

- Es querer explicar las cosas por la ley de los contrarios.
- Así es. El dolor es carencia de felicidad. Presentándonos el dolor, como contrapartida, presenta la felicidad.

—Es más fácil pintar el dolor, que la felicidad.

Permanecemos unos momentos en silencio, admirando la abarrotada imaginación que el artista había plasmado.

—Me imagino que hoy el artista hubiera pintado el infierno en forma de Torres Gemelas, tras el atentado del 11 S.

—Sin olvidar que el paraíso tampoco lo hubiera pintado en Afganistán.

Antes de proseguir la visita por las demás salas puntualicé:

—Adán tiene el aspecto de no haber roto nunca un plato.

—Y Eva es de una inocencia total. En cambio, los animales del Edén..., ¿qué me dices de ellos?

—Que son atroces depredadores, por más que estén sumergidos en las aguas que han corrido desde la cercana Fuente de la Vida.

Llama la atención la complacencia notoria que hay en el disfrute de los placeres más exagerados y depravados.

—Lo dicho. Por querer aproximarnos al cielo, el artista nos ha acercado al infierno. Un infierno escalofriante.

—Querrás decir, repugnante.

—Es que, de otro modo no sería infierno.

Sobre la parte superior, el mundo entero ardía lo mismo que si se tratara de una conflagración nuclear. Estaban muy vivas las recientes y dramáticas escenas de las Torres Gemelas. La sombra de Caín revolotea sin cesar sobre la faz de la tierra.

—¿Por qué será que, tanto los artistas como los teólogos, cuando han querido hablarnos del cielo nos han acercado de tal manera al infierno, en justo afán por alejarnos de él, que lo único que han conseguido es que no nos enteremos de cómo es el cielo.

—Hubo un hombre, excepcional y sabio, que fue Saulo de Tarso. En uno de sus arrebatos místicos debió asomarse al cielo.

—Efectivamente, fue un hombre colosal. Otro soñador.

—Si como dicen, se carteaba con Séneca, a buen seguro que le contó aquello de “ni el ojo vio, ni el oído oyó”.

—Y Séneca, sabedor de que a pesar de la grandeza moral y la cultura de Saulo hay cosas que nos resultan imposibles, le respondería como un día a Lucilio: “Se necesita un alma grande para apreciar las grandes cosas, pues las almas vulgares les atribuyen sus propios yerros”.

—Pues a pesar de su alma grande, Saulo tampoco pudo describir el cielo. Por más cerca que hubiera estado de él no pasó de un balbuceo al querer describirlo.

Vi en el rostro del Abuelo una especie de rictus complaciente. De regreso a las cercanías del Acantilado, aún seguíamos dando vueltas al tema del cielo. Él susurró:

—Si ya lo dijo el lobo de Gubia, quejándose ante “el varón que tiene corazón de lis”: “En el hombre existe mala levadura”.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que el ser humano está equidistante del cielo y del infierno. Pero al final siempre está el cielo.

Miré a las alturas. Sabía desde niño que todo lo que estaba arriba se llamaba y era el cielo. Y en mi fantasía, el cielo era muy grande, todo él poblado de angelitos buenos; buenos porque no tenían más que cabecita y alas para volar alrededor de Dios. Pero gente grande, de cuerpo entero, no había; excepción de Cristo y la Virgen. Por supuesto, los niños que se morían iban al cielo; los Abuelos también.

Me quedé contemplando las estrellas; se me antojaban clavos de plata que tachonaban y cerraban el cielo, como si del cofre mágico de un gran mago se tratara. Se me ocurrió preguntarle.

—Abuelo, ¿de qué lado queda la puerta del cielo?

El cielo era también como una gran caja de Pandora, imposible ya de cerrar. No pude evitar que aflorara a mi rostro una lágrima fugaz. Al jugar con la metáfora del tiempo y moverme oníricamente entre el pasado y el presente, no podía evitar la realidad. Hacía mucho que él faltaba ya. Mejor dicho, estaba allá arriba. Era como si a su vez me devolviera la pregunta.

—Hijo, ¿dónde está la puerta del Acantilado?

El Acantilado no tiene puertas. Es de libre circulación el intercambio de sueños. Ante la realidad, me pregunté:

—¿Y yo? ¿Quién soy yo?

Escuché a las olas responder poéticamente.

—Un huérfano a perpetuidad.

—Entonces, ¿por qué conozco ya los avatares de la vida y de la historia?

Y el viento, rítmicamente, respondió.

—Porque hace mucho tiempo ya que saltaste los muros del paraíso que guardaban intacta tu inocencia.

Intenté defenderme.

—Yo no podía leer ni prever el futuro.

Y el mar, el viento, y el Acantilado, al unísono clamaron.

—No importa; lo que tú rompiste no fue el futuro; rompiste el pasado.

—¿Yo?

El Acantilado puesto en pie asumía el papel de mi conciencia, a cuyo reproche me sobresalté. Lo recordaba. Cierto, había tenido un pasado. Mi pasado había sido él, el Abuelo.

—Mentira. Tú no tuviste Abuelo. Eres apenas una mota de polvo en el universo. Aún te envuelve el barro adámico que no alcanza ni para cubrir tu indigencia de hombre.

Qué misterio resultaba ser la vida. Tan fácil para unos, al menos en apariencia. Tan dura para otros. De pronto, surgía la pregunta insidiosa, inevitable, que te atrapa como un pulpo gigante.

—¿Qué es el hombre?

Un silencio metafísico fue la respuesta. Una salida fácil, evasiva, consistía en responder:

—La vida no es fácil para nadie.

—Sí para los niños.

¿Quién pudo decir semejante mentira? ¿Quién ha dicho que la vida de los niños es fácil?

—Hace mucho que tú te olvidaste de serlo.

Traté de seguir defendiéndome.

—La vida nos hace adultos.

—¡Allá tú! No haber dejado de ser niño.

No había modo de liberarse de las insidiosas acometidas de la conciencia.

—La conciencia es uno mismo.

—Eso sí es verdad. La conciencia es el recuerdo permanente, del pasado y del presente.

Ese recuerdo permanente me hace verlo aún, sentado en lo más alto del Acantilado, contemplando el mar, inmenso; y las olas, siempre activas; cambiantes, irisadas, fascinantes.

El mar iba y venía, como la vida misma. No pude impedir que de nuevo una lágrima brotara de mis ojos. Con qué rapidez se va la vida. Así lo pensé, pero, con callada resignación no dije nada

—Abuelo, ¿cómo es la eternidad?

—Eterna, hijo, eterna.

Con semejante respuesta me quedaba como estaba. Una cortina de misterio lo envolvía todo. Igual que si una intensa niebla se hubiera abatido sobre el Acantilado.

—Te envuelve la vida.

—Me envuelve el mar.

El Abuelo descansaba ya; mejor dicho, lo había envuelto ya la eternidad. Como si el mar se saliera de madre y comenzara a inundar el universo en una marea alta que ya nadie pudiera detenerla, así me imaginaba yo la eternidad.

Pero había algo que no encajaba. El mar se movía. Pero ¿y la eternidad? Me parecía tan estática.

—Abuelo, ¿la eternidad se mueve?

—Hijo, ¿hay algo en el mar que sea estático? Sólo los dioses griegos y los burgueses han sido y son estáticos.

Yo sabía que los dioses griegos habían desaparecido bajo el mar.

—Y el mar los lleva y los trae, como las Odas de Homero para alegría y gozo de los intelectuales.

También las olas, el agua, el viento, los pececitos, y las gaviotas que anidaban en el Acantilado estaban en constante movimiento.

Recordé aquel tiempo, cada vez más lejano, cuando me ponía a cortar las pequeñas margaritas y malvas que crecían en la explanada, por encima del Acantilado. Cuando reunía un puñadito las acariciaba, y hasta les hablaba con mimo; era una especie de monólogo compartido.

—Era el niño más feliz.

Luego les iba arrancando los pequeños pétalos. Ellas se reían; estaba seguro de que se reían, porque también a mí me entraba la risa en la cháchara que manteníamos. Hasta que, de pronto, las flores y yo nos quedábamos callados. Ellas se ponían tristes, lo notaba enseguida, porque se mustiaban, se ajaban.

Era el momento que aprovechaba para ir de nuevo junto al Abuelo, aquel hombre lleno de vida, de sabiduría y de años; conciencia universal de mis sueños.

—Tendrás vida mientras seas dueño de tus pensamientos.

—¿Dueño de mis pensamientos? ¿Será de mis Sueños?

—Los Sueños no tienen dueño. Son patrimonio de la Humanidad.

Mi mente se adentraba cada vez más en el tiempo, hermano gemelo de la eternidad. Con el correr de los días me era más fácil comprender por qué mi Abuelo amaba la soledad del Acantilado.

—Es una soledad sonora.

Allí cabía el lenguaje de las olas, de los peces, de las gaviotas, de las margaritas, de las estrellas..., de la vida toda. ¡Qué gran verdad!

—Abuelo, ¿sigues leyendo?

Alzó la vista de las páginas sabias del libro, me miró con aquella dulce e inteligente mirada que penetraba más allá del mar.

—Ven, acércate y escucha; escucha esto, hijo. Es épico, sublime.

Como quien declama, leyó:

—“Clamo a la memoria de este recuerdo, reúno mi vida dispersa en el viento; y de pie como un soldado ante el general, hago mi informe al Greco: porque él está forjado con la misma tierra cretense que yo y puede comprenderme mejor que todos los luchadores vivientes o extintos”.

Me quedé boquiabierto. Era bonito, pero no entendía.

—Abuelo, ¿lo has escrito tú?

—No, hijo, no. Algún día lo entenderás. Lo ha escrito alguien que posee un alma excepcional. Un hombre enamorado de la vida, de las cosas. Inconformista; en suma, uno de los escritores más brillantes.

—¿Cómo se llama?

—Kazantzakis. Se llama Kazantzakis. Y el libro, Carta al Greco. Algún día lo conocerás a través de sus libros que leerás con fruición. Ambos, hombres de épica grandeza.

Como si los años no hubieran pasado por él, el Acantilado sigue en su sitio, sobre el mismo mar que guarda tanta vida. Esta es la escueta verdad. Hoy, desde este mojón de la historia, yo también lanzo mi voz al viento y clamo a la memoria de este recuerdo mío, por todos los soñadores que son han sido y serán, como el Abuelo.

Vi cómo el mar se ponía en pie, gótico, vertical, mientras peces de colores pintaban el atardecer sobre la arena.

EL ILLIMANI ES VERTICAL

También los Andes son verticales. Aprovechando que los indígenas hacían la ruta anual de la sal, con su caravana de llamas, me uní a ellos. Estos camélidos, las llamas, tan familiares, resultan imprescindibles en ciertas latitudes del planeta, como por ejemplo los Andes. Son la gran solución para el transporte.

Los Andes están llenos de vida. La caravana se ha detenido. Hay que reparar fuerzas. Los indígenas, pastores de sus rebaños y de la soledad que les rodea, han ofrecido, en primer lugar, un poco de alcohol a los Achachilas, o divinidades de la montaña. Luego, con la hospitalidad que les caracteriza, me han dado un mate de coca; es delicioso, sobre todo en estas alturas, donde el sol, en el día no calienta sino que quema el rostro; y en la noche, la luna llena con su luz limpia, traslúcida, de fría plata, es reina soberana.

—Gracias, está delicioso.

La respiración se vuelve fatigosa. El paisaje andino es sobrecogedor, divinizante. Un panteón, en suma, de todas las divinidades.

Panteón de los dioses. Recordaba la expresión; el Abuelo la empleaba a veces. Sin poder evitarlo, grité:

—¡Abuelo!

Los indígenas, cansados de la dura caminata, dormían ya. No hubo respuesta. Yo, en cambio, no podía dormir, embriagado como estaba del sobrecogedor y fascinante paisaje. Los Andes sobrecogen.

En efecto, los Andes son el panteón de todas las divinidades, que, aunque pueda parecer lo contrario, no aplasta sino que nos crece desde nuestra raíz de hombres, hasta hacernos verticales.

Le tomé prestada la expresión al Abuelo: hacernos verticales. Los Andes son verticales, gigantes puestos en pie. Le dije:

—¿Te acuerdas? Verticales, como el Greco.

—Como todos los soñadores.

Contemplé el dormir frágil de los indígenas arropados por la Pachamama, la gran diosa-madre-tierra.

—¿Sabías, Abuelo, que en esta cósmica soledad del planeta tampoco hay soledad?

El silencio de los Andes sobrecoge. Se escucha el silencio. Pero es un silencio transparente. Y la nieve, refractada por el sol, es la cara risueña, alegre, de la montaña.

—Aquí todo trasciende a la altura.

—Y más allá de la altura.

Esta gente es soñadora. El indio es soñador. De muchas lunas. De eternidades trasvasadas al tiempo. Raza sublime y eterna. Morenos de sol. Curtidos por el frío. Los indígenas no viajan sólo geográficamente; viajan, sobre todo, existencialmente; su pensamiento vuela, hasta saltar los días y el tiempo. Y todo, sin dejar de estar anclados en sus raíces ancestrales.

—Son verticales. Como el Greco.

—Como ellos mismos, pues nacieron antes de la civilización griega o romana.

Por lo mismo, han acumulado en sus noches de luna llena todos los senderos que los astros recorren por el firmamento, en calendarios de piedra. Trascienden el tiempo.

Ellos, como yo, están anclados en el hualupacha, es decir, viajan del presente al pasado, y del pasado al futuro, al encuentro cotidiano de sus antepasados, omnipresentes

en el universo cosmográfico, onírico y vertical, de los espíritus y las divinidades que son y guardan sus raíces.

—¡Abuelo! Ellos también claman a la memoria imperecedera de todos los recuerdos.

—Porque también ellos han sabido eternizarse en el Acantilado simbólico de sus sueños.

Los Andes son un libro grande, descomunal, que guarda celosamente la magia de atávicos secretos.

En medio de esta épica e inabarcable grandeza me vi, como un indígena más, pastoreando las llamas que recorren incansables los Andes. Arropados, hombres y llamas, por la Pacha-Mama, los Apus y los Achachilas.

Los Apus y los Achachilas, divinidades protectoras para el viaje inmediato, temporal, presente por motivo de la sal. Y el otro, más largo, sin retorno, pero siempre presente. De tal manera, que no se llega a saber quién tira de quién; si el presente del pasado, o el pasado del presente. Tan unidos están. Pienso que es el pasado el que tira del presente para anclarse en un estado nuevo, inédito, original; en espiral, me lo imagino. Para ello, todas las divinidades entran en juego.

—Es el viaje a la entraña misma del cosmos, del tiempo y de los antepasados.

—Los antepasados se esconden en la montaña.

La montaña. Enhiesta, de cósmica grandeza. Mientras el grupo de indígenas hace su ofrenda nocturna, el Chikaruna, que entiendo como oración de la noche, que da gracias e implora benevolencia en el largo viaje, yo me quedo viendo, en la fría y hermosa noche, la danza de luz y nieve que forman los picos góticos de los Andes al paso de algunas nubes. Hay luna llena. Y reitero.

—El Greco, también era gótico.

—Hijo, el Illimani, es gótico.

El Illimani. Pasado y presente. Divinidad terrible y protectora a la vez. El volcán gigante que se ve en frente, desde todas partes, se ha puesto a jugar con la luna llena que va emergiendo, naranja, desde sus entrañas.

—Un dios vertical.

—Transciende la altura.

Todo está en silencio. Un silencio que tiene vida, como la hierba que se remueve y brota de la tierra.

Los indígenas guardan también silencio. El silencio de los Andes es religioso.

—Abuelo, ¿el Greco era religioso?

—Sí, hijo; profundamente religioso. Y porque lo era, no comulgaba con los dioses olímpicos de sus antepasados, burgueses y aburguesados.

Aquí hay diferencias. Las divinidades de los Andes no son burguesas; en cambio, resultan a veces terribles, sobre todo en la exigencia de los sacrificios de todo tipo.

—Abuelo, así las cosas, habrá que escapar, tanto de los dioses griegos como de los dioses indios.

—Así es.

¿Podrían entender esto los indígenas que, tumbados sobre sus petates, guardaban aún en su boca el sabor de las hojas de coca, y en su corazón la más ancestral y sumisa religiosidad?

Resultaba ser una raza entrañable. El indígena se hace querer, por su sumisión, religiosidad y humildad. Sin embargo, esa misma religiosidad le convierte en una especie de esclavo; esclavitud de la que no le es fácil caer en la cuenta, por la fuerza inveterada del tiempo y las costumbres. Es una raza acostumbrada.

Mientras los Achachilas guardaban su sueño, yo velaba. Sentía que amaba a esta raza. Como ellos aman su tierra y sus costumbres. Y que son como son, sin poder dejar de serlo. Estaban anclados tan firmemente en las raíces de su raza como el Illimani lo estaba señoreando los Andes. Imposible moverlo de su sitio.

—Hijo, el Illimani es vertical.

—Lo es; pero yo, adentrado en el panteón de los dioses sin doblar la rodilla sino puesto en pie alzo mi voz y protesto.

Los indígenas no habían escuchado mi incipiente y elocuente discurso. Acababan de despertar y preparaban las cosas para reemprender la marcha. Se notó un leve temblor de tierra. Empezaba a amanecer. El Illimani también se desperezaba. Una leve neblina cubría la enhiesta montaña. Del otro lado, el Acantilado dormía arropado por la noche.

—Abuelo, el mundo anda al revés.

Como tantas veces, sentí la caricia de su mano protectora sobre mi cabeza.

—Abuelo, ¿también el Acantilado es vertical?

Como parafraseando el pensamiento, la montaña y el viento clamaron a dúo:

—“Se han reunido nuestras vidas dispersas en el viento...”.

Los indígenas, tras leve acomodo de la frase, continuaron:

—“...Y hacemos nuestro informe al Illimani: porque él también está forjado con la misma tierra andina que nosotros y puede comprendernos mejor que todos los luchadores vivientes o extintos”.

El alegre, aunque monótono, tintineo de las campanillas de las llamas ponía música al libreto. Vi a una grácil gavi-

ta y a un cóndor majestuoso columpiarse en los columpios del viento.

El suave golpear de los pies descalzos de los indígenas sobre el camino ponían ritmo al nuevo día que se abría como un salmo de alabanza. La Pacha-Mama bendecía a sus hijos.

Del otro lado, un niño jugaba con las margaritas sin saber que no se puede ser niño a perpetuidad.

EMBAJADORES DE SUEÑOS

El firmamento onírico de cada persona no suele diferenciarse mucho del firmamento onírico del resto de los mortales. Se ha dicho: “de raza le viene al galgo”; pero ¿qué sería del galgo sin una liebre tras la que correr?

En la mente de cada quien cabe una constelación de mundos. La del Abuelo la conformaban los libros; ellos eran como los planetas de su constelación mental, única, donde cabían muchos mundos. Su imaginación iba a la par de sus sueños, y los sueños de su imaginación. Resultaba difícil saber si eran los libros los que habían invadido su universo mental, o al revés.

De esta manera yo jugaba con ventaja. Su universo mental era tan grande, y yo tan pequeño, que podía sentirme niño a perpetuidad. Sabía que cada pregunta en boca de un niño corresponde al afán de búsqueda y también de encuentro con ese mundo soñado o real. Y que cada mundo soñado es un mundo posible. Huxley hubiera añadido: un mundo feliz.

—¿Por qué, entonces, vivir en tensión, si se puede vivir en paz, si se puede ser feliz?

—Buena pregunta, hijo, buena pregunta.

La pregunta correspondía a un planteamiento que nada tiene que ver con una determinada filosofía epicúrea, sino con el de una mente que actúa en la libertad y en el gozo de sentirse persona. Tampoco trataba de hacer malabarismos con las palabras. Felicidad y Acantilado iban muy unidos. Era allí donde mi mente actuaba en libertad; allí donde me sentía feliz. El Acantilado era la gran cátedra, y el Abuelo el profesor universal.

—Abuelo, a mí me gustaría viajar; viajar mucho, recorrer el mundo entero.

—Y a mí. Podríamos viajar con pasaporte diplomático como embajadores plenipotenciarios de sueños.

Reía la gracia del Abuelo. Enseguida volvía a la insidiosa pregunta acerca de la felicidad que me preocupaba. Sabía que la mayor interpelación que la vida, disfrazada a veces de conciencia, me hacía era sobre por qué a veces no era feliz. En esas situaciones el Abuelo se apresuraba a susurrarme:

—Porque hay veces que nos olvidamos de viajar hacia dentro de nosotros mismos.

Hacia dentro de nosotros mismos. ¿No sería ése el motivo por el que mi conciencia se dedicaba últimamente a organizar ruedas de prensa, no tanto para informar ¿qué podía informar? cuanto para indagar porqués?

Por lo demás, la vida seguía siendo como un manantial de agua inagotable. Agua que mana sin cesar, que corre y corre. A veces por pequeñas quebradas donde en cada piedra puede dejar una pena en forma de canción.

—Para que no se note que la procesión va por dentro.

—Ese es el dicho popular, pero el pueblo también sabe de alegrías.

Cuántas veces el Abuelo decía:

—La vida es canción.

Callaba un momento, para enseguida añadir:

—Y dolor. Y amor. Esto sobre todo, hijo, amor.

Difícil separar los distintos elementos que componen la vida: dolor, amor, alegría, tristeza, felicidad. Y un interminable etcétera. La alternancia nos viene sola. En la medida en que comenzaba a pensar hacia dentro el espíritu se llenaba de canción. Es cuando el Abuelo decía:

—La vida no tiene un guión previo.

—Entonces, quieres decir que la vida se improvisa.

—Tampoco. La vida es una macrometáfora donde caben las otras y pequeñas metáforas diarias. Hijo, la vida es canción.

Comenzaba a entender. ¿No habíamos acordado ser embajadores plenipotenciarios de sueños?

Nuestra Embajada estaba situada en el lujoso Boulevard de los Sueños: El Acantilado. El Acantilado, referencia obligada y segura. Punto de salida y de llegada. De encuentro, siempre.

Pero no podría vivir siempre en él. Veía a las pequeñas gaviotas dejar el nido, y tras pequeños anclajes, abandonarlo definitivamente. El Abuelo vino a corregir mi error.

—Te equivocas. No tienen más espacio vital que el Acantilado; sucede que emprenden su propio sueño.

Tenía razón el Abuelo. También los animales tienen su corazoncito. Aman, sufren, sueñan.

—Y su Acantilado, que no difiere del de los humanos.

—Abuelo, qué buena lección de ecología me estás dando.

Comprendí que un Embajador de Sueños es antes que nada un narrador. Sólo un narrador. Siempre un narrador.

—Abuelo, pero los hechos cambian según quién los cuente.

—Los hechos no cambian. Sucede como con el amanecer o el atardecer. Cada día amanece y atardece. Eso no cambia; cambian los matices de luz que policroman el paisaje. Quedan los hechos.

Lo cual me hizo pensar que la narración de la vida es siempre una aproximación. A veces buscamos justificantes a lo que hacemos.

—¿Lo ves? Los hechos son intangibles. Ahí están; no se pueden cambiar. Las justificaciones son sólo excusas.

Yo no era una excepción. ¿Cuántas excusas no había puesto a lo largo de la vida para evitar viajar hacia dentro? Tratando de salir del tema, lo cual dejaba en evidencia mi evasión o excusa, estuve a punto de decir que somos tiempo y eternidad. Me detuve a tiempo. Sabía que las cosas y las palabras son vulgares sacadas de contexto. En cambio, no pude evitar que el Abuelo, en forma de sutil reproche, dijera.

—La vulgaridad y la frivolidad está reñida con los sueños.

Pensé: quién sabe, quizá Don Quijote estuviera loco, pero nunca fue frívolo. Supo hacer el viaje circular hacia dentro de sí mismo. Quizá encontró en sus sueños más

molinos de los previstos, que al circular sobre la enjuta presencia de caballo y caballero dio con ellos en tierra. Los sueños permanecieron en pie.

—El Quijote fue un hombre en mayúscula.

—Abuelo, los sueños también son en mayúscula.

—Hijo, los sueños son dialéctica pura.

Disfrutaba discutiendo con mi Abuelo sobre todo lo habido y por haber. Era consciente de estar haciendo con él el viaje de la vida. La vida era un viaje, sin final y, por lo mismo, sin retorno.

—La diferencia radica en que nosotros viajamos con la alegría de ser conscientes de viajar.

—Pero no hay retorno.

Siguió un silencio compartido. También los silencios son necesarios. Crucial verdad para que las preguntas no apaguen nunca las respuestas.

—Son más importantes las respuestas que las preguntas.

El problema estaba en encontrar respuestas. No siempre es fácil. Hay más preguntas que respuestas.

—El ser humano pregunta mucho y responde poco.

Convinimos en que el ser humano tiene que nadar muchas veces contra corriente de su propia idiosincrasia.

—Hijo, la vida, como el mar, está cruzada de caminos invisibles, muy sutiles. Son caminos de búsqueda que confluyen en el mismo lugar.

—En el punto de partida.

—No, hijo, en el de llegada. Una vez en camino no hay vuelta atrás.

Cada vez comprendía menos. Ser Embajadores de Sueños me resultaba poético y fascinante. Pero el viaje hacia el interior de uno mismo no acababa de entenderlo. Pregunté.

—Abuelo, ¿con cuál de todas las metáforas me quedo?

—Hijo, las metáforas son como el oxígeno para vivir. Lo importante es la vida.

Ahora lo veía con más claridad. El viaje hacia el interior de nosotros era la vida misma.

—Hijo, pero para este viaje no hay que perder el camino.

—¿Cuál?

—El camino luminoso, radiante, y seguro, de la fe.

Me intrigaba la explicación discursiva del Abuelo. Me habló largo rato del apasionante mundo de la fe. Le dije:

—Abuelo, donde tú vayas, yo iré.

—Sigues sin entender. Hay caminos anchos; pero los hay tan estrechos que no queda más remedio que recorrerlos de uno en uno. Por ejemplo, el de la fe. En cuanto a los otros... Puedes venir conmigo.

Esa noche soñé que nos encontrábamos en la cima, enhiesta, majestuosa, del Volcán de Agua. Guatemala. A más de tres mil metros de altitud, la mañana era radiante. Un cielo azul, intensamente limpio. Y por encima del Volcán, el universo infinito. Ladera abajo, entre el verde tupido y denso de la selva y los cafetales, pequeñas poblaciones indígenas.

—Hijo, aquel pueblo es San Juan del Obispo. Aquel Santa María. Y esa ciudad se llama La Antigua.

La Ciudad de Antigua, la Ciudad Colonial de las Américas, por excelencia, estirada como una alfombra de colores; de calles tan bien trazadas y rectas, que parecen hechas a cordel, y donde, si uno aplica el oído sobre el empedrado antiguo, aún parecen resonar los cascos de los caballos de Don Pedro de Alvarado y sus huestes. Qué mirador de excepción.

—Te habrás dado cuenta que La Antigua es apta sólo para poetas. Cada piedra, cada monumento, cada rincón cubierto de buganvillas es un poema.

—Un mojón clavado en el tiempo.

—Un indicador de mensajes.

—¿Qué mensajes?

—Mensajes de los dioses Mayas.

El pulular de los indígenas, con sus trajes multicolores, era como si, de pronto, el alma de esta raza, aparentemente anclada en el paisaje sin par de la Ciudad, llamada de la Eterna Primavera, se hubiera vestido de fiesta.

—Para el indígena no existe el tiempo. Existe la vida.

—Y la vida se hermana con el paisaje.

—Y con la tierra, con los árboles, con las quebradas, con los duendes y leyendas, con los antepasados.

El Abuelo estaba emocionado.

—¿Con los antepasados has dicho?

—Sí. Los indígenas se comunican constantemente con sus antepasados.

—Será con Dios.

—Con los dos.

Acurrucados en lo más alto del Volcán, el Abuelo y yo observábamos, fascinados, cuanto sucedía cerca o lejos, y en nuestro propio entorno.

—Abuelo, ¿de no haber sido por el terremoto que convirtió a la Antigua en la más emblemática y bella ciudad de América por sus ruinas, sería en la actualidad tan bonita como es?

—A buen seguro que no. En todo caso, esta es una ciudad con alma.

El alma de un pueblo es también su fe. Los indígenas mayas plasmaron su fe en piedra.

—Una cultura ancestral traducida en personalidad y dignidad.

—La técnica despersonaliza.

—Cultura y dignidad se construyen desde la humildad.

En este sentido, este es un pueblo humilde, sufrido, laborioso, tesorero. Admirable, en verdad. El alma de esta gente es exquisita, como sus paisajes paradisíacos.

La vida y los días iban pasando, como en espiral, lenta y tranquilamente. No existía la prisa. Cada cosa, todo, tenía sentido. Era la lógica de un mundo en movimiento, pero sin prisas. Desde ese mirador, impresionante y de excepción, podía contemplar a mis anchas largos trozos de historia, emanados como de un pergamino que se desenrolla y estira. Ante mis ojos, llenos de la luz purísima de un cielo terso, la rueda de la historia giraba con suave lentitud.

—¿Sabías, que esta ciudad está declarada Patrimonio de la Humanidad, por la Unesco?

—Por la Unesco y por méritos propios.

Los turistas iban archivando embriagadoramente en sus cámaras fotográficas, cada rincón, cada monumento. Eran las ruinas con más vida que jamás nadie hubiera visto.

—Hijo, los turistas son, como nosotros, archivadores de sueños.

A la policromía de las buganvillas se unía la de los trajes de los indígenas, ellos y ellas. Cada estampado estaba lleno de simbología.

—La Historia está hecha de símbolos.

La Antigua, constituida Capitanía General para todo Centroamérica por Don Pedro de Alvarado, resultaba ser una ciudad símbolo. Junto a edificios tan emblemáticos como la Municipalidad, la Catedral y el Palacio de los Capitanes, veíamos pasar a los indígenas, enjutos de carnes, morenos de sol, coleccionistas de muchas lunas, pero con un porte tan señorial que acreditaba, sin más documentación, su hidalguía de raza y de sangre.

—Cada rostro es como para una acuarela.

—Y la belleza radiante y juvenil de sus patojas, de sus muchachas, es como de gracia llena, como noche de plenilunio.

—Como “la luna gardenia de plata”. La luna de Xelajú.

Un pueblo con alma florecida de lunas llenas, en su eterna primavera. Veíamos a los indígenas adorar, alabar y dar gracias a Dios. Entraban a la Catedral, se arrodillaban, prendían velas a sus santos.

El indígena, más allá de la estructura endeble de las cosas, trasciende la materia, y con su alma limpia sabe llegar hasta Dios.

Como nos llegaba a nosotros La Antigua. Hacia cualquier parte que se dirija la vista, todo resulta maravilloso: conventos, edificios civiles, universidad..., todo. Singular belleza. Ahí están, si no, los conventos de La Merced, Capuchinas, Santa Teresa, San Agustín, Santa Catalina, San Francisco..., donde reposan los restos del Hermano Pedro Betancourt, beatificado y santificado por los indígenas mucho antes de que la Iglesia lo hiciera.

—¿Qué libro es ése que tienes ahora en las manos?

—El Popol Vuh. El libro de las Antiguas Historias del Quiché. Escucha.

Y el Abuelo comenzó a leer:

—“Esta es la relación de cómo todo estaba en suspenso, todo en calma, en silencio; todo inmóvil, callado, y vacía la extensión del cielo. Esta es la primera relación, el primer discurso. No había todavía un hombre, ni un animal, pájaros, peces, cangrejos, árboles, piedras, cuevas, barrancas, hierba ni bosques: sólo el cielo existía”.

Y continuó:

—“No había nada dotado de existencia. Solamente había inmovilidad y silencio en la oscuridad, en la noche.

Sólo el Creador, el Formador, Tepeu, Gucumatz, los Progenitores, estaban en el agua rodeados de claridad”.

—Detente, Abuelo. Había claridad. La Creación es claridad.

—Dios es la claridad.

Un quetzal cruzó la enramada umbrosa de la selva.

—Es el Ave Símbolo de este país único y singular. Simboliza la Libertad.

Dos hermosos símbolos: Claridad, y Libertad. Ambos expresados en el lenguaje sublime de un poema a colores.

—Abuelo, el alma del indígena es también un poema a colores.

Los indígenas iban y venían. Con sus atuendos pintorescos y elegantes daban la impresión de estar anclados más allá de los días; de haber hundido sus raíces en los tiempos remotísimos de la historia. Algunos portaban sobre sus espaldas grandes cargas que sujetan a la cabeza con el mecapan. Era como si llevaran a cuestas un trozo largo de historia.

Me di cuenta que el Abuelo no quiso decirlo, pero intuí su pensamiento.

—No te preocupes, Abuelo, porque se nos hayan adelantado. Ellos, antes que nosotros, son los verdaderos Embajadores de sueños.

MENSAJE DEL NÁUFRAGO

—Hijo, estamos en la Selva del Petén.

—Dicen que es la más grande de América, después de la Amazonía.

—Así es.

Pirámides, mitos, cosmogonías esculpidas en las estelas del tiempo. Selva misteriosa. Selva por todas partes invadiendo y sepultando el misterio de hombres y dioses mayas amordazados bajo la vegetación copiosa de un lujuriente verde tropical.

—Dicen que es la cuna del Pueblo maya.

—Tanto como eso... El Pueblo maya no se reduce al Petén. Pero es un Pueblo singular, a caballo entre el mito y la realidad.

Cuando la realidad se sublima hasta alcanzar la categoría de mito es muy difícil distinguir la parte que le corresponde a cada uno. Fácilmente se hermanan y confunden mito y realidad.

De las siete razas principales que conforman la actual Guatemala, la más numerosa sin duda, la Quiché. Están también los Manes, Sujtujiles, Kajchikeles, etc. Todos con denominación de origen maya. ¡Cuántos caminos recorridos! ¡Cuántas lunas archivadas en el haber de la historia al conjuro de los días, del tiempo y de la fe!

—Hijo, hasta que surge un Pueblo.

—Con sus leyendas, sus mitos y sus ritos. Por cierto, Abuelo, ¿de qué fe?

La pregunta me pareció oportuna. No sabía si los intercambios de personas conquistadas como botín de guerras tribales, para el sacrificio a los dioses, o con otros fines, eran también caminos de fe.

—La respuesta está en los jeroglíficos.

Algo ha quedado marcado a tiempo en jeroglíficos míticos. Por más que la selva, inflexible y cruel, se lo traga todo, el pasado está esculpido en jeroglíficos de piedra. Es difícil señalar las diferencias entre mito y realidad. La historia, la gran novela, lo fagocita todo. Y así, la leyenda resulta ser la página actualizada de la historia.

—Entonces, ¿no toda esta gente es maya?

—Si acudimos a las raíces, seguramente no. Desde el mito, todos.

Aunque la selva resulta sobrecogedora, toda ella es un poema en flor. Y Guatemala la novia de los dioses, sobre

todo cuando, linda y juvenil, se mira en el espejo terso y transparente del lago Atitlán.

Fue allí, bajando de Sololá a Panajachel, cautivados por aquel paisaje de ensueño, cuando nos topamos con la puntual advertencia a los conductores: “No apto para poetas”.

—¿Te has fijado, Abuelo?

—Es que estamos ante el lago más bello del mundo.

Lago profundo de cristalinas aguas, espejo de hadas en noches de luna llena. Como íbamos hablando de mayas, pregunté al Abuelo.

—¿Es cierto que los mayas descubrieron el valor del número 13, y el calendario, antes que los aztecas?

—Cierto.

No se trataba de jugar con la magia del número 13 un juego de adivinanza o de superstición.

—Hijo, es el número de la inteligencia.

Muchas eran las emociones que nos embargaban. Habíamos, sin duda, entrado en el componente emocional de la mitología que envuelve a este pueblo, donde la vida se mueve sin prisa, con la cadencia de un rito que envolviera el hacer y el quehacer de cada instante. Hay una cosmogonía de lo sagrado que lo envuelve todo. La tierra es sagrada, el maíz es sagrado, las imágenes son sagradas. Todo cae bajo el prisma de lo sagrado.

—¿Es éste un pueblo panteísta?

—Ni mucho menos. Son gente impregnada de un gran respeto a todo aquello que le trasciende.

Y el Abuelo fue explicando que se sienten trascendidos incluso por quienes siendo sus semejantes, consideran que están por encima, ya sea en razón de la preparación cultural, o simplemente académica. El indígena tiene un profundo sentido de humildad. De humildad y de respeto. Vive su vida con sentido trascendente. Ésa es, en parte, la razón de que sus finados y antepasados estén tan presentes en su pensamiento.

—Los caminos de la fe son caminos de encuentro.

Atinadamente lo estaba indicando el Abuelo. Sin duda, un camino diferente al del raciocinio intelectual, pero importante.

—En el fondo, viene a ser el camino del corazón.

El nuestro era un camino más orográfico. El Lago de Atitlán, donde coquetean su belleza las hadas todas de la selva, nos afluaba en sus aguas limpias y transparentes leyendas ancestrales de princesas encantadas. Yo disfrutaba viendo disfrutar al Abuelo. Preguntó.

—Por cierto, ¿dónde está el ejemplar del Popol Vuh que llevaba en la mano?

—En la cima del volcán de Agua. Debiste olvidarlo

mientras mirabas de reojo a las “patojas” de Antigua. Que te vi, Abuelo...

—¡Qué despiste!

—Pues ahora, no te despistes y contempla esta belleza paradisíaca.

Los poblados de los alrededores del lago, sentados en mesa redonda como si de los apóstoles con Cristo se tratara, cuyos nombres llevan, guardaban y ornaban la belleza de sus riberas.

Acababan de abrir la nueva carretera que va de Patulul a Mazatenango, la ciudad del Venado. Por acortar tiempo, por allí nos dirigimos a la costa sur. Tratando de aliviar el calor de la tórrida Mazatenango nos sentamos a la sombra que la estación del ferrocarril proyectaba. Le pregunté al jefe de estación:

—¿A qué hora llega el tren?

Sin asomo de sarcasmo, respondió:

—¿El de hoy o el de ayer?

—¡Hombre...!

Compadecido de mi actitud facial suspensa en el aire por la extrañeza, igual que una instantánea, puntualizó:

—Es que, el de ayer aún no ha llegado.

¡Nada de extraño había en que no hubiera llegado; el calor derretía hasta las ideas! Ni una brizna de brisa. Daba la impresión de que la vida y los relojes se hubieran detenido. Tanta era la modorra.

El tren no había llegado. Eso quedaba claro. No sin ironía le comenté al Abuelo:

—He aquí la mejor definición del movimiento continuo.

—Hijo, lo importante es el tren.

—¿El tren?

Caí en la cuenta de lo que quería decirme. Está el tren. Éste resultaba ser, en el pensamiento del Abuelo, todo un símbolo. El tren representaba la vida. Le dije.

—Y están los demás, los otros. Todos van y vienen, aunque a veces por caminos tan distintos.

—Nos une la vida; vamos en el mismo tren. Como nosotros, ellos son también buscadores.

Lo habíamos visto en Antigua. Lo acabábamos de ver en el lago Estaría o no en lo cierto, pero el Abuelo sentenció:

—En el choque de culturas que al correr del tiempo se da, hay una mezcla de razas no una fusión.

—¿Quieres decir que las razas, como las culturas, se entrecruzan, pero que no se fusionan?

—En efecto. Las raíces son intransferibles. El árbol cambia de hojas, no de raíces.

Quizá comenzaba a entender ahora la respuesta a la pregunta formulada, sobre si esta gente era, o no, maya.

—Por más que nos parezcamos, y aunque el cosmos sea la matriz universal de todos, cada quién sigue siendo hijo de su padre y de su madre.

Viendo que el tren no llegaba, ni el de hoy ni el de ayer, el Abuelo y yo echamos a andar vía adelante. Total, el tren no iba a pasar... Camino a la frontera, para llegar hasta Yucatán. Olvidaríamos los relojes.

—Hijo, nos acompañarán los libros.

—Siempre son nuestros invitados de honor.

Había caído la noche. Alta estaba la luna.

—Abuelo, ¿cómo es la luna de Xelajú?

—Como la que estás viendo, pero con música.

El Abuelo se puso a tararear la incomparable y romántica “Luna de Xelajú”, de Paco Pérez:

*Luna gardenia de plata
que en mi serenata te vuelves canción,
tú que me viste cantando
me ves hoy llorando mi desilusión.*

*Calles bañadas de luna
que fueron la cuna de mi juventud,
vengo a cantarle a mi amada
la luna plateada de mi Xelajú.*

*Luna de Xelajú
que supiste alumbrar,
en mis noches de pena
por una morena de dulce mirar.*

*Luna de Xelajú
me diste inspiración,
la canción que hoy te canto
regada con llanto de mi corazón.*

*En mi vida no habrá
más cariño que tú
porque no eres ingrata
mi luna de plata, Luna de Xelajú.*

*Luna que me alumbró
en mis noches de amor,
hoy consuelas la pena
por una morena que me abandonó.*

Al escuchar la hermosa melodía, alguien se aproximó a nosotros. Nos saludó cordial. Era Pierre Ivanoff. Excelente conocedor del país de los mayas, nos acompañaría en el viaje. No venía solo. Como en el más bello cuento de hadas, y saltando sobre las traviesas de la vía, nos seguía

un número incontable de gente. Todos aquellos que viajaban en nuestros libros.

Habíamos atravesado de un extremo al otro, del Pacífico al Atlántico. Llegando estábamos a las costas de Yucatán; justo en ese momento, amanecía. Así, de golpe, como es lo normal en el trópico. Algo me llamó la atención.

—Abuelo, alguien está naufragando en esa goleta.
—Creo que se trata de Jerónimo de Aguilar.

Era una ocasión de oro para que nosotros, Embajadores de Sueños, le hiciéramos una entrevista. Nos acercamos a la costa. Nos salió al encuentro, adelantándonos, Hernán Cortés. De repente, en un abrir y cerrar de ojos, los dos desaparecieron. El Abuelo me advirtió.

—Hijo, has de saber que ése es un fraile; bueno, digamos que un fraile aventurero. Por más señas, experto en lenguas, traductor con doña Marina La Malinche, para Cortés.

Los libros, todo nuestro equipaje de Embajadores de Sueños, descansaban ahora bajo el cielo intenso, luminoso y cálido, del trópico. A nuestro alrededor no vimos ya a nadie más. Luego, una ola desmayada sobre la playa arrojó a nuestros pies una botella. Llevaba dentro un mensaje. Una escueta nota, enigmática, decía: "El transiberiano, nunca arrancó; el mazateco, nunca llegó".

—Abuelo, ¿qué es esto?

—El mensaje de un naufrago. Está muy claro. ¿No acabamos de estar recientemente en Mazatenango?

—Sí; donde el tren de hoy, que era el de ayer, no había llegado.

—¿Y no estabas leyendo hace un momento “El futuro fue ayer” de Torcuato Luca de Tena?

—Sí.

—Pues eso. ¿Qué día es hoy?

—Víspera del primero de enero, del año de gracia del Señor de mil...

—No sigas. Nosotros estamos por encima del tiempo. Somos una metáfora intemporal.

—Pues aquí dice: del año 1511.

—Justamente; por consiguiente, 1511 válido tan sólo para el público en general, no para nosotros. Créelo. Ese fraile aventurero, también era un buscador.

—¿Cómo dijiste que se llama?

—Jerónimo de Aguilar.

Mientras el Abuelo se tomaba un descanso, me quedé mirando con ternura sus libros, que también descansaban en una mochila. Me intrigaba el mensaje hallado: “El transiberiano nunca arrancó”. El Abuelo, que descansaba pero no dormía, alzando la vista por encima de la playa, dijo:

—Hijo, del transiberiano nos ocuparemos otro día. Ahora descansa también tú.

EL TRANSIBERIANO

Sentí un escalofrío. En alas del pensamiento, y de nuestra valiosa valija diplomática, habíamos trasladado la Embajada del Sueño a la Siberia.

Ahora era la tundra, helada, interminable, infinita, la que se extendía a mis pies. Tenía el color blanco-ceniza de la soledad de la nieve. Nunca había sentido tan de cerca la tristeza del paisaje aterido. El tren transiberiano se movía con pesada monotonía. En la mochila del Abuelo los libros se agazapaban, congelados de frío, como queriendo huir de su soledad, que no se diferenciaba mucho de la nuestra. Alguien saludó.

—¡Buenos días!

—¡Buenos... días!

La respuesta al saludo del interventor casi quedó colgada de mis labios. Era un señor educado, pero infundía miedo.

Por lo demás, se supone que fue eso lo que dijo. Se expresó en una lengua que no entendí. Esbocé una sonrisa, cortés y amable; le extendí los billetes y continué mirando por la ventanilla. El revisor se limitó a cumplir su deber. Nos miró, picó el billete, anotó y se fue.

El Abuelo, que leía desde hacía rato, prosiguió inalterable la lectura.

—¿Qué lees, Abuelo?

—Un libro prohibido por estos parajes: Archipiélago Gulag.

Disimulado tras unas pastas del Quijote, para que resultara menos sospechoso, el libro del Archipiélago más prohibido en estas latitudes y que él, deliciosamente, sostenía en sus manos, nos iba pasando por un campo de alambradas, de exterminio, de sufrimientos indecibles. Eso, al menos, fue lo que me contó el Abuelo. Le contesté:

—Pues corremos peligro, Abuelo.

—Siempre ha resultado peligroso leer. Es mucho más no hacerlo. La ignorancia es la peor dictadura.

Alguna vez oí que alguien decía:

—“Temo al hombre de un solo libro”.

El Abuelo soltó una carcajada.

—Sí, porque ¿dónde va uno con un solo libro? Es como tener el coche al límite de la reserva de combustible. Hijo, la ignorancia es, más que atrevida, peligrosa.

Según atravesábamos la tundra, sentí como si una fuerza interior me empujara con fuerza. Eché a correr. Con dramatismo y furia, salté las alambradas electrificadas y seguí corriendo. Crujía la nieve bajo mis pies y el aullido de los lobos me estremecía. Lejos, muy lejos, podía vislumbrar no sé qué lejana playa de la libertad. Y más allá, entre la niebla, dominándolo todo, se adivinaba el Acantilado.

Yo corría, mi mente corría, el Abuelo corría. Corríamos juntos y más que el tren. Este seguía avanzando despacio, fatigosamente, con una especie de desaliento aprehendido en la monotonía interminable de las estepas siberianas. El frío se colaba por los vagones casi vacíos.

El Abuelo cerró el libro. Me miró. Nos sonreímos los dos. Desde mi sitio veía el dormir acompasado de algunos otros pasajeros.

Pero observé que en los asientos más cercanos no había nadie. Menos mal. El sentido del ridículo me incomoda. En las galerías de mi mente había también mucha soledad. Me fui adormeciendo, estirado como el paisaje borroso de la estepa interminable, y mi mente buscó el Acantilado. Allí sí se estaba bien. La explanada del Acantilado era el

punto más opuesto al paisaje gélido de la tundra. De pronto, sentí un frenazo en forma de golpe seco y chirriante. Me sobresalté.

—Abuelo, ¿qué ha pasado?

—Nada, un frenazo.

El tren había efectuado una parada en una estación perdida en medio de la tundra.

—Pensé que había sido un terremoto; como el de Lisboa.

—Ese tuvo lugar el año 1755. Aún no habías nacido.

No estaba seguro. Mi mente permanecía en estado medio intemporal; tanto era el miedo que llevaba. Levanté la vista hacia la mochila donde iban los libros. Uno de ellos, Cándido, casi se cae; pero estaba tranquilo. Él había estado allí de manos de Voltaire; él me lo podría aclarar. Pero no dijo nada. El asiento contiguo seguía vacío. Y la estación desierta; la pequeña campana que sobresalía por entre el frío y la neblina me recordó las que había visto en las antiguas estaciones ferroviarias de la España primitiva. Me enfundé aún más en mi chamarra. Tras la ventana de la estación se adivinaba una sala y en ella una vieja estufa a carbón. Parecía una cárcel, si bien, quizá más caliente. Me acordé de Marco Polo cuando dictaba a Rusticiano de Pisa el Libro de las Maravillas del mundo.

—Hijo, pero esto no es Venecia.

—Por supuesto; ni hay agua ni sol, ni góndolas ni romances.

—Es la Siberia, la tundra, el hielo. Archipiélago Gulag.

Un plebeyo y sabroso bocadillo de tortilla a la española, que acreditaba nuestro origen, nos devolvió a una realidad más risueña.

A dúo con Sorozábal, me puse a tararear Katiuska:

—¡Katiuska, Katiuska, qué va a ser de ti...!

El Abuelo disfrutaba. Cantábamos fuerte, aprovechando que no había nadie en nuestro departamento. En el departamento contiguo alguien lucía sus facultades. Con voz de bajo profundo, cantaba viejas canciones del Don.

El tren seguía su marcha. ¿Hacia dónde? Cambiando de postura, me volví hacia el asiento que ocupaba el Abuelo. Iba envuelto en un largo gabán cuyo color tiraba a blanco. Cualquiera podía haberlo confundido con Gregorio XVII.

—Abuelo, ¿dónde está la estación final?

—Hijo, ya que me encuentras un parecido con su Santidad, él podrá responderte con más autoridad que yo.

Le formulé la pregunta, con breve pero importante matización.

—Santidad, usted que acaba de tener una visión espectacular sobre el fin del mundo, dígame, ¿vamos bien en esta dirección?

El venerable anciano, Gregorio XVII, me miró compasivo, casi con mimo. Temía, como el que más, el estallido de una guerra nuclear; se limitó a decir que somos los bufones de Dios. Lo dijo, y tuvo que abdicar. Sentí una especie de rabia reprimida, e increpé a Morris West, que era en realidad quien lo había dicho desde uno de los libros.

—Señor West, usted juega con los sentimientos.

—¿Estás seguro? El amor, la fe, la esperanza, viajan en el mismo vagón. Es dirección única.

Alguien carraspeó. Volví la cabeza, porque el sonido venía de otro lado. Era Antón Chejov. De momento no dijo más. Luego, como haciendo sitio al silencio, quitó el vaho del cristal de la ventanilla con la manga de su abrigo. Después de un intrigante silencio continuó.

—¿Ves esos pobres campesinos? Están ateridos de frío y muertos de hambre. ¿Qué esperanza de vida tienen?

Casi no tuve valor para responderle. Al fin dije:

—Ninguna; pero son los pocos clarividentes que aún quedan en el mundo, por más que no sepan leer ni escribir, señor Chejov.

—Son esclavos; simplemente esclavos, eternos esclavos.

Intervino el Abuelo. Me sentí más tranquilo. Su aserto fue:

—En todo ser humano que vive esclavizado se incuba el resentimiento, el odio, y la sed de venganza. Esa sed de venganza rebasa toda ética. No puede haber amor donde no hay justicia.

Tenía razón el Abuelo. Me hubiera gustado escuchar esto de boca de algunos políticos. Pero sus frases solían ser más redondas, hasta hermosas, pero y al mismo tiempo, vacías.

Por la abertura de la mochila, y como queriéndose escapar, se asomaban ahora todos los libros que con tanto cuidado el Abuelo llevaba escondidos. Nos podían haber metido en la cárcel por contrabando de libros. Las dictaduras no se llevan con la cultura.

—Cada libro abre caminos de incansable libertad.

Lo dije, y los libros se pusieron a aplaudir. Pero ¿qué era la libertad? La libertad resultaba siempre tan insidiosa como la verdad para determinadas personas. Grité:

—¿Alguien me puede responder? ¿Qué es la libertad?

El señor Kundera, como dubitativo, contestó.

—Yo diría que..., que el amasijo de una historia de amor, celos, sexo, traiciones...

—¿Ah, sí? ¿A eso llama usted libertad? ¿Para terminar limpiando cristales como Tomás, el médico, en La insoportable levedad del ser? ¿No será mejor deshacer el amasijo?

El Abuelo me tiró de la manga. Luz ámbar. Alarmas encendidas. Peligro. Pero puesto ya en el disparadero, le espeté.

—Ése es argumento válido para una novela, para cualquier novela, no para mí. No me convence. Aunque, por lo demás, debo felicitarle: Su novela me ha encantado.

Le solicité un autógrafo, a lo que accedió gustoso.

—¡Gracias! También usted es un buscador.

No sé si captó mi apostilla. El Abuelo me sonrió. Luego siguió un largo silencio. Miré por las ranuras que, al escurrirse, el vaho dejaba en el cristal.

Se adivinaba, a lo lejos, un pequeño poblado. Casas humildes, de madera. Me pareció ver a Nilovna, la madre de Gorky, quien disfrazada de peregrina iba corriendo de puerta en puerta. No pedía limosna; repartía literatura, presuntamente, subversiva. Seguro que en aras de la libertad.

Casi grité.

—¿De qué libertad?

—Simplemente, la libertad. ¿Te parece poco?

Alvin Toffler, era quien terciaba ahora. Le respondí amablemente, por el respeto que me merecía.

—¿Acaso pediría nadie la libertad si no fuese esclavo?

Conocía sus libros. Añadí:

—No es usted un profeta; pero sabe penetrar como nadie en el futuro de, por ejemplo, la economía mundial. La misma que se mueve desde fuerzas ocultas en la era de la informática.

—Le agradezco su apreciación. Ciertamente, la informática está resultando ser la auténtica revolución de los tiempos actuales. Va mucho más allá del capitalismo y del socialismo.

Resultaba agradable su conversación. Continuó:

—Pero convendrá conmigo en que el altar del sacrificio seguirá siendo el mismo: la política por la política. ¿A qué nos lleva la política...?

—Señor Toffler, era la pregunta que pensaba hacerle: A qué nos lleva la política. Pero se me ha adelantado.

—La política es el gran negocio que mueve los hilos de la gran marioneta en que hemos convertido el mundo.

De sus palabras deducía que estamos condenados a tener que soportar que se siga escribiendo la misma historia de siempre: la de todas las esclavitudes.

Mientras transcurría nuestra animada conversación, extraje de la mochila la bota de vino. Se la ofrecí. Agradeció la invitación y paladeó gustoso un trago. Luego, bebieron los demás.

—¿Del Duero?

—No, no; del Ebro, que lleva más agua, y al pasar por el Pilar la Virgen lo bendice.

Todos rieron. Y cada quién siguió en sus tareas. A quien vi de mejor humor fue a Graham Greene. Dando un fuerte apretón de manos a su Monseñor Quijote, cerró la puerta de Rocinante, el pequeño auto, una vez que Sancho logró acomodar su generosa humanidad, y los despidió. Volviéndose hacia mí, me dijo:

—Este sí es un sueño posible.

—¿Ha dicho posible?

—Es que, los sueños imposibles no existen. Los imposibles, llegado el caso, están en las ideas; no siempre se pueden llevar a cabo.

Su Monseñor Quijote estaba salpicado de cómicas aventuras en sus intensos debates sobre todo lo habido y por haber: religión, moral, política... De todos modos, en lo personal prefería al otro Quijote, al soñador.

Lo que no estaba para sueños era el frío. Sentí, de pronto, que todos los personajes de los libros se habían entumecido, igual que mis piernas. Me puse en pie y comencé a recorrer, tambaleante, el viejo tren. No había nadie. Quedaba el frío. Un frío espantoso que paralizaba la tundra; que atenazaba con su terrible soledad toda la Siberia.

CHIMENEAS DE LAS HADAS

Había pasado parte de su niñez, casi toda su juventud y el resto de su vida al completo, como pastor de sueños. Pastoreaba el rebaño junto al Acantilado. Un poco escorado a la izquierda por aquello, decía, de que ahí está el corazón, había archivado en sus sentimientos las alegrías de la gente libre y el dolor que todas las guerras, habidas y por haber, producen. En cuestión de guerras y batallas, nunca estaba a favor de uno u otro bando. Cuestión de principios. Decía:

—En la guerra nadie tiene razón; aunque unos son más culpables que otros.

—¿Quiénes?

—Quienes la inician.

Lo dicho, cuestión de principios. Pero al Abuelo le dolía en el alma ver el dolor de tanta gente inocente, humillada, explotada, vilipendiada, masacrada..., como él decía. Por eso había recorrido, sin más salvoconducto que sus libros, todas las guerras antiguas y modernas.

Había estado en la batalla de las Termópilas cuando las guerras Médicas. Y en la del Peloponeso, por citar alguna.

—Guerras fratricidas, -decía.

Contaba que dorios y egeos, jonios y atenienses -antes y después-, unos por tierra, por mar los otros, todos se habían atacado. Espartanos y corintios, y al revés, todos habían dado y recibido mandobles generosamente. Naturalmente, nadie salió bien parado. Ni tan siquiera los atenienses, que por controlar el mar Egeo creían controlarlo todo. Nadie. Las costas, dentro y fuera de ellas, es decir, por tierra y por mar, eran campo habitual de guerra. Y si no había guerra, la inventaban; tanto tirios como troyanos. Así decía. Y añadía:

—Y no creas que las cosas han cambiado mucho con respecto a la actualidad.

Corinto quería unirse a Esparta para luchar contra Atenas. Los tebanos, que eran de la oposición, seguía diciendo el Abuelo, a punto estuvieron de disolver la Confederación de Delos. Cuestión de cabezonadas, mataba. Y añadió:

—Y a Fidias el escultor, quién si no, lo metieron en chirrona por el timo.

—¿El de la estampita?

—No, hijo, peor. Construyó la estatua de Atenea con una aleación de oro más baja de lo estipulado. El resto de oro se lo quedó.

—Bonita manera de enriquecerse pronto.

—Un pillo. En esto, los tiempos tampoco han cambiado mucho. Pero sigamos.

Y el Abuelo, pastor de sueños desde su infancia, opuesto siempre a la guerra, contaba que se apuntaba a todas las manifestaciones públicas. Solía decir:

—Para cualquier huelga que se convoque, avisadme; excepto si es de hambre.

Y es que, el Abuelo era de buen yantar. Decíamos que había estado en todas las guerras. Aunque enseguida agregaba:

—Pero no participé en ninguna. Ya sabes, hijo, que a mí las guerras no me van.

Ni las jónicas, ni las macabeas, pongamos por caso. Ni las de antes ni las de después de Maratón, Termópilas, o Salamina. De haber tenido oportunidad, y en el supuesto que un día se hubieran encontrado Napoleón Bonaparte y él, seguro que el corso deponía las armas. El Abuelo tenía argumentos suficientes para estar en contra, y persuadir, a todos los artificieros de la guerra. Lo dicho, argumentos tenía. En cambio, no estaba tan demostrado su poder de convencimiento: era poeta. Y ya se sabe, el pajarillo muere cantando en la enramada, por los disparos del vil cazador. En la enramada de los poetas, precisamente, andaba cantando, cuando le sorprendió la guerra civil de Estados

Unidos. Y la primera mundial; y la segunda; y, de llegar que Dios nos pille confesados, la tercera. Solía quejarse:

—Hijo, que el mundo está muy revuelto; y lo estará más.

Participó también en la guerra de Vietnam; y la del Golfo; y la de Afganistán; y la de Irak. No sucumbió en los repetidos y constantes ataques entre palestinos y judíos, y al revés, por pura casualidad. Su queja era fundada.

—Las guerras no han hecho sino llevar gente al infierno del sufrimiento más atroz y antihumano.

Singularizaba cada guerra. Mientras desplegaba el mapa de las guerras, habidas y por haber, aproveché para preguntarle:

—Abuelo, ¿dónde está el infierno?

—¿No lo estás viendo? ¿No ves todos los días los telediarios? ¿Tantos niños inocentes destrozados por los omnipresentes Herodes de turno? Te aseguro que detrás de cada niño inocente hay un asesino apuntando y dispuesto a disparar. ¿Te parece poco infierno?

El hombre se sulfuraba cuando surgía este tema. Y añadía:

—Hijo, cada guerra es una maldición. El instinto thanático es el peor virus informático que ha podido invadir la

mente del ser humano. Eso sí, las guerras son un gran negocio. Esta es la razón verdadera por la que no acabarán hasta después de finalizar el juicio final.

En su papel de Embajador de Sueños había recorrido, tiempo atrás, la Siberia, para alertar a los bolcheviques de que la revolución estaba llamada al fracaso. No le hicieron caso y, para colmo, casi se muere de frío.

Cuando lo más duro del invierno había pasado, me dice:

—Ahora que ha llegado el buen tiempo, vámonos a lugares más tranquilos.

Fue así cómo un día, dejando en orden el Acantilado, puso rumbo a la actual Turquía, el país de extraordinaria belleza. El Asia Menor, de los antiguos; cuna de importantes civilizaciones; de hombres ilustres, que tanta influencia tuvieron en la cultura griega, como Tales de Mileto, Anaximandro y Anaxímenes. Cómo no recordar a Heráclito de Éfeso, a Lupecio, Demócrito, Protágoras y Pitágoras; a Homero, Hipócrates, Herodoto, y tantos otros. Lugar donde transcurrió la infancia, y gran parte de la juventud, de la Iglesia. Donde nació Saulo de Tarso, el impulsor más grande del cristianismo. Y muchos de los llamados santos Padres. Donde se celebraron los grandes y más importantes Concilios. Donde se promulgaron dogmas; hubo herejías y contra herejías. Donde cada piedra guarda un trozo grande de historia que rejuvenece la

vida actual con redoblada vitalidad. Cómo no recordar Pérgamo, su biblioteca y sus pergaminos. Y su Asklepión. La Tracia europea, y la Anatolia asiática, que forman la actual Turquía. Asia y Europa, unidas por el mar del Mármol, o Mármara, y el estrecho del Bósforo. La Turquía actual, de belleza cautivadora, rodeada de mares: Negro, Mediterráneo, Mármara y Egeo.

El Abuelo se entusiasmaba al contar. Por algo era también poeta. Como un turista enterado, no perdía detalle; pero sus ojos soñadores alcanzaban mucho más allá. Decía:

—Que a Turquía hay que ir con la blusa desabrochada, para que nos dé de lleno el aire fresco de la historia y de la sabiduría. Y llevar los ojos bien abiertos, para que quepa, si no toda, parte de su belleza y paisaje.

Así dijo, seguía y seguiría diciendo. En la ciudad que los hititas llamaron Adaniya; la misma que, según la leyenda, fundaron Sarus y Adanus, hijos del dios Uranus, la actual Adana, contaba el Abuelo que, tras pertenecer a los imperios Bizantino y Selyúcida, fue incorporada al Imperio Otomano en el siglo XVI. Y agregó:

—Como ves, Adana está enclavada en la fértil llanura de Cilicia, en la región de Çukorova. Daremos una vuelta, primero por la ciudad; luego visitaremos la Colina Negra. Te encantará.

Esta resultó ser un auténtico y hermoso museo de ruinas al aire libre.

—Esos preciosos relieves que, como ves, adornan la puerta de la ciudad, datan del siglo XVIII a.C. Se construyó como fortaleza por parte de los hititas.

—¿Y ha podido conservarse durante tanto tiempo?

—En realidad, todo esto fue descubierto por Bossert en 1946; luego, los arqueólogos turcos se encargaron de ir sacando a la luz tanta belleza.

Era verdad; cada piedra en la que tropezábamos o tocábamos, nos iba entregando, a manos llenas, trozos de vida guardados por el tiempo y el respeto que esta gente culta tiene a los valores incalculables de la antigüedad. Yo estaba maravillado.

—Pero has de ver más. En este país, estamos pisando tierra, tan sagrada y tan antigua, donde los asentamientos humanos se remontan al Paleolítico superior: 20.000 años antes de Cristo.

—¿Tanto?

—Lo podrás comprobar en la región de Antalya, por ejemplo.

Mientras el Abuelo, con su palabra fácil y sus conocimientos precisos, y casi sin darnos cuenta ni él ni yo, me iba instruyendo, yo me llenaba los ojos de jeroglíficos, de paisajes, y de piedras que guardaban vivo el recuerdo, el paso, o el asentamiento, de muchas civilizaciones.

Resultó indescriptible contemplar, en la Anatolia central, el embrujo de la Capadocia, por su extraña y original formación geológica. Y su silencio.

—Abuelo, esto es lo más bello que mis ojos han visto. ¿A qué se debe esta singular y caprichosa formación geológica que tanta belleza imprime?

—Fíjate al fondo, en los volcanes: el Ercydes, con sus 3.917 metros de altitud, y el Hasán, de más de tres mil doscientos: de ahí procede la toba arrastrada. La lluvia, la nieve, el viento, completan la erosión hasta convertir el paisaje en un paisaje de hadas.

—Efectivamente, estos montículos parecen hadas.

Paisaje de ensueño, de belleza y aridez, de silencio y colorido. Por aquí pasaron hititas, frigios, medos, persas, griegos, romanos y bizantinos.

—Abuelo, y tú y yo.

—Hijo, todos han pasado por aquí y dejado su impronta.

Contaba el Abuelo cómo a la muerte de Alejandro Magno la Capadocia pasó a manos de los romanos. Puente natural entre Asia y Europa, cruce de razas y de caminos comerciales, aquí vivieron y desde aquí impartieron la doctrina cristiana los tres famosos padres Capadocios. Me adelanté:

—San Basilio, san Gregorio de Nisa, y san Gregorio Nacianceno.

—Eso es; sin embargo, ya ves, del cristianismo ya sólo queda, prácticamente, la arqueología; y ésta sí abunda. El islam lo invadió todo.

Cierto. Las luchas iconoclastas, primero; el islam después, habían hecho mella. El Abuelo puntualizó:

—Sin embargo, el cristianismo tuvo aquí su mayor fuerza y esplendor entre los siglos II y XII, a pesar de las invasiones islámicas.

Testigo fehaciente de lo que el Abuelo acababa de decir y de un pasado glorioso y de esplendor, eran las iglesias, algunas minúsculas, otras más grandes, horadadas en la roca, y bellamente decoradas. A veces llevan el nombre del propietario del lugar donde se ubican. En el Valle del Göreme es una delicia admirar, por ejemplo, la Elmali Kilise, o iglesia de la Manzana; la Karanlik Kilise, o iglesia oscura; la Tokali Kilise, o iglesia de la Hebilla. Y tantas, y tantas otras que, además de deleitar la vista con sus magníficas decoraciones, deleitan sobre todo el alma.

En el Valle del Zelve, nos deleitamos con sus conos de piedra toba, su silencio majestuoso, sus casas de las hadas. Era como entrar por la vía misma de la naturaleza en el monacato, tan floreciente que fue. En muchos de los conos aún se conservan perfectamente algunos lauros monacales.

—Abuelo, aquí todo invita a la comunicación con Dios.
—El silencio es un regalo de Dios; vale tanto como la palabra. No todos son capaces de descubrirlo.

El silencio vale tanto como la palabra... Me quedé pensativo y traté de sacar partido a tan hermosa aseveración. Dada mi afición a buscar el qué y el porqué de las cosas, a punto estuve de preguntarle qué era el silencio. No hizo falta. La sintonía entre el silencio del valle y los sentidos era perfecta. Ahí tuve la respuesta. Cuestión de sintonía. Cambié el giro de la conversación.

—Abuelo, ¿los monjes y eremitas, sintonizaban con la gente?

—Por supuesto. Pero había sus diferencias de criterio. Por ejemplo: san Basilio decía que para llevar la gente a Dios había que estar en medio de la gente. Y, haciendo honor a su nombre, dispuso basileias por todas partes, una especie de servicio social a los necesitados. Otros pensaban que desde la soledad y la oración estaban sirviendo al pueblo. Ya ves, apreciaciones distintas.

En Uçhisar, lo primero que hicimos fue subir a la fortaleza. La panorámica que se ofrece desde la cumbre es única, indescriptible, lunar. Hacia cualquier parte que uno dirija la mirada se encuentran las chimeneas de las hadas. La erosión ha convertido el paisaje en único, irrepetible, y hasta sobrecogedor. Notoria resulta la presencia de iglesias bizantinas, como en Cavusín. O la gente dedicada a la alfarería, como en Avanos.

Mención aparte merecen las ciudades subterráneas, como la de Derinkuyu, con capacidad para diez mil personas; o la de Kaymakli, ciudad de diez pisos.

—Hijo, dicen hay cerca de doscientas ciudades subterráneas.

—Desde luego, representan una riqueza cultural impresionante.

—Ya ves, lo que son las cosas. Nosotros las admiramos como simples curiosos. Ellos las habitaron como refugio en los momentos de incursión del enemigo. Desde sus casas podían desplazarse rápidamente por pasadizos estrechos y ocultos que se comunicaban. Jenofonte ya las cita en la Anábasis.

Nosotros no teníamos que escondernos de nadie. Sentíamos el alma henchida de la riqueza religiosa, cultural, y humana, que desde el hondón de los siglos, otras gentes nos habían legado. Nuestra visita nos hacía ser parte de ellos. Y nuestro agradecimiento consistiría en legar su patrimonio a las siguientes generaciones.

Se aproximaban los Juegos Olímpicos de Atenas 2004. El Abuelo manifestó especial interés por asistir, y más estando tan cerca.

—No me interesan tanto los deportes, sino el sentido de cultura y paz que tal evento representa. Las Olimpíadas, además de deporte son cultura. Y Grecia es la cuna de la cultura.

Así dijo. Por todas partes resonaba la propaganda:

—¡Hellas! ¡Hellas! ¡Grecia! ¡Grecia!

Cierto es que la Grecia actual es nada más que un trozo de la Grecia clásica. Pero a buen seguro que guarda la esencia de un pasado glorioso como se constata en todo el inmenso territorio que su cultura abarcó.

—Vámonos, pues.

OLIVOS DEL OLIMPO

Desde la altura agreste del Olimpo, mitológica casa de todos los dioses griegos, donde nos habíamos instalado, la vista era espectacular. El verano estaba en su apogeo. El paisaje llevaba el tatuaje propio de la época. El reverbero de los rayos solares entre las nubes engrandecían la belleza de la deífica montaña. Por debajo de la algarabía de los colores dominantes en la mítica morada celeste, de más de dos mil novecientos metros de altitud, irisada de sol, sobresalía el color plateado de los olivos mecidos por el suave ondular de la brisa. Resultaba un conjunto majestuoso y sensual. Tesalia, Macedonia, el mar Egeo, eran una página abierta e inacabada de Historia antigua y moderna, al conjuro de los dioses. Se celebraban las Olimpíadas de Atenas 2004.

El Abuelo había anunciado que se iba de voluntario para ayudar en el gran evento deportivo; y se fue. Se le metió en la cabeza que quería ser el jardinero de los olivares de toda Grecia, porque los olivos son signos de paz. Que se encargaría de cortar las tiernas ramas de olivo que coronarían la cabeza de los triunfadores, porque esa labor estaba reser-

vada sólo a los soñadores, y él siempre lo había sido. Con estos y otros argumentos por el estilo, así habló. No me quedó más remedio que seguirle, dejando inconclusa la gira por Turquía.

Recorrimos el Peloponeso, y Creta, zonas olivaderas por excelencia. Le bastaba untar una rebanada de pan para saber si el aceite era koroneiki, mastoidis o adramitini. Sin embargo, para la ensalada prefería la aceituna kalamata. Razones suficientes para que él y yo nos encontremos, con permiso de Zeus y todos los dioses que pueblan el Olimpo, instalados en lo más alto de esta bellísima montaña.

—Escucha, hijo; los dioses griegos, aun siendo burgueses, no han dejado de ser soñadores. Ya ves, sin ellos tal vez nunca se hubieran celebrado unas justas deportivas que toman el nombre de su celestial morada: Olimpo, Olimpia, Olimpíadas.

—La de Atenas 2004 está resultando espectacular.

Según el Abuelo, estaba siendo la más universal apología de los olivos. Un sueño universal de paz hecho realidad, por encima de las religiones y las políticas.

—Sí, hijo. Las religiones y la política producen guerras, dividen a los pueblos. Las Olimpíadas, por el contrario, unen, por encima y a pesar de, razas, credos y lenguas.

El Partenón lucía señero, emblemático y dominador, bendiciendo las coronas de olivo que ritualmente coloca-

ban sobre la cabeza de los triunfadores. El Abuelo sonreía satisfecho. Estaba convencido de ser él el jardinero que con delicadeza y mimo había cortado las preciadas ramas que ahora lucían los atletas. Se imaginaba a los más de ciento veinte millones de olivos plantados en la Grecia actual, asomados a los distintos escenarios donde se llevaban a cabo los múltiples eventos deportivos, en pos del oro, la plata, el bronce, o la fama, y aplaudir todos juntos, al compás del ritmo oscilatorio que la gigantesca antorcha pebetero marcaba desde el estadio, a los gallardos competidores.

Por mi parte, había decidido no apearme del Olimpo. Me acomodé en la zona más agreste y hermosa de la montaña al amparo de una oquedad pétreo que resultó ser una Cueva. Me senté a la entrada. Desde tan privilegiado lugar podía contemplar los distintos eventos que se llevaban a cabo en los distintos lugares. La monumental antorcha, iluminaba, espléndida, las suaves noches de Atenas. Me faltó tiempo para preguntar al Abuelo:

—¿Cómo se llama esta Cueva?

—No tengo idea, pero yo la llamaría la Cueva de Adán.

Añadió con notoria ironía:

—Creo que aquí nació Adán.

—Sea, pues. En adelante, será conocida como la Cueva de Adán.

Personalmente, hubiera preferido nominarla como la “Cueva del Tiempo”, por ser la matriz metafórica y universal de la creación. Pero en atención a él, que así la bautizó, quedó como la “Cueva de Adán”. Y de inmediato me identifiqué con el nombre. Ahora bien, el Abuelo era el Abuelo, pero ¿y, yo? ¿Quién era yo? Una voz me decía por dentro:

—Tú eres Adán; es decir, Tierra.

Me gustó. Hice una reverencia aprobatoria. El Abuelo me sorprendió realizando la pose de un gesto cómico y teatral, desde lo más alto del Olimpo. Me imaginé estar en el escenario más alto del más grande teatro del mundo. Sonrió.

—Sí, hijo, Tierra es tu nombre, amasado fuiste del barro.

—Pero, ¿no es en Jerusalén donde está la que llaman Cueva de Adán? El lugar exacto, según creo recordar, está debajo mismo del Calvario, en la proximidad del Santo Sepulcro, dentro de la gran basílica del mismo nombre. Incluso hay quien dice que allí está la calavera de nuestro común antepasado. Y que la cruz de Cristo la hincaron, precisamente, encima de su tumba. Y que al golpe, la pequeña cueva del enterramiento se rajó. Otros, por el contrario, dicen que se debió a un terremoto.

—Yo pienso, más bien, que se abrió en un estampido de gloria al resucitar el nuevo Adán, Cristo.

—Eso debió ser, Abuelo.

Apresado por la radiante fascinación del mar Egeo que tenía a la vista, el pensamiento se me fue lejos de la Olímpada. Aquella paz paradisiaca era como la sonrisa eternizada de los balbuceos de la creación. La mar sonreía al firmamento y éste le devolvía galante la sonrisa. Yo no me cansaba de mirar y mirar, por encima y más allá de la distancia inconmensurable del tiempo. Recordé el pasaje del Génesis, cuando “Dios puso el firmamento por en medio de las aguas, apartando unas de otras”. Aún no había nacido eso que los humanos llamamos prisa. Daba gusto ver girar el cosmos armónicamente. La felicidad lo invadía todo, mejor dicho, casi todo, porque era una felicidad que no impedía sentir una cierta sensación de vacío. ¿Por qué?

Era el día sexto de la Creación. Volví la cabeza al oír un ruido suave, tan suave como el de las ramas que se separan al abrirse paso alguien entre la jungla; éstas, las ramas, emitieron una tenue queja, parecida a un mohín femenino por una caricia íntimamente deseada, pero que en apariencia se rechaza; o al instintivo alzar de la mano el niño, que sueña dormido en su cuna. Aunque a decir verdad, yo, Adán, hijo de la Tierra recién moldeada por el Creador, con mi ADN de agua y barro, estoy usando términos equivalentes a realidades que en aquel entonces me eran totalmente desconocidas.

Los olivos sabían a aceite, amistad y paz. El día fue avanzando, y la tarde comenzó a declinar. Luego, todo quedó en silencio. Llegó la noche y me dormí, a la entrada

misma de la terráquea Cueva del Tiempo, en lo alto del Olimpo, -¡oh, Madre Tierra bendita!-, lugar donde la temperatura era más fresca, suave y agradable. El mar arrullaba mi sueño y mi soledad con el rítmico vaivén de las olas.

Y soñé. Soñé, como no podía ser menos, que Dios venía a mi cueva, la Cueva del Tiempo, o Cueva de Adán. Con tan suave claridad venía, que me dejaba entrever el espacio, el tiempo, y la eternidad. La llama olímpica danzaba suave cadencia de ballet sobre la majestuosa antorcha pebetero.

Mi sueño fue placentero; y comencé a caminar por el inmenso jardín del universo mundo. Vi ríos, muchos ríos; y mares, muchos mares; y árboles, muchos árboles, de frutos en sazón. Y olivos; sobre todo olivos, a granel; y selvas, y desiertos. Pero, curiosamente, sólo había dos caminos para poder caminar. Sólo dos. Los dos arrancaban de un mismo punto: un Árbol; espléndido y único en belleza. Era el Árbol que llaman de la Vida; inédito, sin nombre alguno tatuado en él aún. Los dos caminos comenzaban en el mismo Árbol. Pero tan sólo uno convergía de regreso en él. Llevaban por nombre: Camino del Bien y Camino del Mal.

—Esa dualidad se conoce como Libertad.

Me quedé mirando, ensimismado, el entorno, cuyo principio o fin no podía abarcar. Simplemente, miraba, dibujando una sonrisa que se fundió con la sonrisa de Dios. Él me dijo, acariciándome de eternidad:

—Tú eres Libertad.

—¿Libertad...? Yo sólo soy Tierra. Por eso me llamo Adán.

Dios quedó pensativo. Luego añadió:

—En cuanto a la materia... sí; tienes razón, eres Adán; barro con denominación de origen, amasado con agua de la oceánica mar. Pero tu alma pertenece a mi eternidad. Eres espíritu, parte de mí. Por eso eres y serás inteligente y soñador.

—¿Soñador, dices...?

—Sí, soñador, que es lo mismo que decir Libre. Eres libre. No lo olvides. Dueño de tu Libertad.

—No entiendo.

—Pronto lo entenderás. Eres tan libre como Yo. A fin de cuentas, no he tenido más remedio que crearte por amor. El Amor es Libertad.

Yo escuchaba a Dios con mucha atención. Él continuó:

—Tu nombre es Adán Libertad Tierra Amor.

Apenas comenzaba a entender. El Creador prosiguió:

—Y Eva, la misma que te atisbaba ayer desde el bosque, sin tú advertirlo, ni saber de su presencia, también es libre, como tú. Su nombre es Eva. Eva Libertad.

Eso sonaba bien. Comenzaba a gustarme. Pregunté con interés:

—¿También ella está hecha de barro?

—También. Es tu otra mitad. Porque has de saber que los dos, sois uno solo. Os llamáis Libertad.

—¿Somos Libertad?

—Sois Libertad. Vuestro barro está amasado de amor y para el amor. Todo lo demás, de vosotros depende.

Qué bonitas sonaban en mis oídos aquellas palabras. Me hicieron pensar. De pronto, en una explosión de júbilo grité:

—¡Eva...! ¡Eva Libertad...!

El Creador añadió:

—Estáis programados con el soporte, sin el cual no habría Libertad, del Bien y del Mal. No te extrañes, pues, si de pronto te sientes indigente, necesitado, incompleto: eres Adán, Tierra. Varón y mujer a la vez. Pasarás a la historia con el nombre afortunado de Hombre.

Yo, aún no sabía decir ¡gracias!. A cambio, sonreí a Dios con la ternura de un hijo. Él continuó:

—Creced y multiplicaos, henchid la tierra de felicidad, cuidádmela, y sed felices. Sobre todo, esto: sed felices.

Nunca jamás pude olvidar aquel sueño. En ese mismo instante tuve conciencia de que no estaba solo, de que para siempre era un plural. Y lleno, mejor dicho, llenos de ale-

gría nos fuimos alejando de la Cueva, y de la mar... Nos adentramos por la espesura del bosque, saltando y corriendo. Eva y yo, éramos dos chiquillos felices en el más feliz de los mundos, a los que la vida les bullía a borbotón por todas partes. Qué momentos más entrañables pasamos. No supe cuándo desperté.

Ha pasado el tiempo. Miles, millones de años; tantos, que imposible contarlos sería. He vuelto, reprimiendo la nostalgia, fosilizada mi alma de remordimiento y soledad, a la misma Cueva, al Olimpo. Y veo que los dioses griegos padecen las mismas pasiones que los humanos. Sigo llamándome Adán; pero he olvidado mi apellido. Lo escribí en el tiempo, en vez de escribirlo en la eternidad, y el tiempo lo ha ido borrando poco a poco. Ahora estoy agazapado, asustado. Me remuerde el olvido, y el error del camino. Sólo de vez en cuando me viene a la mente una imagen, muy borrosa: Libertad. De pronto, siento que aún me queda un resto de lucidez. Y al sentirme Tierra, amasado en el sueño, barruntador y necesitado de eternidad y de verdadera libertad, las mismas que hace tiempo perdí, pongo en pie mi indigencia, y con lágrimas de necesidad, le digo al Creador:

—Barro soy, pero tú mi alfarero. Cuida mi libertad, que a tus manos encomiendo.

A veces siento que mi mente es una nebulosa; tan errática o firme, según se mire, como la Vía Láctea. Y entonces, me parece que todo fue como un juego de azar; no sé

cómo ni qué sucedió. Lo que pasó, pasó. En el campo del combate perdimos honor y libertad. Y el Paraíso quedó reducido a una metáfora de irrecuperable realidad. No hay vuelta de hoja. Sólo queda el remordimiento. Lo que más me apena es ver a Eva triste; tan triste como yo, con la insatisfacción por horizonte. Ya nadie sabe que nuestro nombre no es exactamente Adán o Eva, sino Libertad. Nos apodan, simplemente, Hombres; genérico nombre que designa tanto al varón como a la mujer. En realidad, somos dos huérfanos de Libertad, a perpetuidad. Condenados a andar siempre errantes, con los pies descalzos, sin casa fija, sin una cena caliente, al relente de todas las estrellas, con el hatillo de la fallida Libertad hecho jirones. Internautas de la soledad.

Entretanto, en el Olimpo los dioses juegan con las hijas de los hombres. Mientras, en la Villa Olímpica los atletas sueñan con medallas de oro, plata o bronce, y coronas de ramas de olivo.

Pero a mí, Adán, servidor de ustedes, las ramas secas del Árbol de la Vida me desvanecen el sueño. Abro los ojos, veo que la mar, símbolo primordial de la Vida, sigue en su sitio. El resto de árboles están en pie. Algunos, tan queridos para mí, están ahí desde la Creación, cuando el Espíritu de Dios revoloteaba sobre las aguas primordiales. Son los olivos. Benditos ellos. ¿Y los caminos? Uno ha desaparecido; el otro se ha difuminado. ¿Y la Cueva...? La Cueva, ¡oh Madre Tierra bendita!, ésa también sigue ahí, en su sitio, protegida por los olivos.

Está cayendo la noche sobre Atenas. Las miradas del mundo entero han convergido en el majestuoso Estadio. La Olimpiada XXVIII, primera del Milenio, la más culta, llega a su fin. A los pies de una enorme pasarela, un trigal en alegórica forma espiral, por consiguiente fetal, que simboliza la vida, constituye el magnífico escenario, por donde empiezan a desfilar los distintos pueblos de una Grecia que guarda esencia de rica historia y cultura. El Estadio se llena de música y danza, de pueblos y alegorías. Es la fiesta de la vida, entrelazada de mitología, alegoría, cultura, cantos al amor, donde la siega del campo de espigas, produce las gavillas con las que se forman los cinco simbólicos aros olímpicos.

—Abuelo, el trigo es el fruto del matrimonio entre la tierra y el sol. Y la espiral, representa el infinito, la vida.

Los Olivos griegos, los más olímpicos de la historia, han guardado silencio. Danzarines de Tracia saltan sobre el escenario. George Dalaras canta un canto de amor y amargura. El Estadio es un carrusel de alegría y canción. Después del trigo, llega el turno del homenaje al vino. Ancestrales figuras del rico folklore griego danzan entre los campos de trigo con grandes cencerros colgados de sus cuerpos.

—Son para ahuyentar a los malos espíritus.

Una romántica luna flota sobre el Estadio. Pero una mujer se siente sola en el caminar de la luna. Y le canta a

su amor: "Me duele el corazón. Quiere tus manos para adormecer mi cabeza en ellos. Déjame en tus brazos esta noche. Dime sí, mi amor y seré tuya. Dame un cigarrillo, dame tu fuego".

El Estadio se electriza con la música de Zorba el Griego. Hasta el Abuelo comienza a mover los pies y levanta las manos al unísono con todos los espectadores que abarrotan el Estadio. Luego pregunta:

—¿Y la paz?

—La paz sigue siendo, aún y por desgracia, el anuncio de una victoria. Filípides en el año 490 a.C. se pegó una soba corriendo para anunciar la victoria de los atenienses sobre los persas en la batalla de Maratón.

La hermosa ceremonia de Clausura transcurre sin sentirse apenas. Izan la bandera olímpica. Lucía Papaleonidopoulou, niña de 10 años, huérfana, está bajo el pebetero. Éste, comienza a inclinarse poco a poco hasta llegar a la niña, que toma el fuego, para transmitirlo luego a otros muchachos; a continuación comienza a recorrer el Estadio, prendiendo de luz todos los corazones que el público llevaba colgados al pecho. El Estadio se llenó de una luz compartida por todos. Era el gesto de la Grecia creyente. La Iglesia ortodoxa griega rendía tributo así a la muerte y resurrección de Cristo. Así, religiosidad y mito, pasado y presente, símbolo y realidad, armonizaban perfectamente.

La niña regresó a su puesto, mirando fijamente el pebetero que nuevamente había tomado la forma vertical. Sopló hacia el pebetero y el fuego olímpico se apagó.

Un escalofrío de emoción me recorrió el alma. Con dignidad, con sentimiento, decidí dejar la Cueva. En ese momento, el Abuelo no recordaba haber sido el jardinero de los olivos griegos. Al bajar del Olimpo, simplemente le dije:

—Vámonos, Abuelo, y regresemos a Turquía a completar nuestra ruta.

En el Estadio seguía la fiesta. La inolvidable música rítmica de Zorba el Griego se extendía por sobre los olivos de la Grecia clásica y actual.

EL CASTILLO DE ALGODÓN

Conviene anotar que el Abuelo, según él mismo afirmaba, no era hombre de letras... ¡sueñas!, matizaba. Sino de palabras completas que, a su vez, formen pensamientos que puedan navegar en libertad por los caminos caprichosos del viento.

Con frecuencia solía decir que la puerta principal de la mente es la fantasía, porque nos introduce tanto en la dimensión de lo real como de lo irreal. Es decir, el mundo de los sueños donde él se movía con más facilidad. Y apostillaba:

—Que cada quién sepa situarse en su propia realidad.

Como es sabido, la mayor parte de su vida transcurrió en la Universidad del Acantilado. Sus ratos libres, es igualmente del dominio público, los dedicaba a pastorear sueños. Le gustaba jugar con la nieve.

—Pero eso fue más bien en los años mozos, cuando la juventud...

Hizo una pausa. La palabra juventud le quedó colgando en los labios. Noté un deje de nostalgia en el rostro. No era la primera vez que esto ocurría. ¿Le pesarían los años?

—No, hijo. Ocurre que la juventud...

Nueva pausa. Sonrió, como dejando aflorar a sus labios todo el romanticismo de sus años jóvenes. Y como para que el viento escuchara y esparciera su mensaje, fue relatando que la Juventud es tiempo de cantar, igual que los ruiseñores, con la libertad intacta en el pecho, y sin esperar retornos; sin dejar recuerdos mal aparcados a la orilla del río donde crecen los juncos y el viento se rasga en los cuchillos verdes del deseo.

La vena tráfuga de su pensamiento jugaba en remolinos, como las ramas jubilosas del deseo y del tiempo donde hacen sus nidos, también, las sombras del misterio. Dejaba el Abuelo desgranar su verbo, hondo, caliente, sincero. Y su alma transparente se derramaba como agua victimada que deja un trozo de su llanto en la quebrada.

El Abuelo, a la vista estaba, era de gran corazón. Había amado mucho, sin esperar nada a cambio, y ahora podía cantar su alegría anónima al viento, a la orilla de sus recuerdos, dejando que los juncos finísimos de su sangre se cimbrearan más allá del deseo.

—Hijo, la juventud es muy breve. No la estropees.

Y este hombre, vertical como el sol de mediodía, candidato seguro a la eternidad, de alegría serena y horizontal, siguió relatando cómo aquella mañana, de madrugada, cuando aún no se abría el balcón al rumor verde de los geranios en flor, se puso en camino. Enfiló rumbo a la montaña. Subió la montaña. La nieve cubría todas las cumbres.

—Esa montaña es el gran Ararat, la más alta de Turquía; sobrepasa los cinco mil metros.

—¿Dónde se posó el Arca de Noé?

El Abuelo sonrió. Pastor de sus sueños, había subido a la montaña. Tenía prisa por subir. Al llegar a la cumbre tomó un puñado de la blanca nieve; dejó que se escurriera entre sus dedos. Luego, con la mente en el Acantilado, formó un pequeño mar en el cuenco de sus manos, y fue depositando copos de nieve que él imaginó pequeños barcos veleros. Pensó.

—En estos frágiles barcos debo atravesar el inmenso, y al mismo tiempo pequeño, mar de mi vida.

Y se puso a surcar la vida, como un nuevo Quijote que cabalgara en un barco de seda, dejando que a la orilla de sus manos navegaran también peccecitos de colores para que no se perdieran entre la niebla. Estos iban, venían, desaparecían y volvían a asomar.

—Abuelo, pececitos de colores.

Ampo de nieve la montaña; veleros, mar, y Abuelo se esfumaban, como se esfuma un amor entre la niebla. Dijo.

—Flota siempre un pañuelo azul en alta mar.

—Bordado de ensueños y atardeceres.

El Abuelo comenzó a descender la montaña. Bajaba dejándose deslizar por la pista inmaterialmente blanca de los días. Como un nuevo Moisés, venía radiante. Los copos habían rodado ladera abajo de sus manos, evocador acantilado de sus sueños. La danza de la ventisca y la nieve formaban un remolino de ilusión. Pensaba proseguir su particular viaje de parte a parte del país; de este a oeste; y al centro. Para archivar recuerdos, decía.

—¿Recuerdos de cuándo, Abuelo?

—Recuerdos y sueños de siempre, hijo.

Era como sorberse el alma de alegría; tanto era el gozo que le proporcionaba el hechizo del frío y la nieve. Me besó en la frente. Volvió a decir:

—Hijo, no lo olvides; no estropees la juventud.

Estaba moralmente cierto de que la suya había sido una juventud limpia. Ahora, envuelto cada uno en sus sueños, y después de recorrer muchos, muchísimos kilómetros, estábamos llegando a Pamukkale. Le dije.

—Abuelo, si Noé llega a posarse con el Arca en la cima del Ararat, seguro que se muere de frío; a semejante altura... En cambio aquí... Fíjate, qué maravilla lo estamos viendo. Aquí hubiera resultado más fácil.

El espectáculo que teníamos a la vista era sencillamente fantástico, deslumbrante, maravilloso.

—Estamos en Pamukkale. Significa Castillo de Algodón.

Quien hubiera tenido la ocurrencia del nombre, ciertamente estuvo inspirado. Le caía a las mil maravillas. Castillo de Algodón. Era como una fantasía bordada en mito y realidad, donde todo es real, absolutamente real. La antigua Hierápolis, y toda la riqueza de sus vestigios arqueológicos, ahí está; la falla tectónica, que los ojos no pueden detectar y las cuevas, a las que no dejan entrar, ahí están; los numerosos manantiales termales, los mismos que al dejar abundantes sedimentos calcáreos dan paso a este maravilloso espectáculo de la naturaleza, ahí están. Terrazas blancas descendentes que dan forma al Castillo de Algodón, que se afinca en el paisaje como una leyenda para deleite de la vista y alivio de dolencias. Frigios, hititas, romanos, turistas de todos los tiempos, y ahora el Abuelo y yo, han hecho acto de presencia aquí.

—Hijo, hay que dar gracias a Dios, a la Naturaleza, o a quien corresponda, por tal maravilla.

El valle del Çürüksu, el río Lyco, nos estaba regalando con esta sugestiva visión. Todo resultaba candorosamente deslumbrante, desde el blanco de algodón, hasta la fascinante irisación cromática, según la inclinación del sol. Indicó el Abuelo:

—La Turquía egea ha sido muy castigada por los movimientos telúricos.

—A cambio, la ruptura de las capas subterráneas ha dado lugar a los manantiales de agua calcárea de abundantes residuos de óxido de carbono que, a su vez, han ido formando estos travertinos o cascadas petrificadas.

El Monte Cadmos sonreía, sin duda, viéndonos disfrutar de tanta belleza. Todo el paisaje era como un bosque de cantos sonoros; en verde, por Hierápolis y el valle; en blanco por los travertinos. El Abuelo silabeaba la canción dorada de la tarde en la quietud del paisaje. Las flores columpiaban su belleza, coqueta y graciosa, al viento, junto a las tumbas situadas entre pilones calcáreos.

—Abuelo, estas flores son un guiño de fruta en almíbar, en medio de esta tarta inmensa de algodón que se me figura ser este lugar.

—Y a mí, las flores se me figuran ser trémulas niñas bonitas que sonríen con guiños de azúcar al ya casi tibio sol de la tarde.

Nos pusimos a cantar, a dúo con el paisaje y la tarde, estrofas de algodón en el reverberante pentagrama blanco de Pamukkale. Le dije confidencialmente al Abuelo:

—¿Sabes que el amor tiene el alma de una flor? La flor, que de amor tiene el alma llena, expresa su amor en acuarela de mil colores.

—Sí, hijo, sí. Y el alma expresa su amor regalando una flor.

—¿Será por lo intenso de su aroma y color, o por su breve y frágil existir?

—Hijo, ¿cuánto dura la primavera?

Todo tenía su ritmo, su tiempo: el sentimiento, la ternura, el amor. Sin duda, eso quiso darme a entender el Abuelo.

—Hijo, lo importante es que cuando llegue la Tarde, que llegará, alguien sepa que hemos estado Aquí.

Noté, por el énfasis que puso, que Tarde y Aquí, eran dos palabras que el Abuelo decía en mayúscula.

—Hijo, la Tarde es una metáfora. El Aquí, también.

—Y el Acantilado. Y tú, Abuelo. Tú y yo somos una metáfora: la metáfora de Dios.

La brisa desprendió algunos pétalos de las flores más próximas.

—Ya ves; nadie sabrá que al caer la tarde con los últimos destellos del sol, perlas de plata fina llora la flor.

—Que la luna, con fría luz, enjuga; pues de soledad la flor tiene el alma llena.

—Y nadie quizá sabrá descubrir que la linda y solitaria flor por amor florece al llegar cada primavera, en el jardín silente del paisaje. Igual que una plegaria, porque de amor tiene el alma llena.

Una vez más, le afluía la vena romántica y poética. Continuamos el recorrido por la Hierápolis romana, convertida en ruinas por un terremoto.

—Abuelo, tengo la impresión de que las ciudades son más bonitas cuando están en ruinas.

—Porque es entonces cuando se convierten en poemas amasados en piedra.

—¿También la vida es un poema?

—Sí. Amasada con tierra de color universal, que el tiempo transforma en geografía para ubicar perfectamente el lugar y estado de sus arqueológicas ruinas.

—Abuelo, ¿cómo anda tu arqueología?

—Te diré; me siento yo, escuetamente yo, con mi independencia a cuestas, viajero hacia la luz, en la infinita claridad del Ser.

—Estás inspirado, Abuelo.

—Simplemente, sé admirar la belleza, tanto del árbol como de la flor; pasando por toda la gama inabarcable de estética que la naturaleza nos presenta en cósmica sinfonía.

Rememoraba antiguas conversaciones. La nostalgia va adosada al recuerdo, y viceversa. También yo me sentía cómodo revolviendo viejos recuerdos. Por eso, insistí:

—¿La vida es canción?

—No lo sé. Diría que es más bien un pentagrama, donde nosotros vamos escribiendo la melodía.

Sobre ese pentagrama, verde de paisaje, y lleno de embrujo, navegaba ahora la parte final de su existencia. Añadió:

—Más te diré. Hombre me sé, de divina hechura revestido; y aunque las sandalias de la fe llevo ya gastadas, sus correas aún sujetan mis pies.

—Abuelo, tu vida es un poema.

—Qué más quisiera. En todo caso, a la par de mi poema, del cosmos, del mar o del fuego, las raíces de mi ser vibran en la inteligencia de la luz. Hijo, sabes que hemos sido amasados de tierra. Pero el hálito divino alimenta nuestras raíces.

Le recordé, con piedad, que llevaba savia de buen árbol. Que seguía teniendo la libertad de las gaviotas, sin más límites que el azul de universo, y la sonrisa de sal que el mar cada día nos regala. Agradeció el recuerdo.

—Pero la vida es un valle de lágrimas.

—Pero has plantado tu tienda con techo de estrellas sobre el Acantilado.

—Sí, para poder adentrarme en el cosmos, sin complejo de sueños.

—Siempre has sido un soñador.

—Que es todo lo contrario de iluso.

La Tarde estaba llegando. El Abuelo hizo una pausa, como si necesitara pensar. Luego siguió:

—Al llegar la Tarde, yo seguiré trenzando mi poema sobre la página última del pentagrama; sabes que siempre he apostado a ganador sobre la multicolor cancha de la vida.

—Y que orientada tienes la brújula a las estrellas.

Me admiraba la tranquilidad con que seguía escribiendo su poema.

—Hijo, la vida es el pentagrama que Dios nos ha regalado. A nosotros nos corresponde seguir componiendo el poema sinfónico.

Siguió otra pausa. Yo notaba en el Abuelo una enorme paz, una especie de gozo interior, una alegría serena incapaz de poderse ocultar. Le animé.

—Sigue, Abuelo, sigue.

—Hijo, al llegar la Tarde, te aseguro que un carrusel de luz las estrellas todas formarán, para alumbrar de azul celeste mi muerte.

La música tenía el sabor del agua fresca en la fuente esa noche. Los olivos de Hierápolis columpiaban su color de plata vieja al vaivén de la luna. Un cometa, como flecha lanzada en arco, atravesaba el firmamento.

A caballo del relente, vi que el Abuelo tomaba notas en su diario. Las palabras más legibles que a simple vista pude captar decían: trival, río, árbol, estrella, viento.

—¿Tienen algún significado especial?

—No, simplemente deseo que en el poema que escribo puedan también abreviar su sed la oveja y la alondra; y cuantos tienen por oficio hilvanar sueños de luz.

Había veces que no lograba captar el significado de sus palabras. Con un mohín de contrariedad le dije:

—Pero ninguna de las palabras marcadas en el cuaderno aparece en el poema.

—No te preocupes; están en el barco.

—¿Qué barco?

—Hijo, te lo he dicho muchas veces: la Vida es un barco que navega en la Mar. Hasta que llega un día en que el barco deja de navegar.

—¿Porque ha naufragado?

—Porque ha cumplido su misión.

—Y se ha hundido en la Mar.

—Que es el regazo amoroso de Dios. Lo has entendido.

**LA
TIENDA 5.001**

Sentado en la proa de uno de los barcos que hacían el recorrido por el Bósforo, el Abuelo quiso que le tomara una foto justamente delante de la bandera carmesí turca que ondeaba airosa. Disfrutaba saboreando la brisa, tan agradable a esa hora del día. Contemplaba la magnificencia de los suntuosos palacios asentados en las orillas, como el de Beylerbeyi; o el de Dolmabahçe, de estilo renacentista turco, y donde un 10 de noviembre de 1938, a los 57 años, moría Atatürk. Viendo ondular en algunos edificios la misma bandera que la del barco en el que viajaba se sentía como un magnate dominando el mar desde su barco.

—Capitán general de los mares.

Plenipotenciario de los mares. Así debió sentirse. El suave mecerse de las banderas se le antojaba ser un saludo agradecido de reconocimiento por su reciente victoria. Lleno de íntima satisfacción, se puso a tararear mentalmente la Marcha de la Libertad, el Himno turco: *“No al miedo y la consternación, / esta bandera carmesí nunca se*

desvanecerá. / Es el último corazón que está ardiendo por mi nación / y estamos seguros que nunca fallará. / Es la estrella de mi nación, brillando por siempre, / es la estrella de mi nación y es mía”.

La media luna y la estrella ondulaban a la par del carmesí de la bandera. Embebido de la agradable brisa que envolvía el barco a la entrada misma del Mar Negro, su pensamiento se remontó al universo onírico de los sueños. Estos se contaban por éxitos. Reciente estaba aún el último. Le animé:

—Cuenta, Abuelo, cuenta.

Y los turistas de cubierta aproximaron sus sillas para escuchar al Abuelo. Este comenzó su relato:

—Se me ocurrió la idea al terminar de visitar las tiendas del Gran Bazar de Estambul. Fue, exactamente, en la última: la cinco mil.

Justo en ese momento es cuando se le ocurrió convocar, y convocó, la rueda de prensa. Había expectación. Todos estaban pendientes de su declaración. Comenzó la entrevista con una pregunta a la prensa:

—¿Son cinco mil las tiendas del Gran Bazar? Pues falta una: la “*Cinco Mil Una*”.

Los periodistas se miraron con gesto de extrañeza. ¿Le habrán parecido pocas las cinco mil tiendas del Gran Bazar que aún quiere añadir una más? El insistió:

—Falta la más importante.

En el Gran Bazar no faltaba nada; había de todo. Era el Bazar más grande y más famoso del mundo. El Abuelo, subiendo el tono de voz para que todos oyeran con claridad lo que era la razón medular de la rueda de prensa, enfatizó:

—Falta la Tienda de los Sueños.

La noticia corrió de boca en boca, más que la pólvora. Radio, televisión, prensa. Todo Estambul sabía ya la noticia. Todo Estambul estaba conmocionado. En el Gran Bazar faltaba una tienda: la Tienda de los Sueños. Me atreví a insinuarle:

—Abuelo, ¿no habrás tomado algo que te haya alborotado la cabeza cuando visitamos el Bazar de las Especias?

—Nunca han estado mis ideas más claras.

A decir verdad, en ningún momento noté en él cansancio, o desvarío. Todo lo contrario. Daba él más y mejor información que el guía, cuando, por ejemplo, visitamos el Palacio de Topkapı, el más extenso monumento de la arquitectura civil turca, que ocupa 700.000m². O la Mezquita de Solimán. O cuando estuvimos en Santa Sofía.

—Por cierto, Abuelo; cuántos infortunios ha tenido Santa Sofía a lo largo de tiempo.

Dijo que estaba de acuerdo. Por él supe que la primera basílica erigida por Constantino el año 325, la destruyó un incendio el 404; que Teodosio II la reconstruyó el 415, pero que nuevamente se incendió en el 532 cuando la revuelta de Nika; que Justiniano encargó su reconstrucción a Anthemio de Tralles e Isidoro de Mileto; inaugurada el 537, veinte años más tarde se derrumbó la cúpula; que los musulmanes le agregaron los minaretes después de la conquista, convirtiéndola en mezquita. Bueno, y tras otras varias restauraciones, el año 1934 Atatürk la convirtió en museo.

—Gracias, Abuelo, por la información.

En frente de Santa Sofía, la Mezquita Azul, impresionante; con sus seis alminares, su patio exterior e interior, y el bellissimo edificio con la cúpula central.

—Hijo, aquí comenzaba la peregrinación a la Meca.

El barco continuaba navegando placenteramente por el estrecho del Bósforo. Mientras tanto, el Abuelo seguía ordenando las ideas en su cabeza. Sus ojos, lejos de sentirse cansados de tanto ver, eran como una sonrisa que acariciaba cuanto contemplaban. Y habían visto mucho. Lanzados a la azul lejanía, veían mundos que sólo él veía. Desde que plantó en el Gran Bazar su imaginaria Tienda de los Sueños, era el hombre más feliz.

Yo le acompañaba siempre, con gran alegría de mi corazón. Decía que le ayudaba a refrescar los recuerdos.

—Pues si es por refrescar, bajemos a la Yerebatan Sarayi.

Es la cisterna más grande e impresionante que jamás mis ojos hubieran visto. Él me informó enseguida:

—Fue construida en el siglo VI. Caben 80.000m³ de agua. Mide 140 metros de largo por 70 de ancho. Verás que hay 336 columnas para soportar la bóveda, distribuidas en 12 filas de 28 columnas cada una, con capiteles de estilo corintio bizantino.

—Abuelo, estás recitando de carretilla, como hacen algunos guías.

Las impresiones eran más bien las que pasaban a toda velocidad por su mente. De pronto me sorprendió al decir:

—Hoy quisiera escribir un verso con la inmaterial prosa de un poema.

—Tu vida sí que es un poema, Abuelo.

—Mi vida es un barco. Por eso quisiera deslizar mi alma, con la misma suavidad con que se desliza este barco por el Bósforo.

—Es como la suavidad de un beso.

—Pero en cada playa donde mi alma encalle quiero sorber limpio el universo.

—¿Y después?

—Si después de escribir, verso a verso, la canción de mi alma, siguen llenas de paisaje las ventanas de mi prosa, ¡ay, hijo!, no sueltes las anclas del sueño.

—¿Por qué?

—Porque están altas aún las olas para poner rima a mis sueños. Deja que mi alma siga siendo paisaje en todas las riberas donde haya un Acantilado.

—¿Y después?

—Después, alma, paisaje y poema, podrán seguir surcando juntos los mares al compás de la playa y la arena. Podrás añadir, si quieres, tan sólo un beso.

—¿Uno?

—Sólo uno; pero grande, como el universo; y azul, como la Mezquita.

El Abuelo guardó silencio. Sus manos acariciaban un libro, como se acaricia un manojo de versos.

En la parte más estrecha de los Dardanelos, la gente de Çanakkale trabajaba con esmero la cerámica, mientras el museo guardaba lo que aún quedaba de Troya.

Por nuestra mente pasaba, tallada en piedra, en tiempo, en esplendor y belleza, un trozo vivo de historia, escapado a la gran novela que es la otra historia.

Pérgamo, Esmirna, Sardes, Éfeso, Mileto, Afrodisias, Pamukkale, Antalya, Perge, Aspendos, Antakya, Konya..., Turquía entera; y como él solía decir, tú y yo; todo, todo había quedado guardado en el disco duro de los sueños del Abuelo, patrimonio universal de la humanidad.

Enfilamos el barco rumbo al Acantilado para rendir el último informe. Lo diré con tus palabras, Abuelo:

—El último Sueño.

Me dio la impresión de que el Abuelo temblaba. Yo también temblaba.

—Abuelo, ¿te encuentras bien?

Respondió:

—Más tembloroso que un junco roto y quebrado, ando yo.

—¿Qué te pasa?

—Nunca el miedo me hizo vacilante, pero mis pobres huesos, ¡hijo, un día lo comprenderás!, se deshacen como un grito errante.

—Abuelo, tú no eres un grito errante.

—Sí, hijo, sí; es lo único que he sabido ser. Un grito errante.

—Que no, Abuelo, que no. Tú has sido un Sueño.

—Gracias. Pero ya ves, mis ojos son dos fuentes. En cada lágrima envejezco, igual que un roble viejo y seco.

—Tus ojos son dos luceros.

—Apenas son lamparilla para alumbrar la plegaria de un rezo que se me ahoga en el alma.

—En el alma están los sentimientos.

—Y el llanto, que es también plegaria.

Me sobresalté. Notaba algo raro en el comportamiento del Abuelo. Es verdad que estaba viejo, pero no tanto. Nunca un Abuelo envejece del todo. Así dije. Y él replicó:

—Dirás que mi vida ha sido un Sueño.

—Abuelo, tu vida ha sido un Poema.

—He sido como la piedra en la playa, que a golpe a golpe del agua poco a poco se deshace y se convierte en arena.

La emoción me embargaba. Casi, casi no pude contener el llanto.

—Sí, Abuelo, sí... Tu vida ha sido un poema..., de amor.

—Gracias, hijo. Veo que has comprendido. También Dios ha escuchado mi llanto, como si fuera una oración o un canto.

Su alma se iba perdiendo en los recuerdos. Y en el tiempo, que es el camino certero y corto de la eternidad.

—Descansa un rato, Abuelo.

No lo hizo. Se desabrochó la blusa estampada que había comprado en el Gran Bazar de Istanbul para que le diera la brisa de lleno y comenzó a recitar en forma de plegaria:

—*Mi poema es la Vida, amasada con tierra de color universal, geografía labrada por el tiempo y los días donde nadie jamás podrá suplantarme. Hoy, cuando por*

fin la tarde está cayendo, me siento yo, escuetamente yo, con mi indigencia a cuestras. Soy viajero hacia la luz de la infinita claridad del Ser. He admirado el árbol y su cósmica canción en el pentagrama verde de sus ramas y el embrujo del paisaje en sintonía con mi ser. He acariciado la frescura del agua en la estrofa recóndita de la fuente que nunca permanece cautiva, para poder convertirse en río que lo mismo riega la selva que el desierto agreste y soberbio de sol. Me siento solidario de todas las estrellas que navegan por el mar sin fondo de infinitas galaxias. Ellas son las ecuménicas viajeras de una existencia sin final, a la que uniré la mía. Hombre me sé, de eterna hechura revestido, sin más calzado que las rústicas sandalias de una fe inquebrantable que ha apostado por la Vida. He oteado paciente el horizonte desde el Acantilado de mis Sueños, con el deber ineludible de sintonizar mi poema con el cosmos. Tierra soy y de tierra me sé. Llevo, del árbol de la Vida, la savia de la libertad. He apostado siempre a ganador en la multicolor cancha de la vida. Y orientada tengo mi brújula a las estrellas, donde ondea mi bandera en el mástil de la esperanza, mientras lentamente la tarde va cayendo. Y cuando al fin llegue la noche, un carrusel de luz las estrellas todas formarán, para alumbrar de azul celeste mi muerte. Y caída que sea la tarde, yo, en actitud vertical, de soldado que guarda sus Sueños con dignidad, me moriré. Una túnica de luz me envolverá para seguir enhebrando, sin fin, mi poema en este canto a la Vida. De la aljaba tangencial del tiempo cogeré una flecha que lanzaré certero a las estrellas, y una explosión de música y de luz habrá que al relente de la eternidad alum-

brará el trigal, el río, el árbol, el viento, el desierto, la estepa. La música tendrá el sabor del agua fresca en la fuente donde abreven su sed la oveja y la alondra, y cuantos, como yo, hilvanan por oficio de hombre, sueños de luz, en un barco que, al naufragar por fecha de caducidad, quedará varado para siempre en el regazo radiante de la Mar.

Cuando terminó su oración, me acerqué a él; me refugié en su pecho sin poder contener el llanto. Sus brazos me rodearon. Recuerdo que, entre sollozos, sólo le dije:

—¡Abuelo...! ¡Abuelo...!

El Barco estaba arribando al Acantilado. Había revuelo festivo de gaviotas. Las margaritas de mi infancia hacían guardia, todas en pie, como banderas que se agitan al viento, como soldados que rinden armas al triunfador. Los pececitos de colores cerraban filas a ambos lados del barco. Pañuelos de niebla nos saludaban desde el Acantilado.

Él, según costumbre, acarició mi frente zarandeando mis bucles de niño. Musitó:

—Hijo, no te alejes de mí.

—Descuida, Abuelo.

Luego me dormí. Pero al amanecer, el Abuelo no estaba. Quedaba el Acantilado oculto entre la niebla. Y un manojo de Sueños, desparramados y olvidados como copas

de champán después de una noche de fiesta.

Traté de sorber certidumbres echándome a cuestras la nueva alborada mientras la neblina seguía prendida en la montaña. El olor a leña mojada se mezclaba con el humo. Intenté, tan sólo, balbucir una plegaria.

—Abuelo, ahora que ya descansas en la Mar, quiero darte las gracias por hacer de mí un soñador. Y quiero también que mis pasos sean firmes como los tuyos; que se hundan como el tronco en la raíz del roble. Que mi boca diga en cada palabra la verdad escueta, pura y simple. Quiero para mí tu alegría serena y noble. Y tu silencio, tan elocuente como el silencio del bosque que esconde la fuente hasta que se hace río, para luego cantar bravío en la quebrada, lejos ya de la fuente que fue su origen. Y quiero, por último y siempre, tu bendición, que con filial devoción imploro.

LA MAR, ICONO DE ETERNIDAD

Llovía sobre el Acantilado. Era una lluvia fina, pertinaz. Hacía frío. Espero que las rocas del Acantilado, piadosas, hayan guardado sus Sueños.

Lo mismo que cuando se apaga el televisor, y en un efecto de profundidad la luz se va metiendo hacia dentro del mismo en forma de túnel, así fue desapareciendo, poco a poco, mi Sueño.

—¿Mío he dicho?

Mías eran, sí, las lágrimas que comenzaron a brotar incontenibles de mis ojos, hasta fusionarse con la lluvia. Igual que un aspa quebrada, se quebró mi llanto. De repente, me pareció sentir una mano templada, complaciente. Era como si el Abuelo hubiera escuchado mi plegaria. No supe cómo; tal vez fue sólo un pensamiento entrechocado con el fragor de las olas que golpeaban con fuerza sobre las rocas del Acantilado. Lo mismo que un niño abandonado, comencé a balbucir:

—*Abuelo: Hazme huérfano inútil de todas las codicias para que nadie pueda borrar tu nombre, cuando esta escueta estructura de hombre descansa en las tierras baldías del olvido. Que quiero ostentar en la sombra el apellido ingenuo de las cosas, para que la noche, la ciudad, el viento, la escarcha, la nieve y el rocío, velen tu nombre. Llámame también a mí a la hora undécima, para que regresar pueda otra vez al principio de las cosas, donde la metafísica voz de tu presencia empuja este caminar, nómada y frágil, de mi existir. Déjame entonces ver tu rostro, junto a Dios, y que al mirarte, que mis ojos se enreden en tus ojos para que juntos desgranemos la canción jubilosa del encuentro; la misma que al caminar queda flotando, limpia, como el relente de la noche, o la niebla del Acantilado. Déjame, por último, ser río en tu cauce, para que mis labios saboreen el agua de la vida en la limpia y desnuda inmaterialidad de tu regazo. Y si el amor llegara a desertar de mi vida, le pido a Dios que me alargue entonces un poco más la vida, aunque sea tan sólo un instante, para que pueda terminar de amasar este barro de mi ser a la intemperie eterna de los siglos, y seguir recordándote más allá del tiempo y de los siglos, en el Acantilado.*

Al terminar, comprendí que estaba solo. Solo, lo mismo que un huérfano a perpetuidad. El Acantilado había desaparecido. Quedaba, tan sólo, la metáfora del Sueño.

—¿Lo demás...?

—Cenizas de un poema esparcido al vaivén del viento sobre la Mar.

La placa de acero, en forma de Libro, decía:

“A la Memoria de mi Abuelo. Un hombre excepcional, que tuvo por libertad el pensamiento; por destino la luz de los luceros. De oficio soñador. Su misión fue vivir. Desapareció en el Acantilado. Velan su sueño las gaviotas, las margaritas, los peces y el mar. Y mi recuerdo. Descansa en paz, Abuelo. Para siempre, tu hijo”.

Según me marchaba, el Acantilado iba quedando atrás para siempre, envuelto en la bruma. Las olas golpeaban con fuerza las rocas. Una voz dentro de mí parecía decir:

—Hijo, los Sueños son Vida. Quien no sabe Soñar no sabe Vivir. No lo olvides.

—Abuelo, la metáfora es el Sueño.

—Hijo, la metáfora es la Vida.

—Abuelo, la Vida está hecha de Amor.

—Hijo, el Amor como tú y yo descansa para siempre en la Mar.

El abuelo había pintada un sueño:

—Hubo un Hombre...

—Un día de Niebla desapareció en la Mar.

—La Metáfora es la Vida.

—La Metáfora es el Sueño.

—Quedamos Tú y Yo.

—Y la Mar, Icono del Más Allá.

ÍNDICE

PÁG.

MEMORIAL DEL ACANTILADO.....	1
LA HISTORIA ES UN BARCO	
AL TROTE DE LOS CRUZADOS	
DON QUIJOTE LLORÓ	
ANTES DEL SHABAT JUDIO	
LA PIEL DEL TIEMPO	
LOS ESPÍAS DE JERICÓ	
EL OLIVO UNIVERSAL	
NAZARETH, ALETEO DE ÁNGELES	
TIBERIAS, JUNTO AL LAGO DEL ARPA	
KINNERET, LAGO DE ENCUENTROS	
MIEDOS Y FANTASMAS DE PEDRO	
BRINDIS POR LA VIDA	
UN LAGO PARA PINTAR LA NOCHE	
JARDÍN DE RESURRECCIÓN	
EN LO MÁS ALTO DEL CIRCO	
19 AÑOS: ANALFABETA Y HEREJE	
BITÁCORA DEL ACANTILADO	
METÁFORA DEL ABUELO	
EL ILLIMANI ES VERTICAL	
EMBAJADORES DE SUEÑOS	
MENSAJE DEL NAUFRAGO	
EL TRANSIBERIANO	
CHIMENEAS DE LAS HADAS	
OLIVOS DEL OLIMPO	
EL CASTILLO DE ALGODÓN	
LA TIENDA 5.001	
LA MAR, ICONO DE ETERNIDAD	

